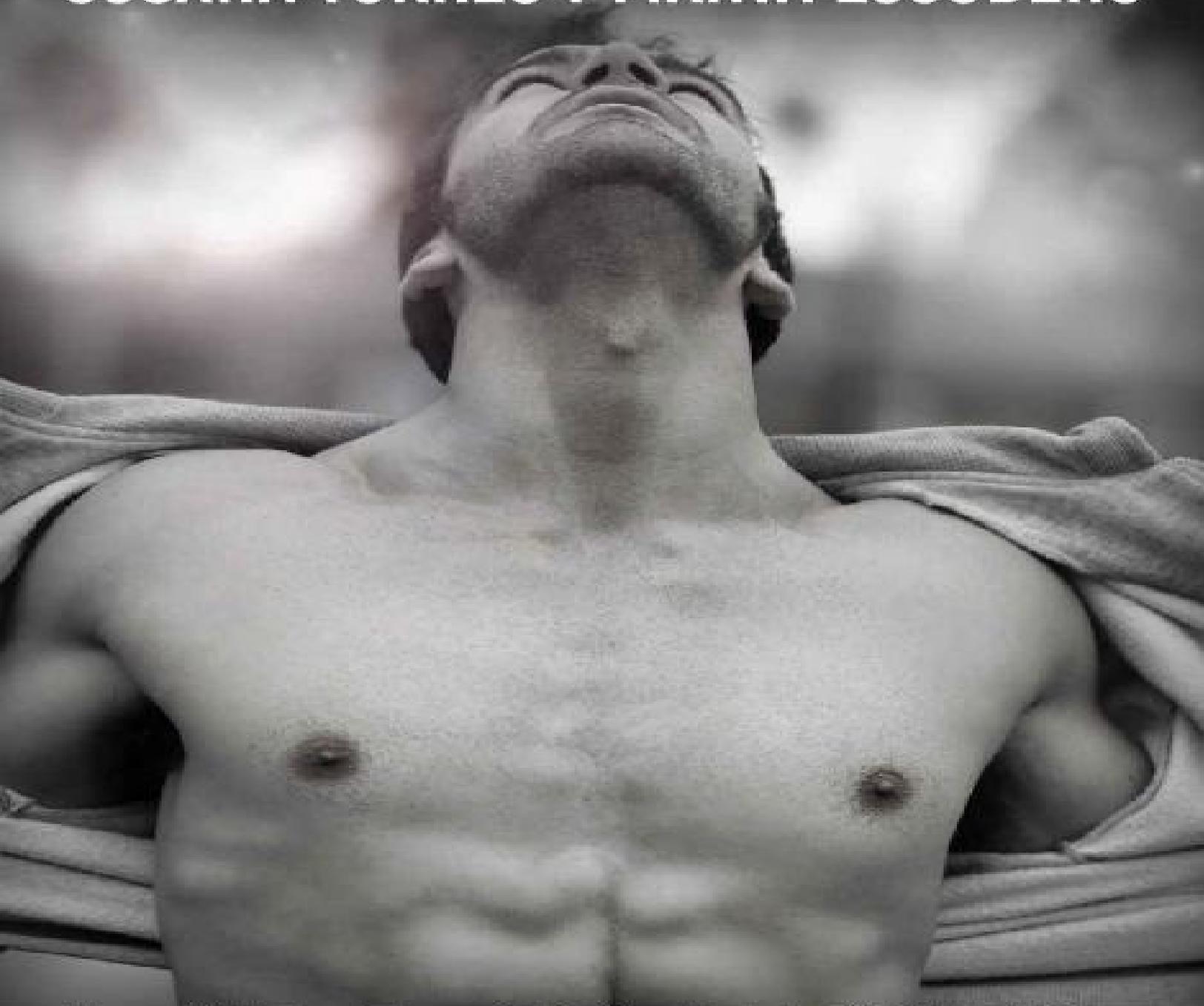


ALENA GARCIA,
SUSANA TORRES Y MARTA ESCUDERO



MILLONARIO, MAFIOSO Y PROTECTOR

*Tres Novelas Románticas entre Dudas,
Problemas y Conflictos Oscuros*

Millonario, Mafioso y Protector

*Tres Novelas Románticas entre
Dudas, Problemas y Conflictos Oscuros*

Por Marta Escudero, Susana Torres y Alena Garcia

© Marta Escudero, Susana Torres, Alena Garcia, 2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

*Dedicado a,
Todas nuestras lectoras, sin las cuales esto no sería posible.*

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a nuestro boletín informativo y
conseguir libros gratis**

Índice

[Embarazoso — Romance y Propuesta de Embarazo con el Millonario](#)

[Antes del Amanecer — El Policía Dividido entre el Placer y el Amor](#)

[Poseída y Protegida — Romance con un Mafioso Millonario](#)

[Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*](#)

Embarazoso

Romance y Propuesta de Embarazo con el Millonario

Por Susana Torres

© Susana Torres 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Susana torres.

Primera Edición.

1

—¿Diga? —susurré contorsionándome para sujetar el móvil con el hombro.

—¿Laura? ¿Dónde estás? Te oigo fatal.

—En el baño de TecnoVida. Dame un segundo.

Dejé el móvil junto al bolso encima de la pulida superficie del lavabo más caro que había visto en mi vida.

Parecía casi absurdo gastarse tanto dinero en un baño, pero si lo que buscaban era impresionar a los incautos, desde luego conmigo lo habían conseguido: en aquella cueva de mármol de luz tenue se podía haber metido todo mi salón.

Solté las horquillas que tenía en las manos y volví a coger el móvil:

—Oye, no tengo mucho tiempo para hablar.

—¿No has salido ya?

—No he entrado aún —murmuré lanzando miradas hacia la puerta y rogando que nadie entrara mientras tenía el pelo de punta.

—¿Pero no tenías la entrevista hace más de media hora?

—Sí, sí, pero hay mucha gente aquí entrevistándose para el puesto. Y por cierto, todo el mundo va mejor vestido que yo.

—Eh, eso es lo de menos si tu entrevista es la mejor, ¿vale?

—Lo sé, lo sé... —dije, intentando sonar convencida.

Pero lo cierto era que la agradable sensación de vértigo y esperanza, los nervios en el estómago que siempre me acompañaban a una entrevista de trabajo, los mismos que me habían acompañado al salir de casa aquella mañana, se habían disuelto completamente y sólo me quedaba la desagradable certeza de que estaba fuera de lugar y probablemente iba a hacer el ridículo.

Y era una lástima, porque si había aprendido algo del mundo laboral era que entrar a una entrevista de trabajo con el ánimo bajo es una sentencia de

muerte, y apenas unas horas antes había estado decidida a comerme el mundo.

TecnoVida era con diferencia la empresa más grande a la que había enviado nunca un currículum, pero necesitaba desesperadamente el trabajo.

No podía vivir eternamente en el piso de mi mejor amiga aunque Celia me asegurara que podía quedarme todo el tiempo que necesitara.

Ya había desalojado la habitación que usaba para trabajar para que yo pudiera tener mi propia habitación, y ahora todos sus cacharros estaban en el salón, la mesa de diseño, los bocetos colgados en la pared y parte del material de dibujo.

Vivir con Celia era lo mejor que podía haberme pasado después de perder mi piso, pero estaba deseando volver a dejarle su espacio y para eso necesitaba ponerme a trabajar.

Y si podía conseguir uno que pagara bien Celia podía esperar que me pasara los próximos dos años bañándola en regalos. Esa fue una de las razones de que no pudiera resistirme cuando vi la oferta de trabajo de TecnoVida.

Para ser sincera, cuando envié el currículum no pensé ni por un momento que volvería a tener noticias de la prestigiosa empresa de investigación sanitaria, pero después de dos años buscando trabajo mi percepción de la realidad estaba empezando a alcanzar estado crítico y cualquiera que aceptara currículums iba a llevarse uno mío.

¿Asistente personal para un alto cargo de TecnoVida? Claro que sí. Allá va.

Cuando una chica de voz educada e indiferente me llamó dos semanas más tarde citándome para una entrevista casi me desmayé. Celia y yo nos pasamos la tarde con el portátil en el sofá, intentando averiguar qué se hacía exactamente en una empresa de investigación sanitaria.

El resultado fue irregular. No sacamos demasiado en claro, pero el puesto requería funciones que yo ya había desempeñado antes en otras empresas, aunque no a tan gran escala.

Así que aquella mañana me había puesto mi mejor traje de chaqueta y falda, lo cual no era un gran mérito teniendo en cuenta que sólo tenía dos. No había dormido mucho, nerviosa, pero conseguí ocultar la sombra de la falta de

sueño con algo de maquillaje.

Celia y yo nos gritamos quince minutos seguidos mientras yo intentaba pintarme una discreta raya del ojo y ella no paraba de clavarme las horquillas como si estuviera intentando matarme.

Los ánimos no funcionan ni la mitad de bien cuando todavía no ha salido el sol y tu mejor amiga usa las horquillas del pelo como si fueran banderillas.

Aún así la imagen que me devolvía el espejo no estaba nada mal, aunque había cansancio en mis ojos verdes y algún kilito de más dentro de aquel traje de chaqueta.

Lo bastante como para darle unas curvas interesantes, aunque no sabía si eso iba a jugar en mi favor hoy. Consciente del prestigio y la sobriedad de la empresa había intentado ponerme lo más serio posible, con mi camisa más clásica y el traje de chaqueta gris oscuro, sencillo pero elegante.

Me había dejado crecer demasiado el pelo y ahora tenía una cascada de cabello castaño que no se decidía entre lo ondulado y lo rizado y que en general no obedecía ninguna ley.

La opción más conservadora era recogerlo en un moño, aunque me hiciera parecer la bibliotecaria de una película de los años setenta. Todos los mechones insurgentes que despuntaron una vez que el moño estuvo hecho fueron aplacados con horquillas estratégicas.

En el metro había cerrado los ojos y me había repetido todas las preguntas trampa más comunes que estaba acostumbrada a esquivar en las entrevistas, había repasado los puntos fuertes que quería transmitir, había releído mi currículum.

Por primera vez sentía que quizás aquel trabajo no estaba fuera de mis posibilidades, que podía conseguirlo. Tristemente, aquello no duró demasiado.

Mis esperanzas sobrevivieron a duras penas la llegada a TecnoVida, cuando me quedé varios minutos embobada delante del edificio de metal y cristal.

Brillaba bajo el sol, un coloso acorazado de arquitectura moderna rodeado de jardines y una alta valla que dotaba al conjunto de toda la privacidad que podía permitirse en la gran ciudad.

La seguridad no era nada del otro mundo, al menos no por aquella entrada, destinada a visitantes: aún así había un par de hombres uniformados con el aire relajado de los guardas que no han visto una emergencia en su vida.

Los jardines estaban pulcramente cuidados, con caminos de piedra, bancos y grandes extensiones de césped. Me imaginé llegando allí todas las mañanas y la idea me causó un cosquilleo agradable en el estómago.

Pero después de pedir direcciones dos veces, cruzar tres pasillos, un viaje en ascensor y atravesar varias puertas, llegué a la sala de recepción donde esperaban mis rivales en la carrera por aquel codiciado puesto.

Sabía que habría competencia. No era para menos, con lo que se ofrecía allí, pero lo que no esperaba encontrar era tal grado de antipatía general reinando en el ambiente.

Allí estaban mis muchas rivales, sentadas sin hablar entre ellas, haciéndose a fuego lento en un aire tan cargado de hostilidad que casi parecía que aquella habitación estaba varios grados por encima del resto del edificio.

Si las miradas mataran cualquiera que cruzara aquel umbral habría caído fulminado. Aunque en mi caso las miradas hostiles se disolvieron deprisa, probablemente porque nadie en aquella habitación llena de trajes carísimos y joyería de marca se sentía demasiado amenazada por la bibliotecaria de los años setenta que acababa de entrar.

demás, mis cálculos habían sido pésimos cuando había decidido ir a por un *look* sobrio, porque estaba claro que allí todo el mundo creía en los beneficios de un escote generoso, un departamento en el que yo estaba bastante mejor servida que la mayoría de las presentes, pero que había decidido esconder lo mejor posible.

El alma se me cayó a los pies, pero intenté aparentar calma mientras encontraba una silla vacía y me sentaba, decidiendo si debería irme de allí y ahorrarme la vergüenza. La música suave y la decoración minimalista no me estaban ayudando nada, recordándome lo fuera de lugar que estaba en aquella empresa.

Probablemente todas y cada una de aquellas mujeres estaba acostumbrada a trabajar y tratar con empresas del nivel de TecnoVida.

Quizás por eso todas sabían que por muy prestigiosa que fuera estaban buscando a alguien con un estilo más agresivo y menos serio en vez de dar por

sentado que sólo por ser una multimillonaria iban a buscar a gente en traje de chaqueta clásico, como una ignorante. Suspiré discretamente.

De vez en cuando, una mujer rubia de unos cuarenta años embutida en un traje negro de líneas clásicas se asomaba para hacerle un gesto a una de las candidatas, que desaparecía tras ella hacia la habitación contigua.

Me quedé allí mirando a aquellas mujeres entrar y salir una tras otra, debatiéndome entre irme o quedarme. Cuando sólo quedaba una por delante de mí escapé al baño para pensar unos minutos lejos de aquella tensión que se podía cortar con un cuchillo.

Las luces se encendieron suavemente cuando entré, reflejándose en el mármol negro. Enseguida sentí que me liberaba de una tensión invisible. El aire acondicionado del edificio se hacía notar en todas partes, pero sentada entre aquellas mujeres me había echado a sudar.

Dejé el bolso sobre el lavabo y me miré en el espejo: parecía mentira que sólo hubiesen pasado un par de horas desde que me estaba arreglando aquella mañana, llena de expectación.

De repente parecía agotada y diez años más mayor con aquel ridículo peinado. Sin pararme a pensar empecé a quitarme las horquillas del pelo, sujetando las que me iba quitando con la boca.

Cada horquilla que se desprendía, liberando un mechón de pelo rebelde, me llenaba de determinación. ¿Por qué tenía que sentirme tan pequeña entre aquellas mujeres? Sí, tal vez conocían mejor el mundo de las empresas como TecnoVida, pero yo no tenía nada de lo que avergonzarme.

Tenía un buen currículum. Tenía buenos estudios. Estaba dispuesta a trabajar duro y ya tenía experiencia en aquel tipo de trabajo.

Si quien estuviera al otro lado de aquella puerta prefería un escote a todo eso, la culpa no sería mía. Iba a entrar a aquella entrevista y a salir con la cabeza bien alta. O a intentarlo.

Pero no con aquel moño.

Y justo cuando estaba luchando para arreglarme el pelo, llamó Celia. Y allí estaba, en el baño de una empresa multimillonaria, con el bolso abierto, las horquillas desparramadas sobre el lavabo, el móvil en la oreja, una entrevista de trabajo a punto de empezar y el pelo de punta.

—No te preocupes, estoy segura de que todo va a salir bien —dijo Celia con su habitual optimismo—. Y pase lo que pase he comprado helado y estoy haciendo pizza. Para celebrar o para llorarle encima, lo que proceda.

—¿Estás haciendo pizza?

—Amasándola con mis propias manos como una plebeya.

—Uf, con tus propias manos... —sonreí con maldad.

Hacia mucho que Celia y yo habíamos dejado atrás el tipo de amistad en el que hay que dar las gracias cuando tu mejor amiga te llama y te dice que te espera con un litro de helado si te sale mal la entrevista de trabajo.

Habíamos pasado a meternos la una con la otra en vez de dar las gracias, lo que seguramente significaba que a estas alturas ya éramos prácticamente hermanas.

— A saber dónde han estado— continué.

—Ya sabes que en ningún sitio interesante últimamente.

—Sí que lo sé —susurré apoyándome el móvil en el hombro y luchando para recogerme el pelo hacia atrás con las horquillas, dejándolo suelto sobre la espalda—. Las paredes de tu casa son muy finas.

—¿Qué te pasa en la boca?

—Que la tengo llena de horquillas. Te dejo, sólo me falta que se me pase el turno.

Celia me deseó suerte y colgó, dejándome sola ante el peligro una vez más. Terminé de arreglarme el pelo. No era un cambio maravilloso, pero definitivamente había mejorado: la bibliotecaria había avanzado como mínimo hasta los años noventa.

Me desabroché los botones de la chaqueta, pero ni uno de la camisa. Ésta era yo en el trabajo: cómoda pero altamente formal, y así me presentaría a la entrevista.

Cuando volví a la sala de recepción algunas candidatas sonrieron furtivamente, seguramente pensando que había hecho cambios de última hora para ajustarme más al estilo general de la sala, pero me sorprendí ignorándolas por completo.

Estaba más tranquila, recordándome que valía tanto como cualquiera y

que si me habían llamado era porque algo en mi currículum les había gustado. Hasta tuve tiempo de repasar una vez más las preguntas trampa en mi mente antes de que la puerta se abriera y todas levantáramos la vista.

La mujer rubia del vestido negro me hizo un pequeño gesto.

—Buenos días —dijo con voz desinteresada en cuanto crucé el umbral de la puerta.

Estábamos en una pequeña sala con una puerta en cada lado, bien iluminada pero casi espartana en su simpleza, con un escritorio, una silla, una papelería y un horrendo cuadro abstracto de furiosas manchas rojas que le daba a la pared un aire a escena del crimen.

Crucé los dedos para no ser la víctima del día. Aunque la expresión tirante de aquella mujer no ayudaba a suavizar aquella impresión.

—Buenos días —respondí con una sonrisa.

—Laura, ¿verdad?

—Así es, Laura Robledo —apunté cordialmente.

Ya conocía aquella estrategia de usar sólo mi nombre de pila para ver si bajaba la guardia. Y ni siquiera estaba aún en la entrevista.

Aquello era claramente una antesala y la puerta que permanecía cerrada, justo en frente de la que acaba de atravesar, me llevaría a la guarida del dragón.

Ella no se molestó en presentarse ni en ofrecerme asiento. Se sentó y se olvidó completamente de mí hasta que una pequeña luz verde comenzó a parpadear en el teléfono del escritorio:

—Puede pasar —dijo sin levantar la vista—. Cierre la puerta al entrar.

Le di las gracias, aunque se podría discutir si se las merecía, y entré por fin a la temida entrevista de trabajo en TecnoVida.

Irónicamente, y a pesar de todos los días que había pasado preparando y temiendo aquel momento, nada podía haberme preparado para lo que estaba a punto de pasar.

2

Siempre he sido una estudiante meticulosa. Mis compañeros se metían conmigo por hacer siempre más de lo que necesitaba para aprobar, por revisar una y otra vez los requisitos de los ensayos y los trabajos antes de entregarlos.

No me molestaba que me tacharan de maniática, hay cosas que merecen atención y los resultados hacían que el esfuerzo valiera la pena.

Aunque ya no estudiaba y no necesitaba investigar, seguía buscando información de manera compulsiva siempre que tenía que enfrentarme a una situación nueva.

Por eso había intentado informarme sobre la empresa antes de mi entrevista. Y por eso no podía creerme que se me hubiera pasado por alto preguntar quién iba a ser mi nuevo jefe en caso de conseguir el trabajo.

Aunque en mi defensa he de decir que no habría conocido a ningún alto cargo de TecnoVida de todos modos. A ninguno, claro, menos al hombre que me esperaba al otro lado de la puerta.

Marcos Vidal, el dueño de TecnoVida. Le reconocí al instante, aunque las pocas fotografías que había visto de él no le hacían justicia. Había sido uno de los vividores favoritos de la prensa unos diez años atrás, cuando sus conquistas y escándalos llenaban las portadas de las revistas del corazón.

Eso había sido antes de que heredase la empresa de su padre y sus escarceos desapareciesen misteriosamente del ojo público, claro.

Algunos decían que la responsabilidad de ponerse al mando de TecnoVida le había cambiado las prioridades en la vida; otros, que sencillamente el dinero podía pagar una vida privada ahora que la necesitaba.

Las fotografías de Marcos Vidal en las que había aparecido con una mujer distinta cada dos semanas te hacían plantearte la triste realidad de que a veces los capullos integrales tenían un cuerpo de infarto.

Celia siempre decía que había que considerarlo una lección de vida, aunque claro, para alguien que salía con mujeres era fácil decirlo sin quedarse mirando las fotografías como una tonta.

El Marcos Vidal de las revistas del corazón era un hombre alto, de hombros anchos y formas atléticas y elegantes. Tenía la sonrisa gamberra de los que se saben con ventaja desde el principio y ojos azules que miraban sin pudor hacia las cámaras.

Recordaba que por aquel entonces se decía que nunca heredaría la empresa familiar, que era demasiado rebelde y que no era capaz de centrarse.

Y en efecto, siempre le mostraban con la piel tostada tras algún viaje exótico, a veces con el espeso cabello negro desordenado, cayéndole hasta los hombros; otras veces casi rapado sobre una barba bien recortada.

Nunca hablaba con periodistas, pero no parecía la clase de hombre capaz de ponerse a la cabeza de una empresa del calibre de TecnoVida. Y sin embargo allí estaba, cambiando su fama de hijo rebelde por la de un inclemente empresario.

Aunque se decía que seguía siendo un auténtico *playboy*, aquel no era ya el hombre de los viajes exóticos y los escándalos semanales.

El Marcos Vidal que tenía delante de mí estaba bien afeitado y llevaba el brillante pelo negro pulcramente cortado. Era más alto de lo que había juzgado por las fotografías y, aunque ya debía rondar los cuarenta, bajo la ropa formal de hombre de negocios se adivinaba aún el cuerpo musculoso y atlético del que tanto había presumido años atrás.

Había dejado la chaqueta sobre el respaldo de su moderna silla de cuero y estudiaba lo que supuse que sería mi currículum, de pie junto a la enorme cristalera al fondo del despacho.

Era una habitación espaciosa y decorada de forma bastante tradicional, en tonos madera y numerosas estanterías, a diferencia del resto del edificio.

Me pregunté si no se habría molestado en redecorarlo después de recibir el relevo de su padre, del que decían que había sido un hombre discreto y estricto que no había aprobado las salidas de tono de Marcos.

Carraspeé suavemente:

—Buenos días, señor Vidal —dije cerrando la puerta.

Él levantó la vista y me miró fijamente un momento. Finalmente una sonrisa apareció en su rostro. Oh sí, aquella sonrisa gamberra era exactamente como en las fotos.

—No puede ser —dijo sin perder la sonrisa y mirándome de arriba abajo sin vergüenza—. Si hasta parece una entrevista de trabajo. Por favor —dijo haciendo un gesto para que tomara asiento.

Me fijé en cómo la camisa blanca se ajustaba a sus fuertes brazos con cada movimiento e intenté no pensar en cuánto tiempo hacía que no le quitaba a un hombre una de esas.

—Gracias.

Marcos se acercó y dejó los papeles en la mesa. Se movía con ese aire de confianza y seguridad de las personas que parecen no tenerle miedo a nada. Se puso la chaqueta ágilmente, mirándome a los ojos:

—Se lo ha ganado. ¿Seguro que no tiene un collar de diamantes escondido, o no se ha equivocado con el número de botones que desabrocharse?

Intenté reprimir una sonrisa y me asaltó un desagradable pensamiento. ¿Era la única que no sabía que venía a entrevistarme con Marcos Vidal? ¿De eso iban aquella profusión de escotes y joyas caras?

Quizás también era esa la razón por la que no me habían dado su nombre. No sabía si era gracioso o triste que su fama de Casanova le pasara factura cada vez que intentaba contratar una asistente.

—Estoy segura, señor —dije dejando escapar una sonrisita.

—No sabías que era yo, ¿verdad?

—No, pero me habría puesto lo mismo.

—Tendré que fiarme, supongo —dijo sentándose y volviendo a coger mi currículum, todavía sonriente.

—No quiero empezar con mal pie, señor. Para ser sincera, también podría haberme puesto mi *otro* traje de chaqueta, pero no habría sido muy diferente.

Marcos me miró por encima del papel:

—¿Una época difícil?

—No quería decir...

—Tranquila, hace mucho que aprendí la diferencia entre un comentario

casual y alguien que intenta sacarme dinero disimuladamente.

—No ha sido el mejor año.

—Una lástima. Pareces una mujer bastante formal —consultó sus papeles un momento—. La señorita Abad, ¿verdad?

—Creo que tiene usted el currículum equivocado. Es Laura Robledo.

Marcos comenzó a barajar los folios que tenía sobre la mesa, negando con la cabeza:

—Lo siento muchísimo. Por cosas como esta necesito una asistente personal. Mis secretarías están desbordadas y necesito a alguien que me haga la vida un poco más fácil.

Le tendí el currículum que llevaba conmigo:

—Lo entiendo perfectamente, señor Vidal. Las empresas grandes dependen de que los engranajes pequeños se muevan sin problemas.

Él me miró un segundo, sonriendo con los ojos ligeramente entornados, como si me estuviera estudiando. Me obligué a devolverle la mirada.

Era fácil perderse en aquellos ojos azules, pero lo último que quería era sonrojarme como una colegiala en medio de mi entrevista.

—Así es —cogió el currículum y se reclinó en su silla—. Veamos lo que tienes que ofrecer, Laura Robledo. Hm. Veo que has hecho algo parecido antes.

—Sí, señor.

—El ritmo aquí será muy distinto, aunque la verdad es que tienes pinta de poder soportarlo —murmuró sin levantar los ojos del papel—. ¿Doctorada en literatura? Me temo que estás sobrecualificada para este trabajo.

—¿Supone eso un problema?

—Para nada, siempre que no te importe organizarle la agenda a alguien que sepa menos de Shakespeare que tú.

—El teatro isabelino no es mi especialidad —dije sin poder contenerme—, así que aún está a tiempo de ponerse a mi altura en ese frente, señor.

Marcos se echó a reír y soltó el currículum. Apoyó los brazos sobre el

pandemónium de papeles y enlazó los dedos de ambas manos, inclinándose ligeramente hacia mí. Me llegó un leve olor a colonia y sentí que el estómago se me encogía.

—¿Sabes organizar una agenda de eventos?

—Sí, señor.

—¿Tienes buena memoria?

—Sí, señor.

—Tendrás que estar dispuesta a trabajar a cualquier hora. Tendrás un horario de trabajo, pero si te llamo a última hora de la noche, o de madrugada, por ejemplo, porque necesito que me organices un viaje urgente, tendrás que hacerlo.

—Lo entiendo, señor.

—¿Dejarás de llamarme señor cuando estemos solos? Marcos es suficiente —dijo en un tono de voz tan suave que se me antojó casi íntimo.

—Claro. Sí —dije intentando desesperadamente aferrarme a mi profesionalidad.

—Y me recomendarás un buen libro. Tenemos que salvaguardar tu dignidad literaria.

Dejé que sus palabras se hundieran en mi pecho antes de reaccionar, demasiado aturdida como para darme cuenta de lo que acaba de pasar:

—¿Estoy contratada?

—Estás contratada, Laura —dijo volviéndose a reclinar hacia atrás en su silla—. Pero hay algo más.

Esperé sin decir nada, con una agradable sensación de calor en el fondo del estómago. Iban a contratarme en TecnoVida.

Con aquel sueldo podría salir de casa de Celia en menos de un año, volver a trabajar y a permitirme una vida independiente. Y tenía que admitir que trabajar junto a aquel hombre era un bonus.

Me consideraba lo bastante madura como para no hacer ninguna tontería por muy encantador y atractivo que fuera, pero aún así tener a un hombre de ese calibre alrededor a diario era un incentivo para levantarse de

la cama todos los días.

Marcos se pasó una mano sobre la corbata, pensativo, mientras me miraba. Parecía estar buscando la mejor forma de darme la última condición del puesto de trabajo. Yo no podía dejar de pensar que no podía ser tan algo tan malo. Después de todo me acababa de decir que iba a tener que estar las veinticuatro horas del día disponible, ¿cómo iba a asustarme después de eso?

—¿Estarías dispuesta a gestar un hijo mío?

Así. Así iba a asustarme.

—No estoy proponiendo nada indecente, por supuesto, aunque entiendo que pueda sonar así —continuó Marcos—. Sólo estoy interesado en que gastes al bebé, no en que te hagas cargo de él.

>>Tendrás los mejores médicos y los mejores cuidados mientras dure el embarazo. No trabajarás durante los meses más complicados pero después tendrás tu trabajo de vuelta, garantizado.

>>Si aceptas, por supuesto. Habrá que hacer algunas pruebas antes, sólo para asegurarnos de que no hay ningún problema de salud, pero por supuesto me haré cargo también.

—¿Es una broma? —pregunté débilmente.

—En absoluto. De hecho, para mí es un asunto muy serio. Sé que es una propuesta inusual, pero me gustaría que lo pensaras. No formarías parte de tus funciones como asistente personal, claro —dijo seriamente—. Recibirás una remuneración aparte.

Me quedé mirándolo embobada. Estaba allí sentado proponiéndome que le diera un hijo con la misma calma que alguien emplearía para darte la hora. A lo mejor por eso TecnoVida había aceptado mi currículum.

A lo mejor aceptaban todos los currículums porque necesitaban a todas las candidatas posibles, para que hubiese más posibilidades de que se presentase una mujer lo bastante desesperada como para aceptar aquella locura.

Me levanté de silla bruscamente, que hizo un ruido desagradable al arrastrarse sobre el suelo:

—Lo siento —dije luchando contra la tensión que empezaba a

atenazarme la garganta—, pero no necesito pensar nada. La respuesta es no.

>>Los dos sabemos que nadie se va a atrever a denunciarle, pero la próxima vez le aconsejo que no intente chantajear así a sus posibles empleadas. No todo se puede pedir a domicilio y comprarse con dinero, señor Vidal.

—Laura, espera.

La rabia me burbujeaba en el pecho mientras cogía mi bolso y salía del despacho.

No sólo estaba enfadada con él, que me había puesto la miel en los labios con su conversación fácil y su sonrisa encantadora, prometiéndome el trabajo y después poniéndome aquella ridícula condición, sino también conmigo misma, por haberme permitido bajar la guardia e ilusionarme.

Prefería aferrarme a la rabia mientras me durara. Sabía que cuando se disolviera sólo me quedaría el desencanto de haber perdido el mejor trabajo que me habían ofrecido en años por culpa de un loco que no sabía lo que era una agencia de madres de alquiler, ni lo que era la ética en el lugar de trabajo.

Cuando crucé la sala de recepción con zancadas largas y llenas de furia escuché a una de las mujeres que aún esperaban para entrar reírse por lo bajo. No sabía que se imaginaba que me había pasado allí dentro, pero le esperaba una buena sorpresa.

Salí del edificio y noté el calor del mediodía en la piel, abrasador tras el oasis de aire acondicionado que era TecnoVida. Atravesando los jardines me sentía como sintiendo que volvía al mundo real tras un sueño surrealista.

Tenía ganas de llorar y no sabía por qué. No era para tanto, me repetía. Habría otros trabajos. Otras oportunidades. Había pizza recién hecha en casa.

3

No había pizza recién hecha en casa. O al menos no la había cuando llegué, porque olvidé llamar a Celia mientras iba de camino para que la metiera en el horno.

Iba demasiado hundida en mis pensamientos, pasando rápidamente de la tristeza a la incredulidad. No podía creerme lo que acababa de pasar, repitiendo la escena una y otra vez en mi mente, preguntándome cómo demonios pasaba algo así en la vida real.

Cuando llegué Celia estaba inclinada sobre su mesa de dibujo, trabajando en diseños para uno de los cómics con los que se ganaba la vida.

El salón nunca estaba sucio, pero siempre parecía desordenado entre la mesa de dibujo, los bocetos en la pared, los cojines de colores distintos en el sofá y la extraña sensación de que cada mueble había sido adquirido sin tener en cuenta los demás. Lo que conociendo a Celia, probablemente era cierto.

—La pizza —me dijo a modo de saludo.

—Ahora la meto yo si quieres, se me ha pasado llamarte —dije tirando el bolso y la chaqueta al sofá.

Celia se dio la vuelta en su silla giratoria para mirarme:

—La he hecho sin cebolla, para que luego no me des la lata. —Todavía estaba en pijama, que es uno de los beneficios de trabajar en casa, y se había recogido el fino cabello rubio en un moño alto para que no le molestara al dibujar.

Al menos creo recordar que era rubio en aquel momento. Celia tiene un serio problema con los tintes de pelo.

— No vienes muy contenta— continuó —. ¿Qué tal ha ido?

—Quería un hijo mío.

—Eso es... ¿una forma de decir que les has gustado?

—No, Cel. Literalmente. Literalmente quería contratarme como

asistente y además pagarme para que tuviera un bebé suyo.

—¿Qué quería pagarte para qué? —dijo echándose a reír a carcajadas.

—¡No tiene ninguna gracia!

—Tiene un poquito de gracia, suena a que vas a salir en un programa de cámara oculta o algo —dijo estirándose perezosamente antes de levantarse—. Deberías hablar con su jefe y liar un buen follón en TecnoVida. No creo que le paguen para hacer esas cosas en la oficina.

—Ya, eso va a ser difícil... —murmuré siguiéndola hasta la cocina. Me apoyé en el umbral de la puerta y me crucé de brazos—. Me ha entrevistado Marcos Vidal.

Celia me miró abriendo tanto los ojos que pensé que se iban a salir de las órbitas. Finalmente levantó las manos con aire resignado:

—¿Hay algún otro notición que te estés guardando para dentro de media hora? Dámelo todo de una vez, por favor.

—No hay más.

—Ah bueno, Marcos Vidal te ha ofrecido pasta por hacerle un bebé y no hay más. Menos mal.

—En serio, Celia —escuché como mi voz se quebraba y me odié por ello, pero no podía ignorar más lo mucho que me había afectado—. Creía que lo tenía. Me dijo que lo tenía.

Ella se acercó y me abrazó con fuerza. El olor familiar de su champú me hizo recordar la colonia de Marcos Vidal, cómo se había inclinado hacia mí y el calor que había sentido en el estómago y que tanto tiempo hacía que nadie despertaba en mí.

Una razón más para olvidarse de todo lo que había pasado aquella mañana y de la vergüenza que me causaba haber sido víctima de aquella estúpida entrevista, si es que podía llamársela así.

—No pienses más en ello, ¿vale? —me dijo Celia dejándome ir, no sin antes sacudirme suavemente por los hombros como para infundirme un poco de energía—. ¿Qué clase de cabrón ofrece un trabajo con una condición así? La gente con tanta pasta pierde la cabeza. Poner a la gente en una situación así, siendo el dueño de la empresa...

—La cosa es que no parecía... Era como si no supiera que estaba pidiéndome algo totalmente fuera de lugar. Lo estaba haciendo con mucha educación, como un negocio más —dije recordando las palabras de Marcos, ofrecidas en un tono de voz suave y confiado, enumerándome las ventajas del acuerdo.

—Lo que yo decía, que pierden la cabeza. Venga, cámbiate mientras yo preparo esto, que quiero los detalles y lo que tú necesitas es soltar la mala leche que has acumulado.

No voy a mentir, desahogarme contando todos y cada uno de los detalles de aquella horrible mañana con toda la indignación que aún llevaba dentro me ayudó a calmarme un poco, pero no del todo.

Había algo más que seguía molestándome y que no desapareció en toda la tarde: ni mientras me lamentaba de haber perdido la oportunidad de trabajar en aquella empresa tan moderna y prestigiosa, ni mientras volvía a abrir el portátil para buscar ofertas de trabajo que palidecían ante la que acababa de escaparse de entre mis dedos.

Quizás era que me preguntaba qué habría dicho Marcos si me hubiera quedado para escuchar sus excusas en vez de dejarme llevar por la rabia y salir del despacho como una exhalación.

O tal vez que no podía dejar de pensar en lo sencillo que había sido sonreír cuando hablaba con él, aunque apenas nos acabábamos de conocer, lo fácil que había sido sentirme cómoda y confiada a su lado, tan deprisa, casi sin darme cuenta.

Y entonces recordaba que se había pasado la mañana en su despacho ofreciendo trabajo a cambio de un embarazo a trabajadoras potenciales y volvía a sentir aquel malestar.

Los *playboys* no eran *playboys* por nada, claro. No serían tan peligrosos si no pudieran hacer que una mujer perdiera la cabeza sin darse cuenta.

Al final me apiadé de Celia, que había dejado sus bocetos abandonados para subirme el ánimo, y decidí irme a la cama cuando aún no se había puesto el sol.

Apenas había dormido la noche anterior y aquel día había resultado agotador, así que pensé que podría leer unas horas, ducharme y dormir todas

las horas que necesitaba.

Cogí el libro que tenía en la mesita de noche, dispuesta a relajarme, pero me quedé dormida casi al instante. Ni siquiera había llegado a poner la alarma la noche anterior y había dormido más de once horas.

En cuanto me senté en la cama me di cuenta de lo que me iba a costar sacudirme la pesadez de tantas horas de sueño. El libro se deslizó hacia el borde y cayó al suelo con un golpe sordo.

—¿Estás despierta, Laura?

Me froté los ojos, intentando convencerme para salir de la cama y darme la ducha que tenía que haberme dado la noche anterior:

—Algo así —respondí a duras penas.

Escuché sus pasos ligeros por el pasillo y apareció en mi habitación en una camiseta vieja que le llegaba casi hasta las rodillas, con un sobre en la mano y un ramo de rosas blancas sujeto contra el pecho.

Parpadeé un momento:

—Cel... —murmuré medio dormida, intentando mantenerme seria—. ¿Por fin vas a confesarme tus verdaderos sentimientos?

—Absolutamente —Celia se sentó conmigo en la cama y dejándome el ramo en el regazo—. Si flores es lo que hace falta para que limpies el baño...

—Ya te he dicho que esta semana te toca a ti, por muy pesada que te pongas.

Me incliné para oler las rosas. Tenían el tallo largo cubierto de finas espinas, lo cual siempre me resultaba atractivo en un ramo de rosas. Las rosas siempre eran más hermosas en su estado más natural, con sus hojas de bordes serrados y sus espinas.

Les daban una belleza que se perdía cuando las privaban de ese lado salvaje y las hacían parecer dóciles y domésticas. Se podía disfrutar de las espinas, el truco era saber tratarlas.

—En serio —continué—, ¿de dónde ha salido todo esto? Sea quien sea tienes mi permiso para salir con ella, la última sólo te regalaba collares con plumas.

—Era un rollo espiritual, ¿vale? Y no son para mí —Celia levantó el

sobre con el dorso orientado hacia mí. Allí estaba, el logo minimalista de TecnoVida, impreso en negro. Sentí que el corazón se me aceleraba y los restos pegajosos del sueño profundo desaparecían de golpe—. Llegaron anoche, pero no quería despertarte.

Cogí el sobre y lo abrí, sin saber muy bien qué esperar. Quizás una nota de la empresa disculpándose por la irregularidad, una especie de palmadita en la espalda para calmar a la gente que montaba un espectáculo como el que yo había montado al salir.

Aunque dudaba que mandar rosas blancas a los clientes fuera procedimiento estándar. Pero cuando saqué la gruesa tarjeta blanca del sobre me sorprendí al ver que estaba escrita a mano, con letra regular y firme, ligeramente inclinada hacia la derecha.

—¿Qué dice? Suéltalo de una vez, —dijo Celia golpeándome la rodilla suavemente—, que llevo desde anoche portándome bien sin abrirlo.

La ignoré y volví a leer el mensaje, asegurándome de que los ojos no me engañaban. Aquella no era forma de despertarse después de once horas de sueño y un día como el de ayer. Pero no había equivocación posible: el mensaje era educado, pero conciso y claro.

—Marcos quiere invitarme a cenar esta noche para disculparse por lo que pasó ayer. Dice que pasará a recogerme si no llamo antes para cancelarlo.

—Ah, por eso rosas blancas... las de la pureza o no sé qué, ¿no? —dijo Celia quitándome la tarjeta de las manos para leerla mientras yo miraba el ramo de flores con el ceño fruncido.

¿Quería ir a cenar con Marcos Vidal? Hacía menos de doce horas que había estado regañándome a mí misma por haber caído en las redes de su encanto y ahora estaba planteándome meterme en su coche y dejar que me llevara a cenar.

Pero era una disculpa. Una disculpa que quizás él había querido ofrecerme el día anterior, cuando yo no le había dado ocasión. ¿Y si todo aquello había sido una broma de mal gusto y nada más?

¿O Celia llevaba razón, y el dinero había cegado tanto a Marcos que no sabía que lo que me estaba pidiendo era absolutamente inapropiado hasta que yo le había lanzado la realidad a la cara? Suspiré, apretando un dedo contra la base de una de las espinas, con cuidado de no pincharme.

Celia me devolvió la tarjeta y se encogió de hombros:

—Qué pena, dice que te iba a llevar a Tenjo.

—¿Eh?

—Tenjo —dijo señalando la tarjeta—. Es el mejor restaurante de sushi de la ciudad. Llevo años queriendo ir, pero aunque decidiera darme el capricho, que no es poco, la lista de espera es infernal. Debe tener contactos ahí dentro para reservar de un día para otro.

—¿Por qué crees que no voy a ir?

—Porque ayer te pasaste el día entero deprimida porque te había engañado con una entrevista de trabajo falsa.

—Voy a ir.

—Ya tiene que gustarte el sushi.

—No es eso...

—¿Entonces? Ayer odiabas a ese tío.

—Es que... —suspiré, sin saber muy cómo explicarlo.

Quizás era una ingenua y estaba dándole a Marcos Vidal la misma ventaja para hacer todo lo que le apetecía que las demás mujeres que habían pasado por su vida le habían dado antes, pero quería pensar que estaba haciendo lo correcto y que el instinto no me engañaba.

No había visto maldad en sus ojos, y por muchas veces que me recordaba a mí misma lo mal que lo había pasado la mañana anterior no podía sacudirme la sensación de que debería haberme parado a escucharle antes de salir de su despacho.

Si tenía que decirle de nuevo lo equivocado que había estado, lo haría, pero algo me decía que no había habido malas intenciones en sus acciones, y sólo por eso merecía que al menos le diera la oportunidad de disculparse.

—Cel —continué—, sólo quiere pedir perdón. En un sitio público. No voy a perder nada y no me parece bien decirle que no puede disculparse si quiere hacerlo.

—¿Entonces ya no le odiamos?

—Le odiamos un poco.

—Vale. Mantenme informada de los cambios, que pierdo el hilo —dijo levantándose de la cama. Afortunadamente Celia es la persona más casual y tranquila del mundo, porque a veces incluso a mí me costaba entenderme a mí misma.

—Espera, ¿cómo de caro es el restaurante ese...?

Celia pivotó junto a la puerta para mirarme y apoyó la cabeza en el quicio con aire de tener pocas ganas de volver al trabajo:

—¿Tenjo? Es muy caro. Es carísimo.

—¿Tan caro como para tener código de vestimenta?

—Pues no lo sé. Probablemente.

—Cel...

—Oh, no. La cara de pedir cosas.

—¿Tienes a mano el vestido que te pusiste para la boda de tu hermana...?

4

Entre mi falta de fondos y la aversión de Celia por las faldas no tenía mucho donde elegir para ponerme elegante, pero un vestido negro era una elección simple pero infalible y aquel me vendría como anillo al dedo para la ocasión. En general la talla de Celia se ajustaba bastante bien a la mía.

Ella era un poco más alta pero se habría practicado el suicidio ritual samurai antes de ponerse un vestido demasiado corto, por lo que a mí me quedaba justo por encima de las rodillas.

Me agradó comprobar que la tela tenía buena caída y no me quedaba demasiado ajustado; se ceñía lo justo a la curva de la cintura para resultar elegante. La única diferencia notable entre Celia y yo estaba un poco más arriba.

El vestido tenía un cuello de barco ligeramente más bajo de lo que yo habría preferido, que dejaba los hombros al aire y descendía a la altura del pecho. A ella le había quedado precioso. Yo, sin embargo, había tenido algunas dificultades negociando con el vestido hasta que conseguí meterme entera dentro.

—Vas a ser muy popular esta noche —dijo Celia tapándose la boca para ocultar una sonrisa malvada cuando me vio salir al salón con el vestido puesto.

—No es exactamente lo que quiero de una cena con un hombre que intentó comprar mi útero ayer —dije mirándome en el espejo y ajustándome el escote una vez más.

Tendría que valer. Eran demasiados puntos a favor en la balanza. ¿Quizás algún collar rescatado del fondo del joyero podría disimular un poco aquello...?

—Aprovecha que sólo le odiamos un poco y pásatelo bien —dijo ella dándome la espalda para seguir con sus dibujos.

Sabias palabras. O al menos eso quería creer.

Curiosamente arreglarme para aquella cita había sido mucho menos traumático que hacerlo para la entrevista de trabajo. Me tomé mi tiempo para ducharme, alisarme el pelo y vestirme tranquilamente, disfrutando de la idea de ir a uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

Intenté no pensar demasiado en mi acompañante. Ya me preocuparía de lidiar con los encantos de Marcos cuando llegara el momento. Aceptaría sus disculpas y quedaríamos en paz.

En mi mente la cena se asemejaba más a una civilizada charla de negocios que a otra cosa, aunque sospechaba que no sería así cuando llegara el momento de la verdad, porque incluso en el antiséptico entorno de su despacho, tan frío e impersonal, se las había ingeniado para hacerme sudar.

Cuando salí a la calle a la hora acordada las farolas estaban empezando a parpadear, iluminando la acera. Soplaban una brisa agradable que parecía llevarse los últimos vestigios de calor y luz del día.

Al fondo de la calle escuché una tienda cerrando y las voces de niños que corrían a sus casas tras ponerse el sol.

La calle estaba casi vacía y me sentí extraña de repente, esperando allí a aquel desconocido que me había hecho la propuesta más extraña de mi vida y al que por alguna razón estaba dispuesta a darle la oportunidad de disculparse, de pie frente a mi portal, arreglada con más mimo del que quería admitir.

A cada paso que había dado (¿Debería ponerme perfume? ¿Quiero ponerme seria con el maquillaje?) me asaltaba la idea de que me estaba esforzando más de lo que me había prometido a mí misma.

Quizás quería impresionar a Marcos ahora que estaba fuera de la oficina y podía permitírmelo. Quizás era que no podía evitar ponerme guapa para un hombre tan atractivo, aunque no tuviera interés en atraer su atención.

Lo que estaba claro es que me sentía atractiva y poderosa, con la clase de fuerza que te da mirarte al espejo antes de salir a la calle y estar completamente satisfecha con lo que ves. O al menos completamente satisfecha sin contar que necesitaba una talla más en la zona del escote. Detalles.

De cualquier modo no podía negar que tenía ganas de cenar con Marcos. No sabía si de verdad quería disculparse o tenía algún truco

escondido en la manga que me haría arrepentirme de aquella segunda oportunidad, pero estaba decidida a confiar en mi instinto y disfrutar de la noche.

Estaba repitiéndome a mí misma que era perfectamente posible pasarlo bien en la cena sin bajar la guardia cuando un resplandeciente deportivo negro apareció al fondo de la calle.

Los pocos transeúntes que pululaban cerca de allí giraban la cabeza al verlo pasar, un monstruo de líneas suaves y poderosas, el motor ronroneando calle abajo. Se detuvo frente a mí y Marcos salió a toda prisa, desabrochándose la chaqueta con una mano.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —dijo acercándose a mí con zancadas largas y seguras. Casi se me había olvidado lo suave y profunda que era su voz, como el ronroneo del motor—. Lo siento muchísimo, la última reunión se ha alargado.

—No te preocupes, sólo han sido unos minutos.

Marcos se detuvo a unos pasos de distancia y sonrió, bajando la mirada con lentitud depredadora a lo largo de todo mi cuerpo:

—Veo que has dejado los dos trajes de chaqueta en casa.

—Todavía estoy a tiempo de subir y ponerme uno.

Me sentí estúpidamente satisfecha cuando vi que su sonrisa se ensanchaba, llena de picardía:

—No será necesario, estás preciosa —dijo él, casualmente pero mirándome con una intensidad feroz. Yo aparté la mirada, fingiendo que me ajustaba levemente el vestido. Acaba de llegar y la situación ya se me estaba yendo de las manos.

—Gracias —dije finalmente, recuperando la compostura. Marcos asintió y miró al suelo un momento. Aún estaba a varios pasos de mí, como si estuviera dándome espacio. Se metió las manos en los bolsillos y su rostro se tornó serio, adquiriendo una solemnidad que no había visto en él hasta ahora:

—Antes de que nos vayamos me gustaría pedirte perdón por lo que pasó ayer.

—Pensé que lo harías durante la cena, no tienes por qué hacerlo aquí

mismo —dije intentando darle un tono desenfadado a mis palabras. Parecía tan serio de repente que estaba empezando a apiadarme de él.

—Lo haré de nuevo en la cena si es necesario. Y te explicaré por qué lo hice, si es que quieres saberlo. Si prefieres olvidar el tema podemos cenar como dos buenos amigos, hablando de cosas más agradables.

>>Será decisión tuya. Por eso quiero hacer esto ahora, aquí, antes de que empiece nuestra noche —aquella elección de palabras me casi me causó un paro cardíaco—. Espero que sea una velada perfecta, o al menos lo bastante memorable como para que te ayude a olvidar el cretino que fui ayer. ¿Me lo permites?

Aquello sí que no me lo esperaba. Estaba disculpándose abiertamente, sin excusas, y nada más llegar. Y no sólo eso, si no que me daba las riendas de la velada para ahondar en el tema o para olvidarlo, un gesto que, dadas las circunstancias, era extremadamente caballeroso por su parte.

Por otro lado, sus frases evocaban una intimidad más allá de una simple cena que me había hecho aferrarme discretamente al bolso hasta que me habían dolido los nudillos, pero había sido tan educado que bien podía ser producto de mi imaginación.

—Sí, por supuesto —dije casi sin aliento.

—Te pido disculpas, Laura. No tenía derecho a pedirte algo así y estabas en tu derecho a marcharte como lo hiciste. Me sorprende que hayas aceptado verme esta noche y te lo agradezco. Te aseguro que a partir de ahora haré todo lo posible para que te encuentres cómoda conmigo.

—¿Lo has ensayado? —pregunté sin poder contenerme.

Me resultaba imposible no provocarle, como a un amigo al que se conoce de hace mucho tiempo y haces el blanco de tus bromas. Las palabras se me derramaban de la boca, como me había pasado durante la entrevista.

Además, no podía evitar encontrar tanta formalidad divertida. Era como ver al chico rebelde de la clase usar todas las palabras bonitas del diccionario para evitar un castigo. Marcos me devolvió la sonrisa y ese punto de travesura que le caracterizaba regresó a su rostro:

—Sólo la última parte —bromeó alejándose para abrirme la puerta de copiloto del coche—. ¿Me vas a quitar puntos?

—A lo mejor debería.

—Dicen que hay que premiar a los que se esfuerzan, ¿no? —dijo sujetando la puerta mientras yo me deslizaba entre su cuerpo y el coche. Estaba tan cerca que tuve que mirar hacia arriba para decir:

—Disculpas aceptadas —antes de escabullirme hacia el interior, huyendo de la sólida calidez de su cuerpo. Marcos cerró la puerta suavemente.

El interior del coche era tan elegante como el exterior, con asientos color crema y un salpicadero que prometía todos los lujos disponibles en el mercado.

Cuando Marcos entró y puso el coche en marcha comprobé con satisfacción que el sonido del motor era incluso más agradable desde allí.

Olía a cuero nuevo y a la colonia que había olido la mañana anterior en su despacho. Su olor. Allí dentro era mucho más potente y no pude evitar cerrar los ojos y aspirar con fuerza. Una buena colonia de hombre siempre me hace perder la cabeza.

—¿Te importa? —preguntó Marcos llevándose la mano a la corbata.

—No, para nada.

Sin apartar la mirada de la carretera Marcos apoyó una mano en la parte superior del volante y tiró de la corbata con la otra, aflojándola hasta deshacer el nudo. No tenía manos de hombre de negocios.

Tenía manos grandes y dedos largos y ágiles, las manos de alguien que no tenía miedo a ensuciárselas, a trabajar con ellas. Me pregunté a qué se había dedicado durante su juventud, mientras su padre dirigía aún TecnoVida.

Por un momento me avergonzó el hecho de pensar en él como poco más que un *playboy* vividor, cuando lo cierto era que estaba delante de un hombre que había visto más mundo que la mayoría de la gente.

Me recordé que se podían ser las dos cosas mientras Marcos lanzaba la corbata al asiento de atrás y se desabrochaba el primer botón de la camisa con un suspiro satisfecho.

—¿No vas a tener que ponértela otra vez cuando lleguemos?

Marcos sonrió de medio lado:

—Me perdonarán la falta de corbata —me miró un momento antes de

devolver la vista a la carretera—. Te gusta la comida japonesa, ¿verdad? Podemos ir a otro sitio si lo prefieres.

Y allí estaba otra vez. Era difícil decidir lo que opinaba de Marcos Vidal porque seguía apareciendo de forma contradictoria ante mí: en la misma frase se descubría lleno de arrogancia y a la vez me demostraba una deferencia exquisita.

No le importaba alardear de romper el código de vestimenta de uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad, pero al instante me hacía saber que una reserva en dicho restaurante no era importante si yo prefería ir a otro lugar.

Era desconcertante y yo no estaba en un momento álgido de claridad mental precisamente. Fuera lo que fuese, Marcos era el hombre más atractivo que había conocido nunca, y estar con él en un espacio cerrado con aquel olor inundándome poco a poco me estaba pasando factura.

Le aseguré que no era necesario cambiar de plan y asintió. El sedoso tirón del acelerador me llenó el estómago de mariposas.

Tenjou estaba alejado del centro de la ciudad, en una zona de amplias urbanizaciones y negocios cuyos dueños habían decidido sacrificar la accesibilidad del centro histórico por un ambiente tranquilo y locales espaciosos.

El restaurante estaba junto a un hotel, y ambos estaban rodeados de pequeñas zonas verdes y un alegre bullicio de clientes que iba y venían.

Nada daba a entender en el aspecto sobrio de la fachada lo muy codiciadas que eran las reservas allí, pero en cuanto nos detuvimos frente a la puerta se acercó un joven solícito para aparcar el coche mientras entrábamos. Marcos le cedió las llaves y abrió la puerta para mí, tendiéndome la mano para ayudarme a salir.

—Muy amable —dije intentando parecer casual y ocultar lo mucho que me afectaba su impecable caballerosidad. No podía dejar de pensar en la fuerza que se adivinaba detrás de la firmeza con la que su mano sujetaba la mía.

—Te aseguro que es un placer —respondió pasándome el pulgar sobre los nudillos. Apenas una caricia de un segundo que casi podía haberme imaginado, antes de soltar mi mano y ofrecerme el brazo—. ¿Lista?

¿Por qué tenía que ser tan galante? No era justo que no me diera ni un momento de tregua para recordarme que estaba allí estrictamente para aceptar sus disculpas y despedirme de aquella sonrisa de infarto para siempre.

Porque eso era lo que había venido a hacer, después de todo, me dije aceptando brazo que me ofrecía y notando bajo mis dedos cómo sus músculos se flexionaban bajo la tela de la chaqueta para acomodar mejor mi mano.

Iba a desaprovechar una oportunidad única para cenar con un hombre de ensueño que hasta ahora había sido perfectamente caballeroso porque no podía dejar de verlo como al jefe que casi había tenido o como al hombre que me había arruinado la entrevista.

Pero se había disculpado y estaba esforzándose para ganarse mi simpatía. Y no era mi jefe. Y después de aquella cena todo se acabaría. Podía permitirme bajar la guardia, sólo un poco. Disfrutar el momento. Apreté los dedos alrededor de su brazo y me concedí sonreírle abiertamente antes de asentir.

Marcos me contó que solía traer a los inversores potenciales de TecnoVida a Tenjo mientras cruzábamos la primera sala, donde se encontraban la barra y algunas mesas pequeñas alineadas a lo largo de la pared.

Nadie se molestó en confirmar si estábamos en la lista de reservas, pero el *maître*, un muchacho rubio de aspecto ágil y eficiente, se acercó a recibirnos de inmediato con tanta efusión que temí que el pobre hombre se fuese a arrodillar en cualquier momento.

Después de asegurarnos que tenía la mesa perfecta y de que rechazáramos su oferta de beber algo antes de pasar a la sala principal, nos acompañó hacia las entrañas del restaurante.

La sala principal, sorprendentemente alta y espaciosa, estaba llena pero se respiraba un ambiente tranquilo y fresco. Las mesas tenían un toque pulido sobre la madera oscura en el que relucían los leves destellos de luz de las lámparas que colgaban bajas del altísimo techo.

El suelo negro imitaba el patrón de un tatami japonés. Al fondo de la sala una escalera ascendía hacia un segundo piso. Miré alrededor discretamente y me alegró comprobar que, aunque quizás había pecado de sencilla, esta vez había acertado con mi atuendo.

—Este sitio es increíble —dije en cuanto el *maître* se alejó tras

acomodarnos en nuestra mesa.

Nos dejó con las cartas en la mano y una última inclinación, y me volvió a dar la sensación de que estaba tan nervioso por complacernos que casi no le llegaba la ropa al cuerpo.

Eso sí, no nos había mentido: nos habían sentado en una en una zona apartada del centro de la sala donde las mesas estaban más apartadas unas de otras, dotándolas de mayor intimidad y claramente mejor posicionada.

—Estoy impresionada —reconocí.

—Misión cumplida.

—Creía que la misión era disculparte por lo de ayer.

Marcos sonrió y se inclinó hacia adelante en su silla para quitarse la chaqueta lentamente, mirándome a los ojos:

—Misión principal y misión secundaria.

Sentí que me iba a ruborizar de forma inminente y decidí lanzarle la pelota de vuelta a su campo:

—¿Y vas a intentar impresionar también a todas las demás mujeres a las que tienes que pedirles disculpas por lo de ayer?

—¿Las demás?

—Las demás candidatas al puesto que entraron antes que yo.

—Ah —dijo dándole la chaqueta a un camarero que se acercó a por ella como si hubiera estado pendiente de todos sus movimientos—, no, no. No será necesario.

—¿Y eso por qué?

—Porque sólo te lo pedí a ti.

—¿Qué? —pregunté bajando la voz y conteniéndome para no tirarle la servilleta a la cara, justo en medio de esa expresión de estar pasándose en grande con mi confusión—. ¿Por qué?

—¿Entonces has decidido que vamos a hablar de esto en vez de tener una conversación más agradable? Tenía que habérmelo imaginado, no tienes aspecto de ser la clase de mujer que acepta explicaciones a medias —dijo con un suspiro—. La situación es bastante sencilla.

>>Tengo casi cuarenta años y quiero un hijo. No quiero esperar a encontrar esposa, ni nada que se le parezca.

>>No quiero una, ni la necesito para criar a un hijo como se merece, pero lo he pensado bien y creo que es el momento de hacerlo. Evidentemente no quiero que cualquier mujer geste a mi hijo, aunque su papel vaya a reducirse a nueve meses de embarazo.

—Las agencias de madres de alquiler...

—Ya me he puesto en contacto con diversas agencias, pero no estoy convencido. Tampoco me han faltado voluntarias —dijo con cierto desprecio en la voz—. Pero estoy en una situación delicada, por ser quién soy y llevar el tipo de vida que llevo.

>>Necesito a una mujer en la que pueda confiar. Inteligente. Atractiva. Responsable. Sé que vas a pensar que estoy loco, pero tengo buen instinto y ayer sentí que podrías ser esa mujer.

>>En el fondo sé que llevas razón, no tenía derecho a pedirte algo así en ese momento, pero llevaba mucho tiempo buscando a alguien a quién poder pedírselo sin reservas.

—No me conoces de nada —sonreí, incrédula, pero halagada.

—Los negocios ayudan a desarrollar un buen instinto. También ayuda vivir rodeado de gente que busca aprovecharse de quién eres. ¿No te fías nunca de tu instinto, Laura?

—Depende —dije, aunque por dentro sabía que el instinto era también mi perdición cuando se manifestaba.

Si no fuera porque aquel sentimiento en el pecho me decía que Marcos no era el cabrón que había parecido ser el día anterior jamás habría aceptado su oferta para cenar. Sin embargo allí estábamos y no creía haberme equivocado.

Estábamos cómodos hablando de aquella locura. No había falsedad en su voz, sólo la calidez que aparecía en sus palabras cuando nadie más nos escuchaba. Me pregunté si lo mismos sucedería con la mía, y yo no me daba cuenta.

—A veces hace falta. El instinto nos descubre las cosas que necesitamos y vale la pena intentar conseguir las. La vida es corta —sonrió,

recordándome lo peligroso que era y lo rápido que se me olvidaban sus muchos encantos.

—¿Aunque luego tengas que disculparte?

—Sobre todo si luego tengo que disculparme, siempre que la disculpa incluya salir a cenar con una mujer como tú.

Seguramente habría dicho una tontería o me habría quedado mirándole con las mejillas encendidas, pero me salvó la interrupción de una botella de *sake* aterrizando bruscamente en medio de la mesa.

La mujer que sujetaba la botella por el cuello parecía capaz de asesinar a un hombre con un zapato de tacón sin demasiados remordimientos. Tenía una expresión fría en el rostro, aunque me daba la sensación de que no iba dirigida a nadie en especial, sino que la llevaba puesta habitualmente.

El corte de la falda de tubo negra y la camisa burdeos de seda gritaban la clase de dinero en la que se movía, así como los accesorios, discretos pero exquisitos. El cabello negro cortado en una melena lisa unos dedos por encima de los hombros y los ojos celestes le sumaban puntos a su aspecto de gélida eficiencia.

—¿Reservando sin avisarme, Marcos? —tenía una agradable voz de contralto. O la habría tenido, si todo lo que salía de su boca no sonara como una orden.

—Ah, mi *sake* favorito. Cómo me conoces... —dijo él alargando el brazo para coger la botella. Cuando ella no la soltó, la miró y sonrió—. En realidad no he reservado. No tengo que molestarte para todo, ya sé que estás muy ocupada.

—Qué amable —dijo ella con la dulzura con la que se lanzan los males de ojo. Le hizo un gesto a un camarero, que se acercó de inmediato—. Búscales una corbata al señor Vidal antes de que tenga que echarlo de aquí.

—No hace falta que te pongas así —dijo Marcos echándose a reír al verme la cara, que debía estar empezando a tomar un cariz de puro terror—, Laura y yo sólo somos amigos. Laura, te presento a Lucía Vidal, mi hermana y la dueña de Tenjo. Lucía, ésta es Laura Robledo.

—Encantada —dije tendiéndole la mano con una sonrisa, aliviada al saber que aquella mujer no era una ex—novia de Marcos que nos iba a

envenenar las bebidas—. Es un placer.

—Igualmente —dijo ella estrechándomela suavemente. No me imaginé la mirada interesada que me dirigió, y que gravitó hacia mi escote unos segundos de más—. Lo siento, pensé que era una cita. Me gusta asustar un poco a las mujeres que rondan a mi hermano.

No sabía si aquello hizo que Lucía me cayese mejor o me resultara más terrorífica. Probablemente un poco de ambas.

Al igual que sucedía con su hermano, había algo agradable en su aparente arrogancia, aunque Marcos acompañaba la afilada implacabilidad de su posición con una caballerosidad irresistible, mientras que Lucía se decantaba por una actitud dominante e impasible.

—Aunque no estemos en una cita ya puedes soltarle la mano —dijo Marcos enarcando una ceja y sin perder la sonrisa. Lucía obedeció, pero no se dignó a mirarle:

—Si te aburres de no tener cita —me dijo sin rastro vergüenza—, llámame y haré lo posible por solucionarlo.

—Lo siento, me gustan los hombres —sonreí sin ningún pudor. Sabía que la gente que hacía proposiciones con la facilidad de Lucía Vidal era inmune a la incomodidad del rechazo—. Es sólo que no me gusta éste en concreto.

Lucía se llevó la mano al pecho, encantada, y miró por fin a su hermano, que estaba luchando para no echarse a reír:

—Absolutamente brutal. Estáis invitados a todo —el camarero se acercó a ella y le tendió una corbata; ella la dejó caer sobre el hombro de Marcos—. Deja de saltarte el código de vestimenta de mi restaurante.

Y sin una palabra más se alejó de la mesa.

—Lo siento mucho —dijo Marcos entre risas, levantándose el cuello de la camisa y poniéndose la corbata—. Espero que no te haya hecho sentir incómoda, Lucía es...

—Como tú.

—Sí, supongo que es como yo en algunas cosas —dijo tras titubear un momento, terminando de anudarse la corbata con la facilidad de largos años

de práctica—. Un poco más astuta, tal vez.

>>Cuando llegó la hora de ponerse al frente de TecnoVida decidió que no quería tener un trabajo que no le dejase tiempo para nada más y lo consiguió, aunque mi padre llevaba toda la vida preparándola para el puesto. En cuanto mi padre murió ella desapareció con su parte del dinero y empezó un negocio propio.

—¿Y tú? ¿No querías heredar la empresa?

—Es una buena empresa —dijo como toda respuesta, aunque casi podía escuchar la verdadera razón detrás de sus palabras.

No había nadie más que se hiciera cargo del imperio que su padre había levantado. Imaginé lo que había trabajado para llegar a donde estaba después de toda una vida en la que, si los rumores eran ciertos (y lo que acababa de contarme prácticamente los confirmaba), su padre se había desentendido de él, dándole por perdido.

Sentí un orgullo un poco fuera de lugar hacia él, imaginándole más inexperto y caprichoso, cayendo de repente en un negocio familiar tan extenso como complejo y ganándose el respeto de los trabajadores hasta ser lo que era hoy. No podía evitarlo. Había parecido tan joven y despreocupado hablando con su hermana unos minutos atrás...

A partir de ese momento nos alejamos de temas familiares y de lo que había pasado la noche anterior. Él me pidió que le hablara de mis estudios, de mis autores favoritos, y yo a cambio le pregunté sobre sus viajes de juventud, sin mencionar nunca sus romances juveniles ni los muchos rumores que habían rodeado dichos viajes en la prensa.

Volvió a envolvernos aquella sensación de familiaridad que tan extraña me resultaba, aquella facilidad para hablar con él aunque la intensidad de su mirada me dejara sin aliento. Marcos lo había conseguido.

La velada fue lo bastante perfecta como para hacerme olvidar el día anterior, y cuando llegó el momento de volver a casa no pude evitar lamentarme de que estuviera a punto de acabarse. Los dos nos mantuvimos en silencio mientras Marcos conducía de vuelta. Quería pensar que quizás él también sentía que la velada terminaba.

La calle estaba desierta cuando me acompañó hasta la entrada del portal. Saqué las llaves de mi bolso, pero me resistí a abrir la puerta. Quería

un minuto más antes de que aquel hombre lleno de contradicciones que tantos sentimientos encontrados me causaba desapareciese de mi vida.

—Ha sido perfecto —dije sinceramente—. Muchas gracias por todo.

—Todavía hay algo más que me gustaría hacer para disculparme —dijo acercándose a mí. Cada vez que se paraba tan cerca de mí me sorprendía lo alto y corpulento que era a mi lado—. Si no hubiera sido por nuestro malentendido de ayer habrías conseguido el trabajo. Si aún lo quieres, es tuyo. No tienes que contestar ahora mismo...

—¡Sí! ¡Sí, por supuesto que sí!

—Desde luego no se puede decir que te falten ganas —dijo con aquella media sonrisa granuja—. Puedes pasarte el lunes a que te den las instrucciones para manejar mi agenda y empezar la semana siguiente. ¿Qué te parece?

—Es perfecto. Gracias, muchas gracias —dije conmovida.

Tenía un nudo en la garganta. No podía creer que al final hubiese conseguido aquel trabajo, y en el fondo, muy en el fondo, me alegraba de poder pasar más tiempo descubriendo la clase de persona que era Marcos Vidal, un enigma que había empezado a consumirme sin darme cuenta.

—Entonces nos veremos el lunes.

Marcos se quedó un momento mirándome antes de alejarse sin decir nada más. Era mejor así. Todo había pasado demasiado deprisa y ahora que nuestra relación volvía a ser laboral no habría sabido si tenderle la mano o darle dos besos. Aunque sabía lo que habría preferido, claro...

Empujé la pesada puerta de portal cuando escuché cómo me llamaba. Mi nombre sonaba casi desconocido en su voz profunda, en el leve eco de la calle vacía. Me giré y Marcos estaba mirándome, la puerta de su coche abierta y una mano en el bolsillo:

—No tiene nada que ver con tu trabajo —dijo mirándome fijamente—, y no volveré a mencionarlo. Pero quiero que sepas que si cambias de opinión en cualquier momento, mi otra propuesta sigue en pie. Ahora más que nunca —se dio un unos toque con el dedo índice en medio del ancho pecho—. El instinto no falla.

—Lo siento, pero esa es una oferta a la que tengo que seguir

negándome.

—No esperaba otra cosa. Pero no olvides que no la he retirado.

Y con un leve asentimiento de cabeza desapareció en las entrañas del deportivo y se marchó, dejándome con el corazón desbocado y más confundida que nunca. Pero el sentimiento que reinaba sobre todos los demás era el de alivio y felicidad por mi nuevo trabajo, y por una noche había superado todas mis expectativas.

Cuando entré al piso Celia estaba dormida en el sofá. Me quité los tacones mientras desde el televisor me contaban los beneficios de comprar una máquina para pelar fruta en las próximas veinticuatro horas. Me deshice de las medias y busqué el mando para apagar el televisor.

—¿Laura? —murmuró Celia adormilada.

—Sí. Apaga la tele y vete a la cama —dije dando el mando por perdido y dirigiéndome a mi habitación.

—Vale. ¿Mañana me cuentas?

—Mañana te cuento.

Escuché a Celia levantarse y deambular por el salón:

—¿Cuánto odiamos al tío ese ahora? —bostezó pasando por delante de mi habitación con el pelo de punta.

—Ahora mismo, nada.

—Lo apunto —escuché, antes de oírla dejarse caer en su cama como un saco, los muelles quejándose débilmente.

Estaba segura de que al día siguiente me sacaría hasta el último detalle (y de que me esperaba un largo interrogatorio sobre Lucía Vidal), pero por ahora me alegraba de no tener que contarle cómo había ido la noche.

Me encantaba compartir todas las noticias y los pormenores de mi vida con ella, pero sólo por una noche quería tener todo lo que había pasado, todas las buenas noticias y las buenas sensaciones, todo lo que podía haber ido mal y había ido bien, todos los sentimientos a los que quizás no podía ponerles aún nombre, para mí sola.

No había bebido demasiado, pero sentía el agradable calor del *sake* en el cuerpo y cuando me quité el vestido un olor familiar me asaltó. Me llevé las

manos a la cara; olían muy, muy levemente como había olido el coche de Marcos. Sonreí.

5

La semana de iniciación en TecnoVida fue menos cálida de lo que esperaba, pero estaba tan emocionada con mi nuevo trabajo que nada podía bajarme el ánimo.

Para empezar se me asignó a un alma amable que me mostraría cómo funcionaban las cosas en la empresa y cuáles serían mis obligaciones. Y cuando digo alma amable quiero decir amable consigo misma, porque literalmente le daba igual todo lo que pasaba a su alrededor.

Se llamaba Marga y era una de las secretarias de Marcos, la que había estado haciendo las veces de asistente mientras él contrataba a una que se dedicara exclusivamente a ese cargo y (nada más y nada menos) la mujer que me recibió el día de mi entrevista y no se dignó a ofrecerme asiento.

Sus modales no habían mejorado, lo cual era bastante anormal en una secretaria, y tenía que sacarle toda la información que necesitaba con paciencia y tacto.

Una de las cosas que descubrí aquella semana aplicándole a Marga estrategias de extracción de información que dejarían a la CIA llorando en una esquina, fue que yo tendría un pequeño despacho pegado al de Marcos desde el que gestionaría las visitas que podía recibir y las llamadas que le llegaban.

Este pequeño despacho resultó ser el mismo en el que ella me había tenido de pie esperando diez minutos antes de dejarme entrar al despacho principal el día de la entrevista.

Sí, estaba a punto de heredar la habitación blanca con el cuadro de la escena del crimen. Mi primera nota mental fue acordarme de comprar un par de plantas para alegrar un poco aquel sitio.

La agenda de Marcos era una pesadilla. Marga y las demás secretarias habían hecho lo posible por mantenerla al día, pero las cosas más complicadas, como los grandes eventos que había que organizar para inversores y que habrían interferido en sus demás obligaciones, se habían ido retrasando y acumulándose con otras citas y eventos.

Eso sin mencionar que Marcos tenía la sección de contactos más infernal que había visto en mi vida.

La de mis anteriores jefes ni se acercaba y si no fuera porque sabía lo afortunada que había sido al conseguir el trabajo y lo cerca que había estado de perderlo, me habría planteado si de verdad podía llevarlo a cabo. Pero estaba llena de determinación y me sentía más llena de energía que nunca.

Las primeras semanas las pasé peleándome con todos los aparatos que había en mi mesa y que Marga no se había molestado en explicar cómo funcionaban. Hasta el teléfono fijo tenía más aplicaciones de las que mi cerebro estaba dispuesto a asimilar el primer día.

Había notas por todas partes con recordatorios, teléfonos, nombres, horas, instrucciones. Las plantas llegaron y alegraron la habitación, aunque aquel cuadro de las manchas rojas seguía siendo horroroso y dominando la pared.

Empecé a familiarizarme con los nombres y las voces al otro lado del teléfono, y con lo que podía esperar del horario de Marcos: llegaba el primero, salía el último y almorzaba en su despacho cuando no tenía cita para comer con alguien del trabajo.

Yo era la encargada de pedirle la comida cuando lo hacía y aprendí también lo que le gustaba y cuándo, y que siempre que entraba para dejarle la comida tenía tiempo para sonreírme y preguntarme si estaba adaptándose bien.

Era sólo un minuto, pero siempre tenía tiempo para hacerlo, caballeroso hasta el final, y me invitaba a sentarme a comer con él. Yo siempre lo rechazaba, dándole las gracias profusamente.

Ya tenía bastantes problemas concentrándome en mi trabajo cuando él estaba cerca, no podía permitirme acercarme a él de aquel modo. Después de todo, ahora era mi jefe.

Y descubrí que trabajar en TecnoVida era, después de todo, cuestión de aprender de un ritmo diferente. En un par de meses sabía qué llamadas quería recibir Marcos y cuáles no sin tener que preguntarle.

Conocía los nombres de todos sus inversores y sabía cuáles apreciaban un trato lacónico y cuáles preferían una pizca de encanto profesional. Había conseguido despejar la agenda en la medida de lo posible y

había una cena para inversores prácticamente organizada. Ya no me molestaba dejar lo que estaba haciendo sin aviso cuando Marcos salía del despacho y decía:

—Laura, por favor.

Sencillamente cogía la carpeta que tenía siempre preparada a un lado de la mesa y le seguía, preparada para sentarme frente a él en una reunión y tomar notas. Era un trabajo desordenado, que exigía flexibilidad a la hora de ordenar las tareas, atención constante, buena memoria y que pareciera que siempre estabas de buen humor.

Nunca me explicaría cómo había sobrevivido Marga allí. Cualquiera de las otras chicas de secretaría parecía más despierta. Incluso Carlos habría mejor trabajo, que también formaba parte de secretaría pero al que después de nuestro primer encuentro en la fotocopiadora habría preferido no tener que ver nunca más en mi vida.

Sin embargo se las ingeniaba para aparecer en mi periferia y regalarme un roce ‘accidental’ de vez en cuando. Por la forma en la que las demás mujeres de la oficina hablaban de él no hacía falta una imaginación desbordante para saber que yo no era la única a la que le gustaba agobiar con atención no deseada. En todas las oficinas tenía que haber uno.

Sin embargo, no en todas las oficinas hay un Marcos Vidal. Y es una pena. Aunque venía con la desventaja de que había que tener una voluntad de hierro para seguir trabajando cuando él pasaba cerca, los beneficios compensaban este pequeño inconveniente con creces.

A pesar de su fama de implacable hombre de negocios Marcos era un jefe justo y generoso, que no dudaba en recompensar a los trabajadores que se esforzaban por su empresa.

Todas las mañanas aparecía con una sonrisa en los labios para mí antes de convertirse en el superior inflexible que había aprendido a respetar y admirar.

Se portaba con toda la propiedad y diligencia que nuestra situación exigía, pero no podía evitar fijarme en la forma en la que me preguntaba si necesitaba que me adelantara parte del sueldo, con una sombra de preocupación en el rostro, o en cómo sus ojos me buscaban a veces durante las reuniones.

Al principio pensaba que lo hacía para asegurarse de que podía seguir el ritmo de mi nuevo trabajo, pero hacía más de dos meses trabajaba allí y mis resúmenes de actas habían sido ejemplares, pero él seguía haciéndolo.

Levantaba la vista de mis notas y encontraba sus ojos azules clavados en mí mientras los demás empleados miraban hacia la presentación al fondo de la sala.

Cuando pasaba sentía sin saber muy bien por qué que estábamos haciendo algo furtivo y prohibido. Yo bajaba la vista, intentando concentrarme en mis notas, pero no saber si seguía mirándome o no era aún peor.

Considerando los pros y los contras, no podía quejarme. Trabajar en TecnoVida estaba siendo toda una experiencia y hacía años que no me sentía tan feliz.

No me había dado cuenta de lo mucho que me hacía falta trabajar y sentirme útil hasta que llevaba varios meses esforzándome al máximo por mi nueva empresa. Siempre me había enorgullecido de dar lo mejor de mí en mi vida laboral, y los largos periodos de inactividad me deprimían.

Aquel trabajo me había dado una inyección de vida que pensaba devolverle a Marcos y a TecnoVida como mejor pudiese.

Tanto era así que me sorprendí una mañana de otoño acercándome al edificio de la empresa un par de horas antes de su apertura, dispuesta a dedicar algunas horas extras a la organización de la cena de inversores que tanto tiempo me estaba ocupando últimamente y que me distraía constantemente del resto de mis obligaciones.

Sólo más madrugadores estábamos ya en las calles, trabajadores con aspecto cansado, alguna que otra cara adormilada que sacaba a pasear al perro, universitarios sin coche a los que les esperaba un largo camino hasta clase, todos caminando en silencio en la hora gris en la que aún no se ha levantado del todo el sol pero las farolas ya están apagadas.

El año avanzaba hacia sus últimos meses y a mi alrededor el mundo se ajustaba al otoño a toda velocidad: mi armario estaba empezando a llenarse de ropa de invierno, los días eran más cortos, las hojas secas crujían bajo mis pies cuando pasaba junto al parque y Celia buscaba un nuevo color para teñirse.

Las mañanas empezaban a ser frías y tuve que ponerme la chaqueta

mientras el guarda de TecnoVida se negaba a abrir la verja para mí, aunque ya me conocía de sobra. Tuve que enseñarle mi pase y recordarle que llevaba dándome los buenos días casi tres meses.

—Creo que puedo responder por la señorita.

El guarda y yo nos volvimos para ver a Marcos acercarse sobre el camino de piedra que cruzaba los amplios jardines que rodeaban el edificio, con unos pantalones deportivos que dejaban ver gran parte de sus largas piernas musculadas y una camiseta sin mangas, empapada.

Sobre la piel de sus brazos brillaba una fina capa de sudor, los músculos bien definidos flexionándose con cada movimiento mientras cogía la toalla que llevaba al hombro y se la pasaba por la frente y el cuello.

El guarda capituló y abrió la verja para mí mientras Marcos se acercaba con una sonrisa y yo sentía que había olvidado cómo se comunicaban los seres humanos.

—Da gusto tener trabajadores tan entregados —dijo mientras echábamos a andar hacia la entrada principal.

—Sólo... quería terminar la lista. Para la cena. Los inversores —dije con la mayor dignidad que me fue posible, luchando para ignorar la forma en la que la camiseta húmeda se pegaba a su estómago.

—Me temo que la tengo yo arriba.

—¿En el despacho?

—No, no. En el último piso. Tengo un piso privado para cuando me quedo hasta tarde. La subí anoche para seguir trabajando.

—¿Vives dentro del edificio de la empresa?

—Vivo en otra parte, aunque últimamente no lo parece. No está tan mal. Es cómodo, es amplio y puedo bajar a correr por las mañanas antes de que llegue nadie... Aunque ahora has descubierto mi secreto.

Me mordí la lengua para no hacer un comentario sobre los secretos que estaba dispuesta a descubrir en aquel momento y quedarme sin trabajo. En vez de eso me aclaré la garganta mientras cruzábamos la amplia entrada del edificio, desierta, en dirección a los ascensores.

—Guardaré el secreto a cambio de la lista de inversores —dije por

fin, ansiosa por huir a mi escritorio lo antes posible, donde podía olvidarme de lo fácil que me resultaba perder la cabeza cerca de mi jefe.

—Claro, sube un momento. —Alerta roja—. ¿Prefieres que la baje yo? —dijo tras un segundo de silencio, y me pareció escuchar que su tono se volvía algo más sobrio.

—No te preocupes, lo cojo en un momento y bajo —dije disimulando los nervios que me atenazaban el estómago.

No quería que pensara que desconfiaba de sus intenciones. Marcos había sido perfectamente educado en todo momento. Era yo la que estaba portándose como una adolescente sobrehormonada, cosa que no me había pasado nunca antes.

De acuerdo, Marcos era atractivo. Muy atractivo. El hombre más atractivo que había conocido jamás. ¿Pero cuándo había pasado yo de ser una persona que se tomaba su trabajo en serio y era capaz de mantener la cabeza fría, a convertirme en una que estaba a punto de desmayarse de la impresión sólo por tener delante a un hombre atractivo? Y educado. Y caballeroso, y atento... y encantador. Y...

Cuando subimos al ascensor Marcos se sacó un manajo de llaves del bolsillo e introdujo una en el tablero, junto al número más alto. Estaba tan cerca que podía olerle, un aroma primitivo a sudor y a los restos de champú y colonia cara que debía haberme resultado desagradable, pero que estaba despertando cada célula de mi cuerpo.

Mejor que el café.

El ascensor se abrió, dando paso a un *loft* que se iluminó suavemente en cuanto entramos. La cocina y el salón estaban integrados en el mismo espacio.

Era un sitio decorado con buen gusto y lujos puntuales, pero más sencillo y pequeño de lo que esperaba, y me agradó de inmediato. En medio había una mesa baja cubierta de carpetas. Marcos las barajó un momento antes de coger una y ofrecérmela.

—Comprueba que esté todo lo que necesites. Puedes bajar en el ascensor sin la llave. Siento no poder ser mejor anfitrión, pero tengo que ducharme y desayunar antes de que empiecen a llegar los demás trabajadores.

—Claro, no pasa nada —dije abriendo la carpeta y clavando la vista en su contenido, lista para romper un récord de velocidad de camino a mi mesa en cuanto se diera la vuelta.

Pero cuando Marcos se alejó, desapareciendo hacia el pasillo, me fijé en la encimera de la cocina. También estaba cubierta de carpetas. Cuando Marcos no estaba quemando las horas nocturnas con mujeres que le duraban días estaba encerrado rodeado de informes.

—Si tuvieras un hijo, ¿trabajarías menos? —solté antes de darme cuenta de lo que estaba diciendo. Mis palabras resonaron en el silencio del *loft* y sentí de inmediato que las mejillas me ardían de vergüenza.

Tras un momento de espeso silencio en el que me di por despedida diez veces, Marcos se asomó desde el pasillo, mirándome con ojos serios. Llevaba la camiseta empapada en la mano, los esculpidos abdominales al descubierto.

Sentí un calor familiar en el fondo del estómago, eclipsado por el temor de haberme sobrepasado con aquella pregunta, pero que aún así se extendió por mi pecho y mis muslos ante la visión que acababa de aparecer ante mí.

—Si tuviera un hijo —dijo con voz ronca—, trabajaría para que no le faltara nada, pero mi trabajo no sería una excusa para no ser un buen padre.

>>No haría las cosas que hizo mi padre. No le dejaría de lado si no fuera exactamente como yo, como hizo conmigo —dijo arrojando la camiseta hacia el sofá y acercándose a mí con pasos lentos—, ni le enseñaría que las personas pueden gestionarse como los negocios, como intentó hacer con Lucía.

>>Sí, si tuviera un hijo trabajaría menos. Pero tendrá que esperar —se detuvo tan cerca de mí que pude sentir el calor de su cuerpo casi tocando el mío.; levantó una mano, las puntas de sus dedos rozando mi garganta—, hasta que encuentre a la mujer adecuada.

El roce duró apenas un segundo. Estaba tan cerca que tuve que mirar hacia arriba para ver la expresión inescrutable de su rostro antes de que diera un paso atrás.

—Habíamos acordado no hablar de este tema —murmuró.

—Ha sido mi culpa —dije atropelladamente, abrazando la carpeta

contra mi pecho—. Voy a terminar de arreglar esta lista de inversores y antes de que acabe la semana podemos ultimar los detalles de la cena —las palabras se amontonaban unas contra otras y se me encendieron las mejillas al darme cuenta de que estaba apretando los muslos sin darme cuenta.

Marcos me miró un momento en silencio y finalmente asintió antes de marcharse de nuevo hacia el pasillo. La piel me ardía donde sus dedos me habían tocado mientras bajaba en el ascensor y me sentaba frente a aquel cuadro horroroso.

Me tapé la cara con las manos, aliviada de que no hubiese nadie en el edificio para presenciar mi vergüenza. ¿Qué me pasaba? Apenas podía controlarme. Y lo que era peor, no podía dejar de pensar en los ojos de Marcos mientras hablaba del hijo que deseaba, en la pasión que había en ellos.

¿Cuántos hombres había en el mundo que desearan un hijo con tanta pasión, con tanta fuerza? Y lo peor era que Marcos estaba en condiciones de darle a ese bebé una vida de ensueño, con la mejor educación, la mejor calidad de vida, las mejores oportunidades.

Era una locura, pero por un momento, por un breve y delirante momento, pensé que sería hasta altruista llevar a cabo aquella insensatez. Pensé que podría traer al mundo a un niño o a una niña que tendría todas las oportunidades de ser feliz y que haría feliz a un hombre que se lo merecía.

Lo pensé, por un momento, antes de abrir la carpeta para obligarme a dejar de pensar.

6

Aquella idea me asaltó varias veces más durante las siguientes semanas, en los momentos más inesperados. Y la descartaba enseguida, porque era absurda. No iba a quedarme embarazada para mi jefe, porque era una locura entre otras muchas cosas.

Y sin embargo la idea seguía acechándome una y otra vez, sobre todo cuando intentaba trabajar en aquella maldita cena de inversores que mi cerebro había relacionado con la primera vez que había pensado en aquella idea estrafalaria y ahora se negaba a dedicarse a una sin la otra.

Marcos y yo no hablamos de lo que había pasado en el *loft* y él no me trató de forma distinta a como lo hacía antes por culpa de mi comentario fuera de tono, siempre caballeroso.

Si acaso encontré que nuestras miradas se encontraban más a menudo, aunque los dos hacíamos lo posible por mantenernos centrados en el trabajo, que aunque en el edificio seguía como siempre, en mi caso giraba cada vez más en torno a la cena y con más urgencia.

Lucía Vidal acudió a visitar a su hermano aunque estaba casi pactado sin necesidad de firmas que el evento se llevaría a cabo en Tenjo.

Lucía era una de las pocas personas en la lista de contactos de Marcos que siempre tenían vía libre para contactar con él y pasar a su despacho, sin importar el día ni la hora, por lo que ni siquiera necesitaba pedir permiso cuando atravesaba mi pequeña antesala, tirándome el abrigo sobre la mesa.

—Perchero —dijo sin dar muestras de reconocerme. Tampoco me miró cuando se lo tendí a la salida, ocupada hablando con Marcos hasta que se marchó, sus tacones resonando en el pasillo.

El segundo día que apareció ante mí sin previo aviso intenté darle los buenos días y ella me sonrió con tirantez:

—Mejor día que el que decidiste aceptar este trabajo, desde luego —dejó caer el abrigo en mi mesa de nuevo—. Perchero.

Al parecer aquello era bastante común con Lucía según pude deducir

de los comentarios que me regalaron las chicas de secretaría. Ni falta hace decir que no era demasiado popular en TecnoVida.

Carlos también intentó ofrecerme sus perlas de sabiduría, pero no estaba interesada en lo que tenía que decirme aquel pulpo y salí disparada escaleras arriba con la excusa de tener que fotocopiar unas actas para la próxima reunión de Marcos. Lo bueno de trabajar como una mula es que nunca faltaban excusas para estar en otro sitio.

Mientras reunía los documentos que tenía que fotocopiar pensé en lo que me había dicho Lucía sobre aceptar aquel trabajo, preguntándome qué había querido decir.

Nos habíamos caído bien, dentro de lo posible, la noche que había cenado con Marcos en Tenjo, y no me explicaba qué había hecho desde entonces para ganarme semejante antipatía. ¿Quizás Marcos le había hablado de mí?, pensé de camino al cuarto de la fotocopidora.

¿Sabía su hermana que había rechazado la oferta de gestar a su bebé y me guardaba rencor por ello? Pero eso no tenía ningún sentido, ¿por qué iba a meterse con mi trabajo si estaba molesta por eso? Suspiré, porque Lucía Vidal era absolutamente terrorífica y seguro que nos íbamos a ver menudo.

Cuando abrí la puerta del cuarto de la fotocopidora encontré a Carlos dentro y tuve que morderme la lengua para no soltar una maldición.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Pues usando la fotocopidora —dijo con la sonrisa idiota a la que la mitad de las mujeres de la oficina habían soñado con aplicarle una grapadora.

—¿Qué pasa con la del piso de abajo? —pregunté llena de hostilidad. Sabía que sólo había subido porque yo había dicho que tenía que hacer fotocopias. Era una de aquellas tácticas estelares que no paraba de usar y que le hacían tan poco querido en la oficina.

—Hay mucha cola. Y la de este piso la tienes casi para ti sola, ¿no?

El muy capullo sabía que no podía discutir. Nadie subía aquí a hacer fotocopias pudiendo esperar cinco minutos abajo, pero no estaba prohibido venir.

—Tengo prisa —dije bruscamente.

—Claro, acabo en un momento. Y mientras podemos charlar.

—En serio, Carlos... —consulté mi reloj. Si no pisaba el acelerador iba a llegar tarde a la reunión de Marcos y aquel imbécil estaba acomodándose contra la fotocopidora y tomándose su tiempo para elegir las opciones de impresión—. Esto tiene que estar en la mesa del señor Vidal en cinco minutos.

—Venga ya, ¿qué te va a hacer si llegas un par de minutos tarde?

—No quiero llegar un par de minutos tarde. ¿Me dejas pasar primero, por favor? —dije con toda la delicadeza que pude expresar de mi interior, que estaba burbujeando de rabia con aquel asalto a mi trabajo y a mi espacio personal.

Carlos me miró un momento y al final sonrió, apartándose el pelo castaño de la frente:

—Pues claro. Adelante, mi señora.

Inclinó la cabeza en una reverencia irónica y me contuve para no golpeársela con el informe enrollado como a un cachorro maleducado.

Cogió sus papeles y se apartó de la fotocopidora, quedándose más cerca de lo que me habría gustado. Yo dejé la puerta abierta de par en par para que no se hiciera ideas y empecé a hacer mis copias.

—¿Está esto siempre tan solo? Te tienes que aburrir —murmuró dando un paso más hacia mí y quedándose tan cerca que podía oler el café en su aliento y sentir el calor de su respiración en la mejilla.

—Tengo mucho trabajo, no tengo tiempo de aburrirme —dije con los ojos clavados en la fotocopidora.

Me habría gustado decirle lo que pensaba de su estúpida estrategia de intimidación, pero era más alto y más fuerte que yo, y algo en mi interior me decía que la salida más fácil era terminar mis fotocopias y salir de allí a toda prisa, no enfadar a aquel cabrón mientras estaba sola con él en una habitación estrecha.

Aunque sabía que no iba a hacerme nada. No podía hacerme nada, si gritaba tendría a media oficina allí en menos de un minuto. Pero su presencia era amenazante y no podía evitar sentirme como una presa a su lado.

—¿Y para divertirte? —susurró pegando el cuerpo a mi costado e inclinándose hasta que sus labios húmedos tocaron mi oreja—. ¿Tienes tiempo para divertirte un poco, Laura?

Mi respuesta fue primitiva, instintiva. Le empujé el codo contra el estómago para quitármelo de encima, asqueada, pero no tenía espacio para hacerle daño, sólo para apartarlo unos centímetros. Él me sujetó la muñeca, riendo:

—No te pongas así, que te vas a hacer daño.

—¡Hijo de...! —gruñí yo, demasiado enfadada como para articular nada que tuviera sentido o fuese lo bastante hiriente, tirando para que me soltara.

—Carlos de la Torre, ¿verdad? —la voz resonó en la pequeña habitación como la de un dios del Olimpo a punto de pasar justicia. Carlos se apartó de mí tan deprisa que se golpeó la espalda contra la fotocopidora, pálido. Marcos estaba junto a la puerta, mirándole con expresión oscura, la ancha mandíbula tensa—. Estás despedido.

—Sólo estábamos...

—Ni lo intentes —siseó Marcos entre dientes. Su tono tenía una cualidad animal que no había oído nunca, como si estuviera conteniéndose para no lanzarse sobre Carlos y hacerlo pedazos—. Lárgate de aquí.

Carlos me lanzó una mirada funesta antes de salir de la habitación. Marcos esperó hasta que el ruido de sus pasos se extinguió para mirarme:

—Siento no haber venido antes, me ha extrañado que no estuvieras en tu mesa cuando he salido del despacho para ir a la reunión —hizo una breve pausa—. ¿Estás bien, Laura?

—Sí —dije rápidamente, aunque me temblaba la voz.

—¿Ha pasado esto antes?

—Así no. Al menos conmigo no... si preguntas a sus compañeras...

—Haré algo al respecto.

Marcos miró a su alrededor. Había algunos trabajadores de TecnoVida en el pasillo, intentando averiguar de dónde había venido aquel repentino jaleo que se había apagado tan deprisa como había comenzado.

Entró en el cuarto de la fotocopidora, ganando unos segundos de privacidad, y susurró en un tono de voz que tenía un filo salvaje:

—Si alguien vuelve a molestarte dímelo enseguida y haré que se arrepientan.

Sus ojos azules brillaban, ardiendo con las ascuas de la furia que había llenado su voz cuando había despedido a Carlos y que no había podido quemar.

Apoyé una mano sobre su brazo, intentando transmitirle algo de la calma que él me había dado con su presencia y la protección que me había prometido.

Él pareció no necesitar palabras para comprenderme y su rostro se suavizó de inmediato. Tomó mi mano suavemente y la apartó de su brazo, pero la sostuvo en la suya unos instantes:

—Tómame el día libre, por favor.

—¿Qué? Pero tenemos que darle el último repaso a la lista de inversores, y la cena es este fin de semana y...

—No estás en condiciones de trabajar hoy. Por favor, tómate el día libre y descansa. Relájate y olvida lo que ha pasado. No volverá a pasar, tienes mi palabra.

—¿Puedo llevarme la carpeta del evento a casa?

Marcos se echó a reír y soltó mi mano:

—Ojalá tuviera a diez como tú en la empresa.

—Trabajar me ayudará a distraerme.

—Puedes llevártela. Tengo que irme ya, llego tarde a la reunión.

Habría preferido no irme, pero Marcos llevaba razón. No estaba traumatizada por lo que acababa de pasar, pero no podía negar que tenía los nervios a flor de piel.

Cuando llegué a casa Celia se había teñido el pelo de color rosa como el algodón de azúcar y se ofreció a encontrar y castrar a Carlos cuando le conté lo que había pasado. Le dije que me conformaba con que ella hiciera la cena y le aseguré que estaba perfectamente.

Pero aunque no me encontraba particularmente nerviosa, confieso que pasé la tarde trabajando en el portátil sentada en el sofá del salón en vez de en mi habitación, buscando la compañía silenciosa de Celia, que estaba ocupada con su propio trabajo en la mesa de dibujo.

Ya había apagado el portátil y llevaba un rato enroscada en el sofá con una manta, adormilada mirando la televisión con el sonido casi hipnotizador de los lápices sobre el papel de fondo, cuando sonó mi teléfono móvil.

Vi cómo Celia levantaba la mirada hacia el reloj del salón, pero no me miró ni dijo nada mientras yo respondía. Al otro lado, la voz profunda y firme de Marcos me llenó de una calidez que no sabía que había necesitado toda la tarde.

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza contra el respaldo suavemente mientras él se disculpaba por llamar tan tarde con profesional brevedad y me decía que tendría que hacer algunas horas de más al día siguiente para tomar notas de una reunión privada, después de salir del trabajo.

Le dije que no había problema. Conocía su agenda y sabía que estaría toda la tarde fuera con los dueños de una farmacéutica, pero su encargo no tenía que ver con ellos.

En un tono de indescifrable neutralidad me dio la dirección de su casa y me dijo que habría un coche esperándome cuando saliera del edificio de TecnoVida para llevarme hasta allí.

Por un momento me tensé al pensar en quedarme a solas con él, pero enseguida añadió que Lucía estaría allí para discutir los últimos detalles de la cena de inversores y sería como una reunión de trabajo más, por lo que me relajé. No estaríamos solos y no habría peligro de hacer ninguna tontería.

No tenía muchas ganas de volver a ver a Lucía Vidal y su repentina antipatía, pero sabía que era inevitable. Le dije que allí estaría de forma puntual tras salir de la oficina.

Su voz adquirió un matiz más íntimo justo antes de despedirse para preguntarme cómo me encontraba y me di cuenta de que mi voz se tornaba dulce para responderle, casi sin querer.

No volví a acordarme de Carlos.

7

Marcos no bromeaba cuando decía que un coche te iba a esperar a la entrada de TecnoVida: cuando salí había un enorme vehículo de corte clásico junto a la verja exterior, con el acabado brillante de los coches recién salidos de fábrica y un hombre uniformado al volante.

Me costó darme cuenta de que podía estar esperándome a mí, y me pasé al menos diez minutos allí plantada soportando el viento helado que se había levantado por la mañana.

Al final me acerqué, abrochándome la chaqueta con una mano y sujetando el bolso y las carpetas con la otra, azorada.

Afortunadamente el chófer era un hombre agradable que me recibió con una sonrisa y llevándose los dedos a la gorra a modo de saludo. Me sentí como si me acabase de caer dentro de una película antigua.

La casa de Marcos estaba casi en las afueras, en un barrio apartado de grandes casas y amplios jardines. Tuvimos que detenernos ante una puerta metálica y usar un pase de seguridad antes de acceder al interior de la propiedad, avanzando con el coche lentamente sobre un camino de gravilla flanqueado por árboles frondosos hasta que finalmente alcanzamos a la rotonda frente a la entrada principal.

El estilo de aquella casa era demasiado señorial y tradicional para Marcos, y supuse de inmediato que había sido la casa familiar de los Vidal antes de que él la heredara. El chófer se despidió cordialmente y se marchó por donde había venido, dejándome sola y boquiabierta ante la escalinata de entrada hasta que me obligué a subir y llamar al timbre, que desde fuera era completamente silencioso.

Marcos abrió la puerta y su rostro se iluminó con la sonrisa gamberra que hacía tanto que no veía. Hacía tanto tiempo que no le vía como nada más que a mi jefe que a veces olvidaba el hombre que había visto más allá de la figura pública hacía meses, aquella noche en Tenjo cuando aún era posible hablar sin miedo a infringir las reglas.

Sólo por aquello ya me alegraba haber ido hasta allí, donde se sentía cómodo y podía verle tal y cómo era. Por no mencionar que salir de la oficina le sentaba bien en más de un sentido.

Llevaba una camisa negra y unos vaqueros que se ceñían con elegancia a sus fuertes piernas, y tenía el cabello negro húmedo y brillante de haberse duchado. Aún podía oler en él el vapor del agua caliente y el aroma suave del jabón que usaba para afeitarse. Aquel aire informal y doméstico era tan irresistible como el de brutal hombre de negocios.

—¿Llego tarde? —pregunté.

Aunque el aire frío se me colaba en la ropa, de repente sentía que todo mi cuerpo ganaba varios grados de temperatura.

—Llegas temprano. Lucía aún no ha llegado. Pasa.

Marcos cerró la puerta detrás de mí y me condujo a través del lujoso salón, decorado con la misma sobriedad clásica de tonos madera que su despacho, hasta un salón más pequeño y acogedor. Había unos sillones y un sofá tapizados en blanco alrededor de una mesa baja de cristal, y un mueble bar bien abastecido.

Sencillo y hospitalario, ideal para hacer negocios. La habitación estaba bien entrada en las entrañas de la casa, por lo que reinaba un ambiente cálido y agradable. Me desabroché la chaqueta y dejé el bolso y las carpetas sobre la mesa. Cuando me di la vuelta Marcos estaba mirándome desde la puerta y había algo en sus ojos que me causó un escalofrío.

—¿Hay algún problema? —pregunté cuando siguió mirándome sin decir nada.

—Ese traje de chaqueta —sus labios dibujaron casi imperceptiblemente una pequeña sonrisa—. Es el mismo que llevabas en la entrevista, la primera vez que nos vimos.

—Ah... —me miré la ropa como si no supiera lo que llevaba puesto—. Sí, así es. Buena memoria.

Marcos se acercó a mí y su sonrisa desapareció lentamente, sus ojos llenos de una intensidad azul desgarradora:

—No tiene nada que ver con la memoria, Laura. No voy a olvidar ese día fácilmente —dijo con el tono suave que nadie en la oficina había oído y

que era tan fácil desear cuando estábamos solos—. Sólo me hicieron falta minutos para saber que me ibas a traer problemas...

—Yo no...

—No quieres problemas, ni dárme los a mí. Lo sé. Eres profesional hasta la médula —murmuró hundiendo los dedos en mi pelo hasta que sentí su caricia en la nuca, posesiva.

Quise dar un paso atrás, sabiendo que Marcos me soltaría inmediatamente, que sería el caballero que siempre había sido, pero mis manos tenían vida propia y se aferraron al cuello de su camisa con desesperación.

Nuestros cuerpos se encontraron violentamente y no pude evitar que se me escapara un gemido de alivio cuando por fin pude sentir mi cuerpo ajustándose al suyo. Marcos tiró de mí hacia el sofá mientras yo dejaba los tacones por el camino, besándole con urgencia.

En aquel momento estaba totalmente dispuesta a acostarme con mi jefe, perdida en la sensación de estar por fin entre sus brazos, dejando que me quitara la chaqueta con la crudeza del deseo mal disimulado.

Lo habría hecho.

Lo había hecho si el timbre no me hubiese despertado de la enajenación transitoria de aquella lujuria que llevaba meses asaltándome.

Me aparté de él con torpeza, recuperando el juicio de golpe. Marcos apretó los dientes, resoplando.

—Quédate aquí un momento, Laura —dijo, frustrado—. Voy a por la información que había preparado para Lucía. Voy a dársela y a pedirle que nos veamos mañana, ahora mismo vuelvo.

Marcos salió de la habitación y le escuché subir las escaleras a toda prisa. Miré alrededor con el corazón desbocado. A cada segundo que pasaba estaba más horrorizada por lo que acababa de pasar. Las preguntas se amontonaban en mi mente y estaba tan confundida que no sabía separarlas, darles sentido.

¿De verdad quería ser aquella persona? ¿Acostándome con mi jefe después de toda una vida enorgulleciéndome de mi ética profesional? ¿Es que ya no podía fiarme de mí misma, ni de Marcos, ni el más mínimo momento?

¿Qué pasaría cuando Marcos volviese a la habitación? ¿Cómo podría explicarle todo lo que se me pasaba por la cabeza cuando ni siquiera yo era capaz de entenderlo?

Consciente de que apenas tenía unos segundos antes de que Marcos volviera, eché a correr hacia la puerta, agarrando el bolso y la chaqueta a la carrera. No me molesté en recoger los zapatos, que habían acabado tirados en puntos distantes de la sala.

Crucé la entrada a toda velocidad, mis pasos silenciosos sobre el suelo helado. Abrí la puerta principal y me encontré de frente con Lucía Vidal envuelta en un carísimo abrigo gris, quitándose las gafas de sol para mirarme con condescendencia. La miré a la cara sin titubear:

—Llévame a casa.

Lucía arqueó una ceja y miró mis pies desnudos.

—Faltaría más.

Tuve que correr detrás de ella cuando me di cuenta de que se dirigía hacia su coche, momentáneamente sorprendida de que no pusiera pegas. Pero Lucía no parecía tener ningún problema con la situación mientras subíamos y arrancaba violentamente, levantando la gravilla del camino principal.

En cuando nos alejamos de la casa pensé en Marcos y sentí que se me llenaba el estómago de plomo y el corazón me pesaba una tonelada en el pecho.

Me puse la chaqueta lastimeramente, dándole mi dirección a Lucía, y le escribí un mensaje a Celia para que me bajara unos zapatos al portal, porque había pasado corriendo sobre la dura gravilla del camino para llegar al coche y tenía los pies helados y doloridos.

A Lucía le gustaba pisar el acelerador de más, otra de las cosas que tenía en común con su hermano. Pero a pesar de infringir un par de leyes de tráfico sin ninguna pena, no parecía tan autoritaria como de costumbre.

O al menos, el interrogatorio que esperaba nada más salir de la propiedad de Marcos no llegó, y no fue hasta más de la mitad del camino que habló por primera vez al verme encoger un poco las piernas:

—¿Tienes frío? Puedo poner la calefacción.

La miré de reojo, sospechando de aquella repentina amabilidad, pero me sentía tan mal que estaba dispuesta a aceptar que incluso Lucía tenía un lado amable. Me rodeé con los brazos, intentando ocupar el menor espacio posible en el universo, y dije:

—Estoy bien.

—No tienes mal aspecto para alguien que ha salido huyendo sin zapatos de un polvo, no te lo discuto —dijo ella casualmente. Quise discutir, pero imaginé las pintas que tendría con el pelo desordenado, la camisa medio desabrochada, descalza y sonrojada. Cuando no dije nada Lucía añadió, en un tono sorprendentemente dulce—. Podemos volver.

Me arrebujé en la chaqueta y lo pensé, pero apenas un segundo:

—No, quiero ir a casa.

Lucía asintió y encendió la calefacción. Incluso ocupada lidiando con la maraña de pensamientos que llenaban mi mente y el nudo que tenía en la garganta, me sorprendió que no intentara defender a su hermano, ni averiguar lo que había pasado exactamente entre nosotros.

Sencillamente me había abierto la puerta de su coche y me llevaba a casa sin preguntas. Me sentía profundamente agradecida, pero a la vez no podía evitar sospechar de aquella forma tan despreocupada que estaba teniendo de tomarse la situación.

—¿Has hecho esto antes? —pregunté acongojada.

—¿El qué? ¿Llevarme a una mujer de la casa de mi hermano entre lágrimas y sin zapatos? —dejó escapar una risa seca, sin humor—. No. No suelen gustarme demasiado las mujeres que se acercan a él.

>>Me da la sensación de que algunas se meterían igual en mi cama que en la suya con tal de llegar al cheque. No quiero a esa clase de zorras en mi coche.

La mandíbula se me tensó con la crudeza de sus palabras. Si Marcos decía las cosas sin rodeos, Lucía directamente te las arrojaba a la cara.

—Es que no pareces muy sorprendida...

—No lo estoy. Cuando me dijo que te había contratado le dije que era un gilipollas. Vi cómo le mirabas cuando fuisteis a cenar al restaurante. Sabía

que la cosa acabaría así —giró el volante como si estrangulara a alguien. Probablemente pensando en todo el mundo que no escuchaba sus consejos, empezando por su hermano—. ¿Vas a volver al trabajo?

Me miré las manos, cerradas sobre el regazo, los nudillos pálidos. ¿Iba a volver al trabajo? Era el mejor trabajo que había tenido nunca, pero desde el principio se había dirigido hacia la catástrofe porque Marcos era mi jefe, un jefe que había conseguido derretir todas mis defensas, y yo era demasiado íntegra para aceptar algo así.

Me había enorgullecido toda mi vida de mi profesionalidad y ahora no podía tirarlo todo por la borda de esa manera, trabajando bajo las órdenes de un hombre al que no me podía resistir, al que sabía que sucumbiría cuando la ocasión se presentara de nuevo.

—No, no voy a volver.

—No te culpo. Pero si quieres mi consejo, no decidas nada ahora que no puedes pensar con claridad. Decídelo cuando tengas la mente fría. Piensa por qué has acabado en esta situación y haz algo al respecto. Toma decisiones como una persona adulta.

—Supongo...

—O puedes decidir tu futuro mientras lloriqueas y te sueñas los mocos, como quieras —dijo doblando hacia mi calle. Yo suspiré. A Lucía se le había acabado la compasión por hoy.

—¿Es esa tu compañera? —preguntó, aparcando en segunda fila bruscamente cuando asentí. Celia estaba apoyada en la pared junto al portal, con unas zapatillas en la mano y el pelo rosa cayéndole sobre los hombros desordenadamente—. Bonito color de pelo.

—Ni se te ocurra —le advertí con la poca energía que me quedaba.

—Ah, eso quiere decir que tengo posibilidades.

—¿Vas a intentar ligarte a mi compañera de piso delante de mí mientras estoy así?

—No tengo tiempo, tengo que volver a hablar con Marcos —dijo sacando una tarjeta de Tenjo de su abrigo, un bolígrafo de la guantera y escribiendo su número con gesto indiferente—. Los negocios son lo primero —me puso la tarjeta en la mano—. Así que tú vas a hacerlo por mí.

Me eché a reír débilmente, a mi pesar:

—Eres una persona horrible.

—Espero que encuentres algo más atractivo que decirle sobre mí cuando le des mi tarjeta. Y recuerda: decisiones con la mente fría. Fuera de mi coche.

—Muchas gracias por traerme, Lucía —dije sabiendo que el agradecimiento sincero y el aprecio eran difíciles de procesar para la gente como ella.

—¡Fuera de mi coche! —repitió, pero había un amago de sonrisa en su rostro.

Lucía Vidal podía no ser la persona más accesible del mundo, y desde luego nunca íbamos a ser buenas amigas, pero tenía que reconocer que me alegraba haberla tenido cerca en aquel momento.

A pesar de su oportunismo y su dureza de carácter, su honestidad y la forma en la que intentaba ayudar a su manera me habían consolado ligeramente. Pensaba seguir su consejo y esperar a tener la mente clara antes de tomar mis decisiones.

Seguía sintiendo que el corazón me pesaba dentro del pecho y que había perdido algo que aún no podía nombrar y que me atenazaba la garganta, pero al menos ya no quería llorar como una adolescente después de su primera ruptura.

Celia se acercó rápidamente, soltando las zapatillas junto a mis pies mientras el coche de Lucía rugía calle abajo:

—¿Dónde están tus zapatos? ¿Qué ha pasado?

La miré, miré la tarjeta que tenía en la mano, y la volví a mirar:

—Yo me he quedado sin trabajo y tú tienes una cita con Satán.

—Joder, Laura, no sé qué voy a hacer para entretenerme cuando te vayas del piso.

8

Lo más difícil de los siguientes tres días fue escuchar el teléfono sonar una y otra vez. No lo cogí. Tampoco me sentí tentada de hacerlo. No estaba preparada para hablar con Marcos cuando ni siquiera podía responder a las preguntas que seguían atormentándome.

Celia intentó darme conversación el primer día, pero se dio cuenta enseguida de que esta vez no necesitaba distracciones, sino todo lo contrario. Supo leer mi humor de inmediato y se dedicó a preguntarme cómo estaba de cuando en cuando y a asegurarse de que no me encerraba sola demasiado tiempo, cosa que hice de todos modos los dos primeros días.

Durante esos dos primeros días me di cuenta de muchas cosas. Intenté seguir el consejo de Lucía y pensar en cómo había llegado a aquella situación para poder hacer algo al respecto. Lucía no era un modelo de simpatía, pero desde luego iba por la vida con la determinación de una flecha, así que estaba segura de que podía seguir su consejo sobre mentes frías y decisiones.

Mi primer error, decidí, había sido aceptar el trabajo en TecnoVida. Después de lo que había pasado durante la cena en Tenjo con Marcos, de la química que había habido entre nosotros, no debería haberme arriesgado a trabajar para él sabiendo que existía una chispa que había saltado ya durante nuestro primer encuentro.

Quizás la solución era tan sencilla como dejar mi trabajo. Pero me gustaba mi trabajo. No quería sacrificar el mejor trabajo que había tenido si no era del todo necesario, ni siquiera por un hombre tan maravilloso como Marcos.

Había pasado los dos peores años de mi vida buscando sin parar una forma de volver a ganarme la vida y sentirme útil, y ahora que por fin la tenía no quería dejarla ir.

También podía hablar con Marcos y pedirle que me trasladara a otra parte de la empresa. Lo haría, estaba segura. No le vería más, o al menos no tan a menudo. Renunciar a él era otra salida posible que barajé con un nudo en la garganta durante largas horas.

Pero tampoco quería renunciar a Marcos Vidal, un hombre tan excepcional y que tan poco me había costado aceptar en mi corazón, sin darme apenas cuenta.

No sabía cómo llamar a lo que sentía por él (o lo sabía y aún me daba miedo ponerle nombre) pero sabía que era fuerte, que mi dolor ahora que perderle era una posibilidad era real, y que no deseaba dejarle ir.

Y por supuesto, estaba aquella otra idea, persistente, absurda... una idea que no me había permitido parar a pensar hasta ahora. Pero una idea de la que tenía que dejar de huir y en la que debía pensar. Si había un momento para pensar, era este.

Intenté anestesiar los residuos del dolor que sentía relajándome todo lo posible mientras mi mente trabajaba sin cesar, despacio pero sin pausa.

Durante los siguientes tres días me di baños interminables, me tumbé en el sofá acurrucada con un montón de mantas mientras el sonido de los lápices de Celia me calmaban el alma, cocinaba sin prisas, intentaba leer mis libros favoritos sin éxito.

Cuando no podía más dormía a deshora, sin importar si era de día o de noche. Me di cuenta de todos los sentimientos que había estado reprimiendo, y de cuántas formas lo había hecho.

Y sobre todo me di cuenta de que en algún momento, cuando estuviera lista, tendría que enfrentarme con Marcos y encontrar las palabras para decirle todo lo que sentía, lo bueno, lo malo, lo nuevo que ni siquiera yo había sabido hasta entonces.

La noche del sábado me recogí el pelo y me acomodé en el sofá para ver la televisión hasta quedarme dormida después de hacer desaparecer una pizza con Celia. Me merecía unas horas de descanso mental. Estaba agotada pero satisfecha y lo que había empezado a aceptar en mi interior, con la mente fría, me llenaba de una satisfacción desconocida.

—¿Tienes hambre? —Preguntó Celia pellizcándome la nuca suavemente al pasar a mi lado para abrir la puerta cuando sonó el timbre—. No creas que voy a cortarla por la mitad como si viviéramos en democracia, esto es la guerra.

Sonreí, sabiendo bien que Celia se había preocupado porque no dejara de comer y dormir durante los últimos días. Me apropié del mando

aprovechando su ausencia. Algunas cosas sí que eran la guerra.

—Laura. Eh... hay alguien aquí.

Me giré para mirarla por encima del respaldo del sofá. Celia me estaba mirando con expresión cautelosa y detrás de ella, desde el umbral de la puerta, Marcos me miraba también, vestido con un esmoquin y un grueso abrigo negro.

En cuanto le vi recordé qué fecha era y algo se desató en mí. Salté del sofá con toda la energía que no había tenido en días:

—¿Pero qué haces aquí? ¿Y la cena de inversores? ¿Sabes las horas que me he pasado organizándola? —dije indignada.

Marcos se quedó paralizado un segundo y luego se echó a reír a carcajadas. Celia se escabulló hacia el pasillo:

—Os dejo solos...

Escuchamos cómo la puerta de su habitación se cerraba suavemente y nos quedamos mirándonos en silencio, él perdiendo la sonrisa y yo la repentina indignación que me había hecho saltar del sofá. Finalmente, Marcos se aclaró la garganta:

—Lucía se está ocupando de la cena y todo estaba yendo a la perfección cuando me marché. Sé todo lo que has trabajado en esa cena, y ese es el problema. En cuanto llegué me di cuenta de que no podía quedarme.

>>Me he pasado estos días trabajando para darte el espacio que creo que necesitabas, pero estar allí sabiendo que estabas detrás de cada detalle era insostenible. Sé que no quieres hablar conmigo, pero no puedo quedarme al margen más tiempo.

—Marcos...

—No. No me importa si quieres dejar el trabajo, te buscaré uno mejor si quieres darme una oportunidad para demostrarte que podemos hacer que esto funcione. Tampoco me importa si quieres conservarlo; si así es, es tuyo.

>>Sabes que antes o después tendrás que aceptar que hay algo entre nosotros que no puedes ignorar, que no me equivocaba cuando te dije que mi instinto me pedía que te mantuviese cerca de mí. Respetaré lo que elijas, cualquier forma en la que quieras quedarte, pero quédate. No desaparezcas sin

más, Laura.

Me apoyé en el respaldo del sofá y sonreí. Por un momento deseé llevar algo más digno que unos pantalones cortos y una camiseta vieja que ya sólo servía para dormir y para los días perezosos en casa, pero sólo fue un instante. Sabía que a él no le importaría y lo que tenía que decir no necesitaba escenarios, sólo sinceridad.

—He estado pensando mucho estos días, Marcos. En lo que debía hacer para solucionar la situación. Para dejar de sentirme mal. En lo que debía decirte cuando por fin decidiera hablar contigo. Y he tomado mi decisión.

>>No la que me parecía correcta, ni la que creía que acabaría mejor. He tomado la decisión que me parecía más honesta, para mí.

Marcos frunció el ceño ligeramente y vi cómo sus hombros se tensaban nerviosamente. Quise abrazarle, pero quería decir todo lo que necesitaba decir sin que nada nos interrumpiera, alto y con la mente fría.

—Me he pasado todo este tiempo sufriendo porque no estaba portándome como siempre me había portado antes. No me reconocía y estaba confusa. Y aunque sea una locura no quiero renunciar a nada, Marcos.

>>Adoro mi trabajo y no quiero perderlo. Tampoco quiero perderte a ti. No sé cómo se hace funcionar... lo que sea que tenemos, en esos términos, pero es lo que quiero.

—Laura, nadie tiene que saberlo.

—Se sabrá —suspiré, cerrando los dedos sobre la tela del sofá—. Y será un circo en la oficina.

—Ya nos preocuparemos por eso si pasa. Si eso es lo que de verdad quieres...

—Espera, eso no es todo —levanté la vista para mirarle a los ojos—. Quiero hacerlo. Quiero darte el hijo que deseas.

>>Pase lo que pase con nosotros, quiero hacerlo. Sé que es una locura, pero es lo que quiero, quiero traer al mundo a un bebé con las mejores oportunidades para ser feliz, y quiero hacerte feliz a ti. Quiero dejar de preocuparme por todo, por lo que piensen los demás y por cómo deberían ser las cosas. Eso es lo que quiero —dije, consiguiendo que la voz sólo me temblara un poco al final.

Quería haber tenido tiempo para aclarar mis ideas y poner mis pensamientos en orden, organizar mis ideas de forma coherente y decirle a Marcos todo aquello con más firmeza, no con aquel vómito de palabras, en medio de mi salón. Pero descubrí que no importaba en absoluto, porque nada que pudiese haber dicho habría puesto un brillo más intenso en los ojos de Marcos.

Antes de darme cuenta estaba en sus brazos y mis pies no tocaban el suelo. Me estaba abrazando con tanta fuerza que era casi doloroso, pero me abracé a su cuello, feliz de haber sacado por fin todo lo que me carcomía por dentro, de haber dicho en voz alta todas las locuras que temía y deseaba con toda mi alma.

Cuando me dejó en el suelo con una sonrisa radiante, Marcos me miró con el aire insolente del rebelde que aún era en el fondo y dijo con voz socarrona:

—Si me hubieras hecho caso desde el principio nos habríamos ahorrado todo esto. El instinto no falla.

—Si te hubiese hecho caso desde el principio estaría igual de loca que tú, y alguien tiene que guardar un atisbo de lógica para organizar la agenda. Y hablando de la agenda...

—Me vas a mandar de vuelta a la cena, ¿verdad?

—Inmediatamente.

—Bueno —dijo mirando su reloj de pulsera—, te doy quince minutos para arreglarte.

Tras lo cual hubo una cantidad moderada de maldiciones y una cantidad desmesurada de pánico, pero con la ayuda de Celia y una concesión de cinco minutos extra, Marcos y yo llegamos a la cena con tiempo suficiente para disfrutar del fruto de mis esfuerzos y para que él pudiera socializar con sus queridos inversores.

Y como la primera que pasamos juntos, fue una velada perfecta antes de volver a la realidad a la mañana siguiente, en la que nos esperaban retos suficientes para mantenernos ocupados mucho, mucho tiempo.

Por supuesto la historia no acabó realmente ahí. De hecho justo ahí empezaban muchas otras historias que se podrían contar a continuación, como

el comienzo de la nueva situación que Marcos y yo tendríamos que mantener en la oficina, como jefa y asistente y como algo más; los planes para mi embarazo, que me aterrorizaban y me llenaban de ilusión al mismo tiempo; la relación que estábamos empezando, en términos inciertos y complicados, pero ambos seguros de lo que deseábamos; incluso lo que pasó con Celia y la tarjeta de Lucía... Pero esas son historias para otro día, y para otra ocasión.

Pero la nuestra acaba aquí, una noche fría de noviembre, en un restaurante de lujo, donde Marcos y yo nos mirábamos de vez en cuando en silencio entre el murmullo de los comensales y sonreíamos, aunque la mañana siguiente se acercaba llena de incertidumbre.

Porque sólo había una cosa que sabíamos con certeza, y es que los dos estábamos locos, pero el instinto no nos mentía.

Antes del Amanecer

*El Policía dividido
entre el Deber y el Amor*

Por **Marta Escudero**

© Marta Escudero 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Marta Escudero.

Primera Edición.

Era viernes por la tarde y Eva decidió aceptar la invitación de una compañera de trabajo a tomarse unos cocteles en un bar cercano. A Eva no le gustaba tomar alcohol, le recordaba a los primeros años de su infancia en los que su padre vivía aún con ella y llegaba volteando la mesa del comedor, lanzando floreros al suelo y apestando a licor barato.

Sin embargo, tenía demasiado tiempo sin ir a algún lugar además del trabajo y, por ese día, prefería distraerse de sus problemas escuchando los de los demás. Alicia, su compañera de trabajo, era una chica divertida, alegre y muy conversadora, había encontrado en Eva alguien que escuchara sus historias y ese día quería explicarle detalladamente los motivos por los que había terminado la relación con su último novio.

Se fueron las dos solas caminando y llegaron al bar que estaba medianamente lleno, era aún temprano. Alicia invitó los cocteles y comenzó su historia. Habían estado conversando durante una hora y media cuando a Eva le llegó una llamada telefónica.

—Buenas noches. ¿Quién habla?

—Buenas noches. ¿Eva Martínez?

—Sí, con ella habla.

—Llamo de la comisaría de policía. Su hermano Eduardo fue capturado por oficiales de policía llevando a cabo actividades delictivas, debido a que es un menor de edad necesitamos que algún representante se presente aquí en la comisaría.

Eva casi no respondió, pidió la dirección y cuando se la dieron colgó el teléfono. Su hermano Eduardo tenía 15 años, era un chico rebelde, se escapaba del colegio y evitaba el contacto con cualquier integrante de la familia bajo cualquier circunstancia, pero Eva nunca pensó que llegaría tan lejos.

Ni siquiera preguntó qué había hecho, no importaba, se sentía tan pesimista con respecto a todo en su vida que asumió que, fuera lo que fuera, sería algo lo suficientemente malo como para convertirse en un problema grave.

—¿Qué te pasa?, ¿quién te llamó? Estás pálida— le preguntó insistentemente Alicia, al ver que Eva se levantaba de la silla.

—Mi hermano está en problemas. Discúlpame Alicia pero me tengo que ir.

Gracias por todo— le respondió Eva sin detenerse demasiado en despedirse y caminó rápidamente hacia la puerta del bar. Al llegar allí se dio cuenta de que estaba cayendo una lluvia torrencial y ella no traía paraguas. Se regresó sin dudar hacia la barra y llamó al bar tender.

—¿Podrías prestarme un paraguas? Tengo una emergencia y está lloviendo muy fuerte. Por favor, te prometo que lo regresaré mañana a esta misma hora— le dijo sonriendo al chico de la barra, quien había estado mirándola mientras hablaba con su compañera de trabajo.

—Claro. Espera un momento— le respondió el chico y desapareció detrás de una puerta estrecha que estaba en uno de los extremos de la barra. Eva esperó durante dos minutos, ansiosa, mordiéndose las uñas.

El chico del bar regresó con un paraguas negro y grande.

—Puedes quedártelo, si quieres. Te lo regalo, si me das tu número de teléfono — le dijo el chico con una sonrisa. Ella, sabiendo que debía resolver la situación rápido para ir a la comisaría por su hermano, le dictó un número falso al chico y tomó el paraguas.

Alicia había ido al baño y estaba regresando a la barra justo cuando Eva se iba, la llamó y le dijo algo que ella no alcanzó a escuchar porque se iba con rapidez hacia la puerta del bar y luego a la parada de autobús más cercana.

Eva estaba acostumbrada a resolver todo ella sola, sin la ayuda de nadie, así que no pensó siquiera en explicarle a su compañera de trabajo la situación y pedirle que la acompañara, estaba casi programada para solucionar todos los inconvenientes de ella y de sus dos hermanos pequeños sin necesitar a nadie más. Pero mientras iba en el autobús hacia la comisaría sintió el irreprimible deseo de tener a alguien junto a ella, alguien que le sirviera de apoyo, que la comprendiera y le diera un espacio para descansar de tantas complicaciones y responsabilidades. Se sintió ahogada y deseó por un momento no tener que enfrentar esa situación, deseó no tener hermanos que cuidar.

Estaba tan distraída pensando en lo que tenía que afrontar que casi se pasa de su parada.

Entró a la comisaría con los zapatos llenos de agua y el paraguas chorreando. Intentó limpiarse en la alfombra de la entrada pero fue inútil, así que entró dejando sus huellas por todo el pasillo. Se acercó a una mujer policía que estaba detrás de un escritorio y preguntó por su hermano.

—¿Es usted su representante legal?— preguntó con seriedad.

—Sí. ¿Dónde está él?, ¿qué tengo que hacer para que lo dejen ir?— preguntó Eva.

—No es tan sencillo. Su hermano cometió un delito grave, su caso va a entrar a investigación.

Eva, al escuchar esto, sintió que algo pesado y frío le recorría el esófago hasta asentarse en su estómago.

—¿A qué se refiere?, ¿qué fue lo que hizo?— preguntó, tratando de disimular su nerviosismo.

—Está involucrado en el robo de un automóvil. De todas maneras, usted tendrá que discutir este tema con el encargado del caso. Por ahora, debe quedarse en la sala de espera hasta que le permitan pasar a ver a su hermano — le contestó la policía, casi sin mirarla al rostro. La tomó ligeramente del brazo y la dirigió a un asiento vacío.

—Siéntese allí. Pronto la llamarán— dijo esto y se retiró de nuevo a su escritorio.

Eva no tenía idea de cuánto tiempo la harían esperar allí sentada pero la ansiedad de la espera se le acumuló en la garganta y pensó que no podría controlar las ganas de llorar. La idea de que su hermano adolescente había participado en el robo de un auto y que estaba encerrado en una comisaría a causa de esto, le parecía devastadora, era una muestra de que ella había fallado.

Eduardo siempre fue un niño dulce y tranquilo pero en la pubertad empezó a actuar de forma extraña. Ya había perdido la cuenta de las veces que la habían llamado del colegio de su hermano para decirle que el chico no había asistido a clases y, cuando él por fin llegaba a la casa, Eva intentaba que le explicara por qué se escapa de sus clases pero él solo prometía que no lo haría de nuevo y se encerraba en su habitación.

Ella se convencía de que simplemente estaba aburrido de las clases y necesitaba un espacio de libertad, así que no insistió mucho, únicamente le exigía que no perdiera el año. Eduardo comprendió dónde estaba el límite exacto que no debía sobrepasar para no perder el año completo y lo respetó, así que Eva estaba satisfecha. Se había convencido a sí misma de que sus dos hermanos eran chicos buenos.

Sin embargo, al recibir la llamada telefónica en el bar, tuvo la certeza de que Eduardo se había metido en un problema serio y la actitud del chico se le reveló como un indicio de esto.

Pero ahora, mientras esperaba en el asiento frío e incómodo de la comisaría, comprendió que siempre había sabido que su hermano se había convertido en un chico problemático y también sabía quién era la culpable de eso. La personalidad de Eduardo había cambiado por completo cuando su madre había entrado en la peor crisis depresiva de su vida.

Ella lo había abandonado, los había abandonado a todos a su suerte, aunque siguiera viviendo con ellos, ella estaba ausente. Y ella era la única culpable de que ese viernes por la noche Eduardo y Eva estuviesen en esa comisaría, Eva no tuvo duda de ello en ese momento. Sin embargo, no pudo evitar sentir que le había fallado a Eduardo, que no había podido arreglarlo.

Eva revisó su reloj y se dio cuenta de que había pasado media hora desde que la habían hecho sentarse allí y aún nadie la llamaba. Se levantó del asiento y comenzó a deambular por la comisaría. Eran casi las nueve de la noche y no había mucha gente allí. Era un lugar bastante pequeño, se podía abarcar fácilmente con la mirada las oficinas existentes y se veía un pasillo cerrado y pequeño por el que ella adivinaba que se accedía a las celdas. Sintió el impulso repentino de correr por allí, tomar a su hermano y escaparse. No solo escaparse de la comisaría, sino de la ciudad, del país, de sus vidas. Pero desechó ese pensamiento y fue sustituido por otro más racional, comenzó a preguntarse si debía llamar a su madre para avisarle lo que sucedía.

La madre de Eva era una mujer aún bastante joven, en los inicios de sus cincuenta. Sin embargo, la enfermedad la había agotado de tal manera que parecía tener diez años más. Vivía completamente aislada en su habitación, no podía llevar a cabo las tareas más sencillas y las pastillas que tomaba para combatir la depresión tenían tantos efectos secundarios que la dejaban aún peor. Aún si Eva intentó decidir si debía contarle a su madre el problema en el que se había metido Eduardo. Pero pensó que ella probablemente no se daría por enterada, así que no valía la pena.

Estas reflexiones la distrajeron durante otros minutos más, hasta que recorrió tantas veces el mismo espacio pequeño de la sala de espera que la policía que la atendió la estaba mirando con desconfianza, así que se acercó a ella.

—¿Cuánto tiempo más tendré que esperar?

—Señorita, el oficial que puede darle información sobre su caso está atendiendo una emergencia. Puede irse a su casa y regresar mañana a primera hora, si así lo desea.

—No, por supuesto que no. Lo esperaré aquí— respondió con firmeza. No pensaba dejar a Eduardo solo toda la noche, aunque no pudiera verlo, ni él a ella.

Eva decidió sentarse de nuevo en la misma silla. Mientras caminaba hacia ella, entraron tres mujeres haciendo un escándalo enorme. Una le gritaba a la otra una cantidad incalculable de insultos y groserías, mientras aquella lloraba, y la tercera parecía estar bajo los efectos de algún psicotrópico.

Las tres mujeres iban vestidas con faldas muy cortas y tacones muy altos. La que iba lanzando insultos sin parar se acercó al escritorio de la policía y le pidió que apresaran a su acompañante por haberle robado su dinero. Se acercaron varios policías e intentaron calmar la situación mediante el diálogo hasta que las dos mujeres comenzaron a golpearse mutuamente y la policía decidió intervenir activamente.

Eva encontró esta pequeña escena graciosísima y entretenida. Se olvidó por un momento del motivo que la tenía allí esperando y, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Un chirrido la despertó y se levantó de golpe. La mujer policía estaba cambiando de posición una de las sillas y había sido el sonido de esta contra el suelo lo que la había despertado. Eran las diez de la noche.

—Buenas noches— le dijeron a Eva desde detrás de su silla.

Justo antes de darse la vuelta para mirar a la persona que le hablaba sintió que reconocía lejanamente la voz. Luego, al mirarlo, comprendió que el cabello y los ojos negros eran inconfundibles.

—¡Eva!— le dijo Juan al reconocerla—. No puedo creerlo, hace tanto tiempo que no te veía. ¿Cómo estás?

—Qué alegría verte. No sabía que eras policía— respondió Eva mientras se levantaba para saludarlo con un abrazo y un beso en la mejilla. Juan la miraba con alegría pero la sonrisa se le cayó de repente.

—Claro, por supuesto, tú eres la hermana del chico... ¿Es así?— le preguntó sombríamente.

—Supongo que sí.

—Lo siento, Eva. Es increíble, no se me pasó por la mente que podría ser el mismo Eduardo que conocí cuando era un niño pequeño.

Eva no supo qué responder a eso. Hacía ya bastante tiempo que no pensaba en Juan o, más bien, que solo lo recordaba de vez en cuando. Y al verlo allí, delante de ella, con la misma sonrisa y los mismos ojos de siempre, todos los sentimientos regresaron amontonándose en su estómago. Pero la situación en la que se encontraba se antepuso a todo esto y lo dejó a un lado.

—¿Tú eres la persona a la que llevo dos horas esperando? Necesito saber qué pasó, quiero sacar a mi hermano de aquí lo más pronto posible— respondió Eva, ignorando las disculpas de Juan.

Juan se mostró incómodo ante su dureza y se alejó de Eva intentando tomar una apariencia más profesional.

—El joven fue encontrado manejando un automóvil robado a eso de las cinco de la tarde del día de hoy. El procedimiento es el siguiente: el oficial a cargo examinará su situación y abrirá un expediente que definirá cómo se llevará a cabo el juicio del joven.

Juan lanzó esta retahíla de información como si se tratase de algo que se había aprendido de memoria hacía años.

Eva sintió que las fuerzas que había estado acumulando para afrontar la situación con entereza se desaparecían.

—No entiendo. ¿Qué es lo que se debe definir en el juicio? Estoy segura de que todo esto es una confusión.

—El juicio definirá la condena de Eduardo. Si se le encuentra culpable, pues... siendo menor de edad, probablemente, será enviado al reformatorio por un par de años... quizá menos que eso.

Juan, al decir esto, fue perdiendo su carácter policial y se acercó a Eva.

Ella se sentó de golpe en la silla y puso su cabeza entre las manos. Sintió inmediatamente un punzante dolor de cabeza.

—¿Hay café?— preguntó sonando bastante serena.

Juan parecía confundido, pues había supuesto que se echaría a llorar desconsoladamente.

— Sí, claro, hay café. Yo puedo traerlo, ¿cómo lo quieres?

—No, yo iré contigo. No quiero estar sentada aquí— respondió y lo acompañó en dirección al pasillo angosto que Eva había pensado que se dirigía a las celdas.

Llegaron a una máquina de café pequeña y con pocas opciones. Eva se pidió un capuccino y Juan un latte.

—Pensé que pedirías Mocca.

—¿Ah?— preguntó Eva distraída —. ¿Por qué?

—¿No te acuerdas? Comprabas Moccachino todos los viernes en el café de la esquina. Nadie entendía por qué te gustaba tanto.

Eva de pronto recordó vívidamente momentos entremezclados de esos tantos viernes en que salían en grupo del instituto y ella insistía en que la esperaran mientras se compraba un café. Ellos se quejaban pero siempre la esperaban. Ella compartía el café con Juan porque era al único al que le gustaba.

—Tú sí me entendías.

—No, la verdad es que... No me gustaba el café— respondió Juan sonriendo.

—¡Claro que te gustaba! Siempre me pedías que te diera un poco.

Juan se echó a reír a carcajadas y Eva no entendía nada.

—¿De qué te ríes?— preguntó confundida.

—No me gustaba el café, odio el Moccachino. No tiene sentido tomar una café con sabor a chocolate, me gusta el café con sabor a café. Solo quería tener algo que compartir contigo, algo especial. Sé que suena estúpido...— dijo Juan encogiéndose de hombros y sonriendo con picardía. Eva se sonrojó ante la sorpresa, tardó bastantes segundos en entender lo que ese comentario significaba.

Juan y ella habían sido amigos muy cercanos durante los últimos años del instituto. Habían formado un grupo de seis amigos que hacían casi todo juntos, pero luego de la graduación todos habían tomado caminos distintos y Eva nunca tuvo contacto con ninguno de ellos de nuevo.

Pero su relación con Juan siempre había sido especial. Eva lo quería de una forma diferente, le importaba más su opinión que la de cualquier otro y se moría de celos cada vez que Juan llevaba a su novia a los planes del grupo.

Había estado siempre enamorada de él pero nunca se había atrevido a decírselo, así que ese comentario acerca del Moccachino había desencadenado unas esperanzas viejas y escondidas en el corazón de Eva.

Pero muy pronto recordó el lugar en el que estaba y el hecho de que era precisamente Juan quien tenía la potestad de ayudarla o de hundirla aún más en la desesperación, era él quien había apresado a su hermano y, probablemente, era él mismo quien podía liberarlo.

—Tienes razón, suena bastante estúpido— respondió Eva riéndose y Juan se echó a reír con ella.

Ambos se tomaron sus cafés en silencio. Eva sintió que el calor de la bebida y la compañía silenciosa de Juan la tranquilizaron.

Luego de tomarse el café Juan le pidió que entrara con él a una oficina que estaba vacía. Al entrar, Juan se sentó detrás de un escritorio y le hizo señas a Eva para que se sentara en la silla que estaba del otro lado.

—La situación es complicada— le dijo con seriedad Juan—. Encontramos al chico manejando un auto dos horas después de que fuese robado. Además, el auto es de un hombre bastante influyente, conoce gente importante en la policía y en el sistema judicial.

—El hecho de que estuviese manejando ese auto no significa que lo haya robado. Aunque parezca que solo quiero defenderlo porque es mi hermano, lo que estoy diciendo es verdad, se necesitan más pruebas— respondió Eva aún más seria.

—Eso tiene gran parte de verdad. Pero también es cierto que tu hermano no tiene ninguna explicación de porqué manejaba ese auto que no es suyo.

—¿Puedo hablar con él?

—Sí, pero no hoy. Puedes hacerlo mañana en el horario de visitas

—No entiendo. Él aún no está preso, debería poder verlo, solo está detenido mientras se hacen las averiguaciones— le dijo Eva.

—No puedes verlo. Aunque no haya sido juzgado existen normas para los visitantes— Respondió Juan con dureza— deberías irte a casa, puedes regresar mañana temprano.

—¡Esto es absurdo! ¡Es estúpido! Él está a tres metros de mí en este momento.

Quiero verlo ahora, no mañana, no cuando ustedes decidan, quiero verlo y hablar con él en este momento.

Eva se levantó de la silla y salió de la oficina a paso acelerado y firme. Juan la siguió con calma.

—¿Dónde están las celdas? Quiero ver a mi hermano— le exigió Eva a un policía que salía del pasillo con un manajo de llaves en la mano—. ¿Es por allí, cierto?— dijo y caminó hacia el pasillo.

—¡Señorita! No puede pasar — dijo el hombre mientras se atravesaba en su camino para impedirle el paso.

Eva se presionó las sienes y cerró los ojos. Juan estaba allí pero no se había acercado a ella y la miraba con reprobación. Eva lo miró y sintió que un odio incontrolable se le acumulaba en el pecho, pensó que Juan era imbécil por no ayudarla y que parecía estar disfrutando su sufrimiento.

Estuvo a punto de decir esto en voz alta pero hizo lo posible por tranquilizarse, por mantener el control de sí misma que aún poseía. Respiró profundo y se sentó en una silla. Todos se mantuvieron en silencio.

Eva aún sentía el odio acumulado y cada segundo se hacía más insoportable.

Trató de relajarse pero sentía que se amontonaba ahora en su garganta y tuvo miedo de ahogarse, hasta que estalló en llanto. Se tapó la cara con las manos y lloró. Lloró sin hacer mucho ruido, sin sollozar, solo dejó salir todas las lágrimas que había mantenido guardadas durante mucho tiempo. Estuvo así, mirando al suelo y llorando por varios minutos.

Cuando por fin se calmó, levantó la mirada y se dio cuenta de que la habían dejado sola. Sentía la cara hinchada y húmeda así que decidió buscar un baño para lavársela. No quería hablar con nadie ni encontrarse con Juan, así que caminó en silencio. Lo encontró bastante rápido, se lavó la cara y trató de convencerse de que todo iba a estar bien.

Al salir del baño se encontró de frente con Juan. Él la miró a los ojos sin sonreír. Ella le devolvió la mirada por unos segundos hasta que se sintió intimidada.

—Vamos a tomarnos otro café. Todavía faltan bastantes horas para que amanezca— le dijo Juan mientras hacía un movimiento con la cabeza en señal de que lo acompañara.

Eva caminó detrás de él, arrastrando los pies. Se sentía muy cansada, débil, sin fuerzas. Incluso sentía su piel tibia, como si estuviese enferma y le regresó el dolor de cabeza que la había atormentado cuando su madre cayó definitivamente en la depresión. Esta vez, Juan le sirvió el café de máquina, le dio un Moccachino. Ella sonrió sin mucho ánimo cuando lo probó.

—Eva, ¿qué haces?... ¿qué has hecho todo este tiempo?— le preguntó con tranquilidad Juan, como si se acabasen de encontrar por casualidad en un bar y se dispusiera a comenzar una conversación amena.

Ella estaba de mal humor, triste y dolida. Pero se dejó llevar por la sensación de tranquilidad que le producía el café caliente y decidió establecer una conversación ligera con él.

—Lo último que supe de ti es que habías conseguido entrar a la escuela de Arquitectura— añadió Juan.

—Sí, estuve allí durante unos años, casi termino de estudiar la carrera pero tuve que comenzar a trabajar. Conseguí un puesto de dependienta en una tienda de ropa y he trabajado allí desde entonces. Ahora soy encargada de una de las sucursales.

Eva se sentía bastante avergonzada de cómo había resultado su vida, sobre todo, se sentía avergonzada de contárselo a él.

—¿Cómo está tu mamá?— le preguntó Juan sin cambiar ni un ápice su expresión de serenidad.

Eva dudó. No quería embarcarse en una descripción de la enfermedad de su mamá y de cómo les había dañado la vida a ella y a sus hermanos al abandonarse en un mundo de pastillas y siestas demasiado largas, pero tampoco quería mentirle.

—Ella... no ha estado muy bien los últimos años— declaró al fin—. Sin embargo, hemos logrado mantener un equilibrio en la familia.

—¿Recuerdas el día que nos escapamos de clases para irnos a comer helado, tomar cerveza y caminar por las calles?— preguntó Juan con una sonrisa mientras tiraba a la basura el vaso donde se tomó su café y se sentaba en una silla junto a Eva.

—Claro. Ese día Julián y Manuel se pelearon con dos chicos de otro colegio y terminamos limpiándoles la sangre de la nariz a los dos, muertos de risa—

recordó Eva —. Todo era tan fácil en ese entonces. La responsabilidad era siempre de otra persona, ¿no?

—Ni me lo digas. Ahora la responsabilidad es mía. La de mi vida y la de un montón de personas más.

—¿Amas tu trabajo?— preguntó Eva.

Estaba interesada de verdad en saber eso. Había soñado toda su vida con trabajar en algo que le encantara. Soñaba con despertarse todas las mañanas sonriente y con una emoción desbordante por irse a trabajar. Lo que se le hacía más frustrante de esto, es que cuando estaba estudiando arquitectura sentía esa emoción todos los días.

Eva se levantaba muy temprano para arreglarse el cabello, maquillarse, escoger la ropa que más le apeteciera usar ese día y se llevaba una mochila enorme repleta de cuadernos, libros, papeles, hojas, lápices, bolígrafos y otro montón más de artefactos, cuidadosamente organizados. Tuvo que esconder todos esos sueños y olvidarse de ellos demasiado pronto.

—No tienes idea. No desearía hacer nada distinto nunca, es el mejor camino que pude haber escogido— le respondió Juan.

Hablaron durante tres horas. Recordaron anécdotas de los años del instituto y discutieron sobre temas universales. Al amanecer, Eva sentía que los años que estuvieron separados se habían estrechado hasta desaparecerse. Juan era de nuevo su persona favorita y con quien podía hablar de cualquier cosa sin aburrirse jamás.

Se habían tomado dos cafés más solo para tener algo que hacer con las manos porque la conversación los había mantenido sin sueño. Pero la cafeína alteró los nervios de Eva y cuando Juan le hizo notar que ya había amanecido, ella se dio cuenta de que estaba mordiéndose las uñas y moviendo las piernas nerviosamente.

—Ahora que lo pienso, es una comisaría muy tranquila. No tuviste que pararte de la silla en toda la madrugada— le dijo Eva mientras se levantaba de la silla y estiraba las piernas.

Juan solo se echó a reír.

—Esta madrugada no tenía que trabajar. Eres tan terca que tuve que quedarme a hacerte compañía— le respondió con desgana —. Ya puedes pasar a ver a tu

hermano— le dijo y le pidió que esperara un momento mientras buscaba a otro oficial de policía.

Eva se quedó allí sentada, golpeada por una oleada de realidad repentina. La madrugada había sido una especie de cápsula del tiempo, ella se había aislado de todo y de todos, concentrándose solo en la persona y la conversación que tenía frente a ella.

Se sintió culpable por haberla pasado tan bien y haberse olvidado de Eduardo. Ahora que había amanecido y le habían dado permiso de verlo, no tenía idea de qué quería decirle. Sin embargo, cuando llegó Juan junto a otro oficial ella se apresuró a acercarse a ellos.

—Él te va a acompañar— le dijo Juan y se retiró.

El hombre era regordete y de poca estatura, con una sonrisa enorme. La dirigió por el pasillo y llegaron a un área con dos pasillos con celdas en ambos lados.

La celda en la que habían encerrado a su hermano era la última. Eva casi corrió hacia allí, llegó primero que el oficial.

—¡Eduardo!— gritó cuando lo vio. Él se acercó a las rejas y solo se atrevió a mirarla unos segundos a los ojos, después de esos breves segundos miraba a todas partes menos al rostro de su hermana.

—¿Estás bien? ¿Te sientes bien? Voy a traerte comida tan pronto como sea lo suficientemente de día como para comprarla. ¡Oficial! ¿No piensa abrir la reja?— exigió aceleradamente Eva. El oficial, que ya estaba a su lado, abrió la reja sin inmutarse y dejó que Eva entrara en la celda que solo estaba ocupada por Eduardo.

Él estaba aún con el pantalón del uniforme escolar y con una franela blanca que siempre usaba debajo de cualquier ropa. Tenía los ojos algo hinchados, lo cual le hizo pensar a Eva que había pasado la noche llorando. Pero la actitud del chico era una mezcla entre vergüenza y orgullo. Ella se acercó para abrazarlo pero él se alejó, aunque luego trató de disimular su rechazo.

—Estoy bien. No tengo hambre— le dijo en voz baja a su hermana y se puso a caminar por la celda, que era un espacio bastante pequeño. Eva ya conocía su carácter huraño así que no le prestó atención.

—Todo va a estar bien. Vamos a solucionar esto— le dijo con firmeza a su hermano pequeño, intentando demostrar una seguridad y una esperanza que no

sentía.

—¿Y tú...? ¿Le dijiste a mi mamá que...?— preguntó, titubeando.

—No les he dicho nada. Pasé la noche aquí pero le dije a Daniel que me quedaría a dormir en casa de una amiga.

Eduardo no respondió nada y Eva se quedó sin más nada que decir. Quería hacerlo sentir bien pero no sabía cómo. Se quedaron unos minutos en silencio hasta que el chico lo rompió.

—¿No vas a preguntarme si soy culpable?

—No. No me interesa— respondió sin dudarlo —. Me voy. Te traeré comida dentro de una hora. Luego intentaré averiguar cómo es el procedimiento— le dijo esto, le dio un beso en la mejilla y salió de la celda.

Eva salió apresurada de la comisaría, a su paso intentó ver si se encontraba con Juan pero no lo vio por ninguna parte. Caminó hasta la estación de autobús y tomó el que la llevaba a su casa. En todo el camino intentó no pensar demasiado en nada, se distrajo pensando en lo que haría de comer, pues había decidido que no valía la pena gastar dinero comprando alguna comida rápida si podía prepararle algo casero a su hermano.

Después de todo, no tenía idea de si tendrían que pagar algo durante el proceso de juicio. Entró rápidamente a la casa y no vio a nadie en la sala, se dirigió a la cocina a preparar lo que le llevaría a su hermano y lo que comería ella, Daniel siempre desayunaba cereal con leche y ya vería cómo se solucionaba el almuerzo de todos. Estaba concentrada cocinando cuando su mamá le tocó el hombro.

—¿Dónde está Eduardo?— le preguntó. Su mamá estaba somnolienta y en pijamas.

—¿Ya desayunaste?— le preguntó Eva sin mirarla a la cara.

—No quiero desayunar. ¿Dónde está?

—Está resolviendo unos asuntos. No me interrumpas ahora, estoy apurada— le dijo Eva y le dio unas palmadas en el hombro en un intento de suavizar el rechazo de su respuesta.

Su mamá salió molesta de la cocina y segundos después Eva escuchó el ruido de algo que se estrellaba contra el suelo. Cerró los ojos, respiró profundo y

decidió ignorarlo.

—¡Estoy harta de que me ignoren en esta casa! Nadie me toma en serio, soy un fantasma para ustedes— gritó su mamá desde la habitación.

Eva se dio prisa en terminar el desayuno y fue a despertar a Daniel.

—Dani, levántate, vas a salir conmigo. Ve a comer cereal con leche mientras arreglo tu bolso. Rápido— le dijo con insistencia Eva a su hermano de diez años. Él se levantó medio dormido y se fue a la cocina a desayunar. Eva metió las cosas más importantes en una mochila y estiró la ropa que debía ponerse Daniel sobre su cama.

Estuvieron listos muy rápido y salieron de la casa sin despedirse de la madre de Eva.

En cuanto llegaron a la comisaría, encontraron a Eduardo sentado en las sillas en la que Eva había pasado la noche. Juan estaba allí y se acercó a ellos.

—El chico puede irse a casa. Ahora comienza el proceso de investigación y dentro de un mes es la primera audiencia. Tiene prohibido salir de la ciudad hasta que se haya resuelto todo y debe presentarle un día por semana ante nosotros. Tú debes asistir con él ya que es menor de edad— Juan soltó toda la información de forma muy profesional. Hizo caso omiso de Daniel y le preguntó a Eva si quería acompañarlo un momento.

—Ya vengo, espérenme aquí. Por favor Daniel, siéntate allí y no te levantes hasta que regrese.

Eva se fue con Juan hacia la oficina en la que habían conversado la noche anterior.

—La situación es difícil, como ya te lo dije. Quisiera darte mi número para que podamos mantener contacto, así podré asesorarte durante el proceso. ¿Tienes algún abogado al que quieras asignar el caso?

—No tengo abogados— respondió ella.

—Está bien, no hay problema. Te asignaremos uno— le dijo Juan sin darle importancia. Se acercó a ella y le tomó la mano—. Todo va a estar bien— le dijo, mirándola a los ojos.

—Gracias— respondió ella, un poco intimidada por la cercanía —. Voy a llevarlos a casa— le dijo Eva, separándose de él.

Antes de salir de la oficina intercambiaron los números de teléfono y al salir Juan se despidió de todos.

Pasaron el fin de semana en casa sin mencionar lo sucedido. Eva durmió la mayor parte del tiempo y los demás se mantuvieron encerrados en sus habitaciones, saliendo únicamente para comer o bañarse. Daniel se entretuvo viendo televisión y jugando videojuegos. Pero el lunes por la mañana, mientras Eva preparaba los desayunos, una sensación desagradable comenzó a molestarla, empezó siendo una pequeña incomodidad hasta que se convirtió en angustia. Todos estaban casi listos para salir cuando decidió hablar con Eduardo a solas.

—Este miércoles y el que viene tienes que ir a la comisaría. Dentro de un mes tienes una audiencia. Creo que ya es momento de saber qué fue lo que pasó. Tendrás que hablar este miércoles con el abogado que te asignen y no puedes mentirle, bajo ningún concepto— le dijo Eva con severidad.

—Está bien. Lo que pasó es que Guillermo me dijo que ese era el coche de su padre y que me pasaría buscando por el colegio para que lo manejara. Pero en el camino me pidió que lo dejara una bomba de gasolina y llevara el coche a mi casa. No me explicó por qué pero estaba muy nervioso y me dijo estaba en problemas con su papá, me pidió ayuda así que lo hice— dijo muy altivo Eduardo.

No parecía querer disculparse sino más bien se notaba indiferente ante la gravedad de la situación y molesto por tener que dar explicaciones. Esta actitud irritó muchísimo a Eva, quien esperaba un poco más de arrepentimiento y sumisión.

—Pues ese pequeño acto de solidaridad puede costarte tu futuro. Tienes que ser más inteligente— le dijo.

Él hizo un gesto de desdén, se dio la vuelta y entró a la casa. Eva tuvo que hacer un esfuerzo increíble para no perseguirlo y gritarle el millón de reclamos que tenía atorados en la garganta. Cuando logró calmarse, entró a la casa y apuró a los chicos. Salieron en silencio y llegaron hasta la parada de autobús. El teléfono celular de Eduardo sonó y él contestó una llamada.

—Sí, sí. Ya lo terminé. Nos vemos allá— dijo y colgó.

—¿Quién era?— Preguntó Eva inquisitiva.

—Un amigo, me preguntaba por la tarea que tenemos que entregar hoy—

respondió tranquilamente.

Eva dejó a sus hermanos en el colegio y se fue a trabajar pero durante toda la mañana estuvo pensando en la historia que le había contado Eduardo, no le parecía verdadera. No tenía motivos para pensar que mentía pero había algo en la historia que no le cuadraba con la personalidad de Eduardo.

Además de eso, la llamada le pareció sospechosa. Pero luego de pensar por bastante tiempo en ello decidió que probablemente estaba volviéndose loca y que debía dejar de hacer conjeturas absurdas, si él decía que eso es lo que había sucedido pues ella le creería.

El día en el trabajo estuvo agitado y le vino bien distraerse. A la hora del almuerzo Eva estaba conversando con Sofía, la chica que la había invitado a tomar cocteles el viernes cuando recibió una llamada de Juan.

—Hola. ¿Cómo estás?— preguntó la voz de Juan desde el otro lado del teléfono.

—Bien, bien.

—¿A qué hora sales de tu trabajo? Quiero invitarte a comer algo para que conversemos sobre tu hermano— A Eva le sorprendió esta proposición y pensó que quizá se trataba de una excusa, ya que apenas el sábado habían conversado sobre la situación de Eduardo.

—Ah... claro, me parece bien. Terminó de trabajar a las cinco de la tarde. ¿Dónde nos vemos?

—Yo paso a buscarte. Envíame la dirección de tu trabajo por un mensaje de texto. Nos vemos— le dijo y colgó.

Eva se dio cuenta de que ese día no se había maquillado para ir a trabajar y, aunque no le gustaba aceptarse a sí misma que le importaba lo que Juan pensara de ella, se apresuró en pedirle prestado su maquillaje a Alicia. Hizo un intento bastante tonto de convencerse de que quería maquillarse de todas formas porque ese día su jefe iría a supervisar.

Se metió en el baño con el bolsito de maquillaje prestado y comenzó a delinearse las facciones, tratando de conseguir un look natural.

Cuando faltaban quince minutos para las cinco, recibió un mensaje de texto de Juan diciendo que estaba en camino. Ella recogió rápidamente sus cosas y comenzó a despedirse.

—Mmm, me parece que tienes una cita hoy, ¿no?— preguntó Alicia sonriendo con picardía.

—¿Una cita? No, yo no tengo citas, ¿recuerdas?— respondió Eva disimulando fácilmente.

Las chicas del trabajo habían intentado emparejarla con distintos chicos y ella siempre se negaba. Decía que tenía demasiadas cosas de las que ocuparse como para estar saliendo con personas desconocidas, y lo sentía así de verdad.

No quería aceptar salir en una cita y luego tener que pasar horas junto a un hombre desagradable solo por no ser maleducada. Pero con Juan era distinto, a él sí lo conocía. Además, aquello no era una cita, él lo había especificado, le dijo que quería hablar de la situación de su hermano, así que no tenía otra opción más que ir.

Recibió una llamada de él y entendió que probablemente estaba afuera así que salió. Había un coche negro detenido justo en la puerta de la tienda, él bajó la ventana del conductor y la saludó.

—Entra por allá— le dijo señalando la otra puerta.

A Eva le pareció un poco de mal gusto que no se bajase a saludarla primero y la acompañara a entrar por la otra puerta del coche. Pero se recordó a sí misma que aquello no era una cita, así que desechó ese pensamiento.

El coche estaba perfumado y Juan tenía música electrónica sonando. Ella lo saludó con un beso en la mejilla y trató de evitar el contacto visual. Pero él le buscó la mirada hasta que la encontró. Estaba bien peinado, vestido con pantalón y camisa y tenía una sonrisa traviesa en los labios.

Eva había perdido la cuenta de los años que habían pasado desde que dejaron de ser amigos, pero sabía con seguridad que nunca lo había visto vestido de esa manera, y el día que se reencontraron él tenía su uniforme de policía. Por algún motivo irracional, Eva inconscientemente esperaba encontrarlo vestido de policía de nuevo. Así que no pudo evitar pensar que era guapo y que, además, se había arreglado para la ocasión.

—¿Qué quieres comer?— preguntó.

—Lo que quieras. Yo como de todo— respondió Eva.

—Excelente. Entonces vamos a comer comida árabe, ¿te parece?

— Sí, me parece— respondió.

Juan le bajó un poco el volumen a la música y comenzó a preguntarle sobre su trabajo, qué hacía allí, cuánto tiempo tenía trabajando y si se sentía satisfecha con ello.

Aunque a ella le desagradaba hablar de este tema porque se sentía avergonzada de haber abandonado sus sueños, con él sintió tanta comodidad que fue completamente sincera sin sentir que él estaba juzgándola.

—La verdad es que cuando dejé la universidad lo hice pensando que regresaría pronto, que solo sería mientras mi mamá se recuperaba y podía regresar a trabajar. Pero luego, mi papá dejó de enviarnos el poco dinero que enviaba de vez en cuando y tuve que trabajar aún más duro para conseguir que me dieran un puesto mejor en el trabajo. Rápidamente comprendí que, simplemente, ella nunca se recuperaría porque no quería hacerlo y que esta sería mi vida— Le explicó Eva con la mayor ligereza con la que lo había hecho nunca.

—Pues deberías comprender rápidamente que aún puedes cambiar las cosas. No podrás culpar por siempre a tu mamá de las decisiones que tomas tú— le dijo Juan.

Ella sintió esa frase como si de pronto le echasen un baño de agua helada. Supo que tenía razón, así, sin más comprendió que tenía razón y que ella siempre había sabido, en el fondo, que era mucho más fácil resignarse y culpar a alguien más que intentar seguir luchando por conseguir la vida que quería tener.

—Siempre hay otras formas, otras posibilidades— continuó —. Todo es cuestión de que te lo propongas y hagas planes.

Eva no quería demostrar que se había sentido tan afectada por ese comentario. Sin embargo, no quiso engañarlo tampoco, algo en su interior la impulsaba a ser completamente sincera con él. Así que decidió cambiar el tema abruptamente preguntándole a él por su vida.

—¿Cómo están tus padres? Pensé que te mudarías a otro lugar, siempre quisiste viajar.

—¡Que si lo quise! Me moría por viajar, pero yo también soy como tú. Mis padres pasaron por graves problemas económicos y decidí entrar en la academia policial de una vez en lugar de viajar por un año primero como tenía

planeado— respondió sonriendo —. Pero no creas que lo olvidé, está allí, esperando la oportunidad para hacerse realidad.

Eva sintió que se relajaba. Y sintió que su aprecio por Juan crecía en ese instante.

—Supongo que yo tampoco debería olvidar por completo mis planes anteriores— le dijo más tranquila.

—Ya casi llegamos. Espero que haya lugar en el estacionamiento.

Les costó un poco encontrar un lugar en el estacionamiento pero lo consiguieron. Se bajaron del coche sin parar de conversar sobre cosas sencillas. El restaurante era uno al que ella nunca había ido pero parecía ser muy conocido y concurrido pues no había mesas disponibles para las personas que estaban esperando. Eva supuso que tendrían que buscar otro lugar pero Juan se acercó a la chica que se encargaba de la recepción y dio su nombre.

—Perfecto, señor Salas. Permítame mostrarle su mesa— le dijo la chica con una sonrisa.

Acto seguido los guió entre las mesas repletas de gente hasta una que estaba hacia el final del restaurante. Era para dos personas y ya tenía en ella dos vasos de agua servidos y dos menús.

Ambos se sentaron en la mesa, uno frente al otro y la chica dijo que enviaría al mesonero para tomar nuestro pedido. Eva se sentía incómoda y sorprendida.

Toda la situación le parecía demasiado formal y elegante para lo que ella estaba acostumbrada y, sobre todo, para ser una reunión de ex-compañeros de clase que querían conversar sobre un tema bastante serio.

Le parecía que estaba vestido de forma muy informal para el lugar y, además, no sabía cómo actuar con Juan, pero llegó a la conclusión de que simplemente actuaría de acuerdo a como él actuara. Esta conclusión la hizo reírse en voz alta.

—¿De qué te ríes?— preguntó con curiosidad Juan, ya que ambos estaban leyendo el menú—. ¿Hay algo chistoso en el menú?— dijo sonriendo. Ella no se había dado cuenta de que se había reído y no supo qué decir.

—No lo sé, estaba pensando en otra cosa, supongo— respondió quitándole importancia—. Recomiéndame algo. Nunca he probado la comida árabe— le pidió Eva.

—Entonces, ¿me dejas pedir por ti?

—Está bien. Confío en ti— le dijo Eva. Él llamó al mesonero con un gesto de la mano y cuando llegó le pidió un montón de cosas que Eva no conocía, además pidió unos cocteles para beber.

—¿Traigo los cocteles antes de la comida o con la comida?— preguntó el mesonero.

—Tráigalos antes— respondió Juan sin preguntarle a ella.

—El mundo es demasiado pequeño para quedarse en un solo lugar— le dijo Juan.

Ella nunca había pensado de esa manera, nunca le había interesado viajar, ni siquiera cuando aún tenía la esperanza de hacer cosas grandes con su vida. Siempre pensó en dedicarse a construir una carrera en el mismo lugar en el que había crecido. Sin embargo, de pronto le pareció una excelente idea irse de viaje con Juan y dejar todo atrás.

—Nunca había pensado en viajar, pero tienes razón. ¿A dónde quieres ir primero?— Preguntó Eva. Juan se quedó pensando por unos segundos hasta que pareció decidirse. —A Berlín... Aunque, lo dudo un poco porque temo que me guste tanto que no quiera irme de allí.

Conversaron por un rato sobre las distintas ciudades del mundo a las que les gustaría ir, hasta que llegó la comida. Trajeron tres platos distintos en los que había falafel, kibe, ensaladas, cremas, salsas y panes distintos. Todo olía delicioso y se dispusieron a comer. A Eva parecía increíble toda la comida y se preguntó cuándo llegaría el momento en el que comenzarían a hablar sobre el tema que los llevó hasta allí. Ella, en realidad, no quería hablar de eso, así que esperó hasta que él lo mencionara. En medio de la comida sucedió.

—¿Cómo está tu hermano?— preguntó.

—La verdad está bastante tranquilo. Supongo que confía en que se descubrirá su inocencia— le dijo Eva con firmeza.

—Mira... el motivo por el que quería que nos viéramos es que, pues, encontramos evidencia que no es beneficiosa para el chico— le dijo e hizo una pausa mientras masticaba—. La descripción física del dueño del coche coincide con los rasgos de tu hermano. Aparentemente hay dos chicos enredados en el asunto y estamos trabajando en conseguir al segundo— le dijo

esto y paró de comer. Eva se puso muy nerviosa y se sintió algo mareada.

—¿Qué puedo hacer, Juan? Necesito que me ayudes, mi hermano no puede ir al reformatorio, eso dañaría su juventud, sus planes, todo... lo dañaría a él, ¿cómo crees que saldría de ese lugar? Ya ha tenido suficientes problemas en su vida...— le dijo Eva con la voz rota.

—Estoy tratando de ayudarte, Eva. ¿Por qué crees que estamos aquí? Pero no puedo ir contra la justicia, tengo que hacer mi trabajo. Solo puedo asesorarte y esperar que todo resulte ser como tú quieres que sea.

—Entonces, dime, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Tienes que ir lo más pronto posible a hablar con tu abogado y sacarle la verdad a tu hermano, si te miente a ti y le miente al abogado, con seguridad, perderá el juicio.

—Está bien, iré a hablar con él mañana mismo— respondió Eva con resignación. Ambos siguieron comiendo por unos minutos hasta que Eva habló.

—¿Eso es todo lo que querías decirme? Pudiste haberlo dicho por teléfono.

—Sí, es todo. Quería aclararte mi posición al respecto. Y pude haberlo hecho por teléfono, tienes razón, pero no quise. ¿Te molesta que te haya invitado a comer?— preguntó con la voz baja. Él la estaba penetrando con la mirada y, por primera vez desde que se reencontraron, ella no apartó los ojos.

—No me molesta... Lo que pasa es que, bueno, me parece innecesario.

—Sigues igual de impertinente que siempre, ¿no?— le dijo Juan y llamó al mesonero con un gesto.

—Tráigame la cuenta, por favor— le dijo.

—Enseguida— respondió el mesonero y se alejó con paso apresurado.

—Ya está. Ya cumpliste con esta innecesaria cena, podemos irnos en cuanto me traigan la cuenta— dijo Juan con un esbozo de sonrisa.

—No me refería a eso... Estás actuando como un niño— respondió Eva irritada.

Siempre había sido así, no paraban de discutir y luego reírse, así había sido su relación hacía años y ninguno de los dos parecía haber cambiado. La diferencia estaba en que Eva no pretendía reírse esa noche de su mala actitud.

La verdad, es que había estado esperando que él le dijera vehementemente que no se preocupara por nada, que él se encargaría de salvar a Eduardo sin que tuviese que pasar por un juicio siquiera.

Al darse cuenta de que él simplemente estaba siendo amable, como lo había sido siempre que sentía la responsabilidad, le molestó muchísimo y le pareció absurdo que armara todo aquél alboroto para dejarla con aún más problemas en la cabeza.

Él, sin embargo, parecía estar tranquilo.

—Simplemente estoy cumpliendo tus deseos— dijo y justo en ese momento llegó el mesonero con la cuenta.

No dijeron nada mientras se encargaba de pagar, el mesonero recogió los platos aunque Eva no había terminado de comer y se levantaron de la mesa. Ella caminó sin mirar si él venía atrás y se detuvo en la puerta a esperarlo, luego caminaron al vehículo sin decir ni una palabra.

En cuanto arrancaron Juan puso música electrónica de nuevo.

—Espero que me hagas caso y le insistas al chico. Ya tengo buena reputación entre la policía por tener buenos instintos y en este caso me dicen que tu hermano es culpable— le dijo esto como si le estuviese diciendo que parecía que iba a llover, sin darle ningún tipo de importancia y con una especie de ligereza en la voz que alteró el carácter de Eva.

—¿Instintos? Qué profesional, Juan, ya veo que aprendiste muchísimo todos estos años de policía. Quizá te equivocaste de profesión, debiste haberte dedicado a la adivinación— lanzó con sarcasmo. Juan se echó a reír a carcajadas.

—¡Pero qué ácida estás!... Probablemente tienes razón, pero me gusta más ser policía— le respondió, aparentemente, sin haberse molestado en lo absoluto. La que estaba cada vez más furiosa era Eva.

—Ya veo que todo esto te resulta muy divertido. Supongo que por eso me invitaste a comer, para reírte con más ganas— dijo con amargura, intentando hacerlo molestar de alguna manera, para no sentir que era la única que estaba dándole importancia a la conversación. Sin embargo, no creía que lo lograría así que se sorprendió cuando notó un cambio en su voz.

—No me parece divertido. Estoy intentando ayudarte. Y deja ya el tema de la

invitación a cenar, quería hablar contigo, Eva, quería verte... Hacía mucho tiempo que no sabía nada de ti— dijo con seriedad, mirando hacia la carretera.

—¿Es por aquí?— preguntó señalando el camino. La estaba llevando a su casa sin preguntarle la dirección —. Supongo que vives en el mismo lugar. Creo recordar que eso me dijiste en la comisaría.

—Sí, así es— respondió. Se quedaron en silencio unos minutos más, escuchando solo la música que tenía puesta Juan.

Cuando llegaron a la entrada de la casa de Eva Juan se estacionó y bajó el volumen de la música.

—Discúlpame si te hice sentir mal, no era mi intención— le dijo a Eva mientras la tomaba de la mano para evitar que se bajara del coche, pues ya estaba dispuesta a hacerlo. Toda la furia que sintió durante todo el trayecto se disipó dentro de Eva en ese momento.

—No pasa nada.... Siempre has sido así. Pero la próxima vez que quieras invitarme a salir, no es necesario que uses a mi hermano de excusa— le dijo ella y se soltó de su agarre.

Juan sonrió y le dijo:

— Lo tendré en cuenta.

Ella se bajó del coche y entró a su casa sin mirar atrás.

El día siguiente fue muy agitado en el trabajo de Eva así que no pudo escaparse para encontrarse con el abogado. Intentó pedir permiso durante todos los demás días de la semana y se lo negaron, era una semana ajetreada porque eran los primeros días de diciembre y no tenían suficiente personal así que Eva debía encargarse del trabajo de varias personas.

El lunes siguiente contrataron a una chica nueva y Eva pudo pedir el permiso de cuatros horas para ir con su hermano a encontrarse con el abogado. La reunión fue bastante breve y el hombre no les dio demasiadas esperanzas.

A pesar de que Eva insistió todas las noches, Eduardo no cambió ni un detalle de su historia sobre lo sucedido, así que ella comenzó a sentirse mucho más segura de que aquella era la verdad. Esto le daba esperanzas, le hacía pensar que todo se solucionaría porque inevitablemente creía en la justicia. Más que en el sistema judicial, creía en que la vida hacía justicia siempre y que,

eventualmente, pagaría quien debía pagar.

Durante esos días que transcurrieron Daniel se había estado portando excepcionalmente bien y Eduardo estaba cada vez más taciturno. Por otro lado, Eva no había sabido nada de Juan.

Al entrar a su casa ese día, luego de la cena, se sintió segura y emocionada, le pareció percibir en él que estaba interesado en ella. Pero a medida que pasaban los días y no tenía noticias de él, su seguridad de que él la llamaría para volver a salir fue mermando hasta desaparecer.

Las semanas siguieron pasando hasta que recibieron una carta de la policía diciendo que la primera audiencia de Eduardo estaba pautada para el viernes de esa semana. Eva había acompañado a Eduardo a presentarse ante la comisaría una vez por semana y nunca se había encontrado con Juan.

Pensó en escribirle pero se convenció de que no era lo correcto, así que trató de dejar de pensar en él. La noticia de que el viernes era la audiencia de su hermano acabó con sus nervios, comenzó a llamar constantemente al abogado para preguntarle cosas que ya sabía y confirmarle cosas de las que él ya estaba seguro.

Eduardo, por otro lado, no parecía haberse inmutado con la noticia, continuaba con su silencio perenne sin prestar atención a las constantes advertencias y consejos de su hermana mayor.

—Ya sabíamos que sería esta semana. Tranquilízate, hermana. El abogado tiene todo bajo control— Le decía Eduardo mientras iban en el autobús el jueves antes de la audiencia.

Cuando llegó a su trabajo se dio cuenta de que tenía un mensaje de texto de Juan. Decía; *“Buenos días. Espero que estés bien. Me enteré de que mañana es la audiencia, quisiera hablar contigo hoy, si tienes tiempo”*.

Eva aceptó la invitación, aunque se sentía un poco estúpida por hacerlo, después de todo, él había desaparecido durante casi un mes. Pero no pudo evitar aceptar la invitación e intentó convencerse de que lo hacía solo por la audiencia de su hermano.

Él fue a buscarla de nuevo al trabajo a la hora de salida. Habían quedado en ir a comer al mismo lugar que la vez anterior. Eva se había maquillado y peinado en el baño de su trabajo para lucir más acorde al estilo del restaurante.

Cuando se montó en el coche de Juan sintió un jalón en el estómago. Los días que había pasado sin verlo le habían hecho olvidar lo guapo que era, y ese día se había arreglado tan bien como la vez anterior. Además, se había perfumado en la cantidad adecuada como para que pudiera percibirse el olor sin ser molesto. Se saludaron con beso en la mejilla y él la abrazó por unos segundos.

—Disculpa por no haberte llamado durante estos días. He tenido muchas cosas personales y de trabajo que resolver. ¿Cómo ha estado todo en tu casa?— le preguntó con una sonrisa dulce.

—Hemos estado bastante bien para los problemas que tenemos encima. Eduardo parece estar tranquilo y el abogado ha sido una guía excelente— le respondió Eva.

—Me alegra que sea así. Yo mismo me encargué de elegir al abogado que se les asignaría, quería que fuese uno verdaderamente bueno. Es un amigo cercano de mi familia—

—No lo sabía. Gracias, Juan— dijo Eva volteando a mirarlo. Él apartó la vista de la carretera y le devolvió una mirada profunda e intensa.

—Por cierto, te traje algo. Espero que todavía te guste. Hacía tiempo que no lo veía y hace un par de días lo estaban vendiendo en una tienda— dijo mientras hurgaba en el maletero del vehículo, intentado mantener la vista en el camino.

Sacó de allí un chocolate enorme de envoltorio blanco. Eva lo reconoció inmediatamente, era su chocolate favorito durante los años del instituto. Él único que le regalaba aquellos chocolates era él. No podía creer que se lo hubiese comprado, le parecía un gesto muy dulce y se había acostumbrado a no recibir regalos de nadie, ni a darse el lujo de ser consentida en sus deseos.

—No te lo puedo creer— le dijo riendo. La verdad es que se sintió muy conmovida por el hecho de que él recordara ese chocolate. Sintió que sus ojos se humedecían un poco. Le arrancó el chocolate de las manos—. No esperes que te dé ni un poquito, va a ser todo para mí— le dijo mientras abría la envoltura.

—Ah no, la condición para dártelo es que compartas la mitad conmigo— le dijo Juan, jugueteando.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—Esto no tiene sentido. No sé cómo sigues recordando estas cosas. Ha pasado

tanto tiempo— le dijo Eva, sintiéndose de nuevo conmovida pero intentando no demostrarlo.

—No ha pasado tanto tiempo. Además, las cosas pequeñas son a veces las que más perduran— respondió Juan—. Te lo debo, es mi forma de pedirte disculpas por no estar más pendiente de ti estas semanas.

Eva no le respondió nada y se comió un pedazo grande chocolate.

—Mi mamá está mal, Juan. Está cada vez menos coherente... Creo que ya se dio por vencida— le dijo Eva. No sabía por qué le había soltado aquello tan repentinamente. Quizá tenía que ver con el hecho de que cada vez que se encontraba con él se sentía cómoda, en confianza.

—Una cosa a la vez, preciosa. Vamos a resolver el asunto de tu hermano primero. ¿Cuál es la historia oficial?— preguntó.

—Dice que su amigo Guillermo lo hizo manejar el coche, le dijo que era de su padre.

—Esa es la excusa más estúpida que he escuchado— respondió Juan con aspereza.

—Eso es lo que él dice que sucedió y yo le creo— dijo Eva secamente.

Se quedaron en silencio durante un minuto.

—Yo voy a estar allí. De hecho, voy a reunirme con el abogado antes para que me ponga al tanto de todos los detalles, quiero estar enterado de todo— dijo y Eva no respondió nada.

—¿Sabes qué?— dijo Juan, cambiando el tono de su voz de forma repentina —. Vamos a ir al cine. No hablaremos de tu hermano hoy, tienes que distraerte para que mañana estés con la cabeza clara. ¿Qué dices?— le dijo y se detuvo a un lado de la carretera.

—¡Nada de lo que haces tiene sentido!— le dijo Eva.

—¿A qué te refieres? Todo tiene sentido. Es completamente lógico. Vamos a ver una comedia romántica, o lo que tú prefieras. Pero no vamos a hablar de nada de esto— dijo y arrancó de nuevo el coche hacia otra dirección. Juan puso música en el vehículo y comenzó a cantar todas las canciones que sonaban, una tras otra hasta que llegaron al cine.

Escogieron una película de acción porque no había muchas más opciones que

les interesaran y se apuraron en comprar algo para comer y beber porque la película empezaba pronto. Juan se empeñó en pagar todo, compró dulces, papas fritas y otro montón de cosas. Cuando entraron a la película los asientos estaban casi todos ocupados y los puestos que les asignaron estaban demasiado cerca de la pantalla. Sin embargo, disfrutaron mucho la película que resultó ser bastante cómica y entretenida. Se rieron juntos de los chistes de la película y se comieron absolutamente todo lo que habían comprado. Al salir del cine, Eva se sentía feliz. La compañía de Juan le parecía tan fantástica que se había olvidado de sus problemas durante ese par de horas.

—¿Quieres comer algo más?— le preguntó Juan.

—¡No!— gritó Eva—. Si como algo más puedo morirme.

—Funcionó, ¿no?— le preguntó y ella volteó a mirarlo porque no entendió la pregunta. Pero al ver su mirada seria, comprendió a qué se refería.

—Funcionó mejor de lo que me imaginé. Gracias— le dijo Eva y le apretó suavemente el brazo. Él la tomó de la mano por un segundo y luego la abrazó brevemente.

Ella se montó en el vehículo pero a Juan lo llamaron por teléfono y se puso a caminar por el estacionamiento, hablando. Ella se quedó esperándolo sentada dentro del coche. Después de unos minutos, regresó y se fueron. La dejó en su casa y le dijo que se verían al día siguiente en la audiencia.

Al día siguiente, Eva se despertó una hora antes de que su despertador sonara. Estaba ansiosa. Se puso a limpiar un poco la casa mientras esperaba que se hiciera la hora para comenzar a vestirse para ir a la audiencia. Había pedido ese día libre en el trabajo y habían accedido con la condición de que le descontarían la paga de ese día.

Después de limpiar, se bañó, visitó, maquilló y preparó desayuno para todos en la casa. Su madre no quiso salir del cuarto por más que ella tocó varias veces. Daniel y Eduardo se levantaron igual que cualquier día de clases. Los tres desayunaron juntos en la mesa de la cocina, en silencio. Daniel había aprendido a no preguntar sobre nada, Eva le decía que no pasaba nada de lo que él debiera preocuparse, así que solía contar cosas sobre su colegio o sus juegos favoritos, pero esa mañana parecía saber que era mejor no hablar.

Dejaron a Daniel en el colegio y se dirigieron al lugar de la audiencia. Llegaron allí media hora antes y se quedaron esperando en uno de los pasillos.

Eduardo había respondido solo con movimientos y monosílabos esa mañana. Ya Eva se había resignado a esta actitud porque no sabía cómo hacer que hablara con ella, mientras más lo intentaba más se alejaba él. Tenían diez minutos allí sentados cuando llegó Juan, Eva había estado ansiosa porque llegara, quería verlo y se sentía más segura con él allí. Estaba con su uniforme policial y se acercó a ellos con cara de preocupación.

—¿Qué tal?, ¿Cómo te sientes chico?— le preguntó con seriedad.

—Bien— respondió Eduardo sin despegar la mirada de sus rodillas.

Juan se dirigió a Eva.

—Todo va a estar bien, no te preocupes— dijo. Acto seguido atendió una llamada telefónica—. Sí, estoy aquí dentro— y colgó.

—¿Aún no has hablado con el abogado hoy? Me dijo que estaría aquí temprano.

—No, aún faltan veinte minutos para que comience. Supongo que debe estar por llegar— respondió Eva bastante nerviosa.

—Deberías llamarlo... para asegurar que esté aquí a tiempo. Y tú, chico, trata de mantenerte coherente en lo que digas...— comenzó a decirle Juan a Eduardo.

Eva dejó de escuchar la conversación cuando vio que venía una chica de cabello oscuro y muy largo, bien vestida y usando tacones bajos. Algo en ella, en sus movimientos le parecía conocido, así que se quedó mirándola hasta poder ver bien su rostro. La chica caminaba hacia ellos, pero Eva aún no lograba identificarla. Justo cuando estaba a solo unos pasos de distancia de ella se dio cuenta. Los ojos grandes, de pestañas largas y los cachetes rosados la habían torturado por demasiado tiempo como para olvidarlos. La chica saludó a Juan con un beso en los labios y les sonrió a ellos.

—Eva, ¿cómo estás?— le dijo con amabilidad mientras se acercaba a saludarla.

Eva se quedó paralizada y solo recibió el saludo sin casi hacer ningún gesto. Sintió que se le revolvía tanto el estómago que pensó que vomitaría, pero se obligó a recuperarse, así que logró sonreír.

—¡Hola! Wow... Tú... Hace mucho tiempo que no te veía— respondió Eva intentando mantener la coherencia.

La chica era Susana. Susana con un apellido muy elegante. Ella había sido la novia de Juan durante los últimos años de instituto, él la había conocido en algún evento familiar y la llevaba en algunas ocasiones a los planes con el grupo del instituto.

A todos les parecía una chica hermosa, incluso a Eva, que odiaba tener que admitírselo a ella misma cuando pensaba en ellos, aunque lo repetía con forzada naturalidad ante todos los demás. Eva se había acostumbrado a la idea de que ella era la novia de Juan y trataba de evitar sentirse celosa mientras pudiera. Pero al verla caminar hacia ella, más hermosa que nunca, y besar a Juan en los labios, no pudo comprender con facilidad lo que estaba ocurriendo.

Su cerebro la hizo recorrer muy rápidamente todos los encuentros con Juan desde la comisaría, todas las cosas que se dijeron y la forma en que se trataron para intentar comprender lo que estaba pasando.

Su pánico fue creciendo de manera progresiva al darse cuenta de que él nunca había demostrado ningún tipo de evidencia de que estaba interesado románticamente en ella. Recordó de pronto la llamada que recibió él en el estacionamiento y pensó en las semanas en las que estuvo desaparecido.

Se sintió inevitablemente estúpida porque había asumido que estaban reiniciando su amistad en términos distintos, había asumido que el chocolate, los comentarios con respecto al pasado, su manera de recordar detalles sobre ella y las invitaciones a cenar y al cine eran pistas definitivas de que Juan sentía algo por ella. Le parecía que todo había sido tan evidente que casi se lo había dicho sin utilizar palabras. Así que, sentada allí frente a Juan y Susana tomados de la mano, se sintió la persona más tonta del planeta tierra.

—¿Eva? ¿Te sientes bien?— preguntó Susana—. Está pálida— le dijo a Juan.

—¿Quieres que te traiga algo de tomar? ¿Estás mareada?— le pregunto él.

—¿Qué? No, no. Muchas gracias, estoy bien. Eduardo, creo que deberíamos buscar al abogado, tú deberías entrar a la sala... Yo... Yo voy a llamarlo. Espérame aquí— dijo Eva y se levantó—. Gracias por todo— dijo mirando a Juan, forzando una sonrisa y caminó a paso rápido hacia la salida del lugar.

En cuanto salió del recinto se dio permiso de sentir todo lo que había estado manteniendo a raya. Se sintió engañada y, peor aún, sentía que no tenía motivos para sentirse de esa manera, que Juan no la había engañado sino que

ella misma lo había hecho. Sin embargo, le parecía casi increíble que él estuviese comprometido con alguien y nunca lo hubiese mencionado.

Además, parecía una jugada terrible del destino que ese alguien fuese precisamente Susana. Al pensar en esto se dio cuenta de que era aún más increíble que no se lo hubiese dicho. Juan debió haber mencionado que seguía en una relación con ella, Eva la conocía y habían hablado muchas veces sobre los años del instituto sin que él mencionara a su novia en lo absoluto. Su teléfono sonó y la sacó de sus cavilaciones.

—Ya estoy aquí adentro señorita. Estamos esperando por usted— le dijo el abogado por teléfono. Eva se apresuró en entrar de nuevo al recinto.

Más pronto de lo que se imaginó, ya había terminado la audiencia. Eva se sentía demasiado abrumada con todo lo que estaba sucediendo. Se mostraron imágenes de una cámara de seguridad en las cuál se veía a dos chicos que se acercaban al coche del hombre, uno de los chicos llevaba un arma de fuego y lo apuntaba a través de la ventana.

El hombre se bajaba, había una especie de forcejeo y los chicos robaron el vehículo. En la audiencia llegaron a la conclusión de que había bastantes posibilidades de que el chico del arma fuese su hermano. Establecieron una segunda audiencia para dentro de dos meses de manera que se pudiesen hacer las investigaciones adecuadas.

Eva casi no se había movido durante la audiencia y cuando la dieron por terminada se acercó rápidamente a Eduardo, que estaba pálido como un papel, y lo tomó del brazo.

—Vamos a casa— le dijo en voz baja.

Él se dejó guiar por ella y salieron del recinto a paso acelerado. Eva estaba angustiada por lo que habían presenciado en la audiencia y, además, no quería encontrarse con Juan. Tomaron el primer autobús que pasó y tuvieron que bajarse pronto para tomar otro porque se habían equivocado.

Al llegar a casa, Eva se detuvo antes de entrar por la puerta y enfrentó a Eduardo.

—Estás en graves problemas, Eduardo. La única esperanza que tenemos es que al analizar ese video descubran que no eres tú, y eso sólo puede pasar si no lo eres— le dijo severamente.

—¡No lo soy! Ya te lo dije. Yo no robé a ese hombre, ¿De dónde sacaría un arma?! Además, deberías darte cuenta de que no soy yo el que aparece en esas grabaciones, es evidente. Y ya déjame en paz, quiero dormir— le dijo, se soltó violentamente de su agarre y entró a la casa.

Eva se quedó por unos minutos allí afuera, tratando de pensar con claridad. La verdad es que a ella tampoco le había parecido que ese fuese Eduardo, sus movimientos no se parecían a él, eran demasiado bruscos, demasiado agresivos, y la vehemencia con la que le acababa de hablar le pareció convincente. Después de todo, era su hermano, debía confiar en él. No tenía motivos para creer que se había vuelto un delincuente de la noche a la mañana.

Eva se acostó a dormir pensando que tomaría una siesta de un par de horas y se despertó cuando ya había oscurecido. Se levantó asustada de una pesadilla y decidió levantarse a comer algo. Cuando estaba en la cocina preparándose una ensalada, se dio cuenta de que no había visto a Daniel en la habitación. Lo buscó por toda la casa y no lo encontró.

Entró al cuarto de Eduardo y solo estaba él allí, durmiendo. El único lugar que le faltaba por revisar era la habitación de su madre, así que tomó fuerzas de algún lugar dentro de ella y tocó varias veces hasta que abrió.

—Hola linda, ¿qué pasó?— preguntó su madre con la mirada perdida, tratando de sonar alegre.

—¿Daniel está allí dentro?

—¿Ah?... ¿Daniel?— dijo sin parecer entender qué significaba esa palabra. Eva perdió la poca paciencia que tenía con respecto a las actitudes de su madre.

—¡Tu hijo!— le dijo y entró a la habitación, que estaba hecho un desastre como lo había asumido ella.

Revisó por todas partes y allí no estaba. Mientras revisaba su mamá se acostó en la cama y se quedó dormida en un instante. Eva tuvo que controlar la impotencia que sentía y salió de la habitación lanzando la puerta. Trató de detenerse a pensar, tenía aún el cerebro embotado por la larga siesta y quería intentar encontrar la respuesta, quizá se había olvidado de algún plan que habían hecho.

Pensó y pensó pero no logró llegar nada, solo recordó haberle dicho claramente a Daniel que se veían cuando regresara de la escuela. Se apresuró

a llamar a la escuela de su hermano pero cuando comenzó a repicar el teléfono se dio cuenta de que era demasiado tarde para que hubiese alguien allí. Sintió que el pánico se apoderaba de ella. Despertó a Eduardo, moviéndolo con fuerza.

—¿Qué...? ¿Qué pasa?— le dijo sin abrir los ojos.

—Daniel no está. Levántate. ¡Ya!— le gritó.

Eduardo se sentó en la cama y se frotó los ojos intentando despertarse—. ¿Revisaste en el cuarto de mamá?— preguntó.

—Claro que revisé, Revisé en toda la casa. Llamé a la escuela y no responden — dijo y se dio cuenta de que no tenía ni la más mínima idea de dónde más podía buscarlo. Pensó que la única solución sería llamar a la policía pero, por algún motivo, le daba mucho miedo asumir que estaba pasando algo tan grave como para hacerlo.

—Tú teléfono está sonando, Eva— le dijo Eduardo y ella corrió a la sala a buscarlo. Era Juan, contestó sin pensarlo demasiado.

—Hola— le dijo con voz neutra.

—MI hermano pequeño no está. Supongo que nunca llegó a casa de la escuela. Necesito que me ayudes— le dijo angustiada.

—¿Qué edad tiene?— preguntó.

—Diez años— respondió Eva y se le quebró la voz.

—Ven a la comisaría, vamos a solucionarlo, no te preocupes. Pero ven rápido — ñe dijo y colgó.

Eva se apresuró en llenar su cartera con las cosas básicas para estar toda la noche fuera. Le explicó a Eduardo a donde iba y le pidió que estuviese pendiente del teléfono y de la puerta, por si se sabía algo de Daniel. De pronto se percató de que al día siguiente era sábado y no podría comunicarse con la escuela de Daniel y sintió que palidecía. No conocía a ningún compañero de clases de su hermano, él siempre contaba anécdotas de su escuela pero muy generales y ella no lograba recordar ningún nombre.

Llegó a la comisaría y Juan estaba allí esperándola. Le hizo un sin fin de preguntas acerca de Daniel, le pidió direcciones, números de teléfono, descripciones de su conducta los últimos días y ella no encontró nada extraño

mientras respondía todo. Juan anotaba un montón de cosas en un pequeño cuaderno y otro policia lo acompañaba en silencio.

Enviaron a varias patrullas a que recorrieran la zona de la casa de Eva y del colegio de Daniel. Juan se había ido y ella se quedó de pie frente a un escritorio como entumecida, por dentro y por fuera, así que cuando él regresó con un cappuccino para ella no lo vio venir y se asustó por la sorpresa cuando él le habló.

—¿Por qué no te sientas?— le dijo.

—Me asusté, lo siento, tengo los nervios de punta— respondió intentando tranquilizarse, las manos le temblaban. Juan le dio el café y ella se sentó a tomarlo. El calor de café la hizo sentirse mucho mejor como siempre sucedía.

—Es demasiado pronto para que estés pasando la noche aquí de nuevo— le dijo Juan. Y ella recordó de pronto a Susana.

—¿Cómo está Susana?— le dijo y volteó a mirarlo. Él bajó la mirada y respondió.

—Bien. Ella se fue a un viaje de trabajo— dijo con sequedad. Eva hizo un gesto de comprensión y siguió tomando café.

—Sé que no te la mencioné y es... raro. Lo siento, de verdad, no sé qué me pasó— le dijo Juan, ahora mirando hacia adelante, sin encontrarse con los ojos de Eva.

—Tengo mayores preocupaciones en este momento, Juan— le dijo Eva con dureza.

La verdad es que no quería recibir disculpas de su parte y tampoco quería demostrarle lo herida que se había sentido, después de todo, él nunca le había dicho que quería salir con ella como algo más que una amiga, siempre había utilizado la situación de Eduardo como excusa para invitarla. Al pensar en Eduardo, pensó en Daniel. Los comparó inevitablemente, y visualizó al más pequeño tan alegre y tranquilo, tan dulce y colaborador.

Ella sabía que él no se había escapado, él no tenía deseos de rebelarse, Eva estaba segura de eso y no pudo controlar el pánico que de nuevo la invadió. De pronto sintió que debía caminar, que debía buscarlo ella misma por todas las calles de la ciudad, que no podía quedarse allí sentada sin saber dónde estaba.

—Hey, tranquila, Eva. ¿A dónde vas?— le preguntó Juan, levantándose también de su asiento.

—Tengo que hacer algo, no puedo quedarme aquí esperando. Quizá está escondido y no querrá salir si no me ve a mí. Probablemente está asustado.— dijo, nerviosa.

—No puedes hacer nada, Eva. Tenemos todo bajo control y sabemos cómo manejar este tipo de situaciones. Él es lo suficientemente grande como para saber que deben estarlo buscando... Lo encontraremos, te lo prometo— le dijo y le apretó la mano, Eva la retiró.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar? No aguanto otra madrugada en esta comisaría. No aguanto...— dijo Eva y casi sucumbe bajo el peso de la angustia.

Sentía que no podía mantener la fuerza un minuto más. Eduardo estaba a punto de ir al reformatorio y ahora Daniel había desaparecido. Su madre, mientras tanto, probablemente dormía sin enterarse de nada, sin querer saber nada. Sintió un rencor incontrolable hacia su madre en ese momento, era ella quien los había empujado a esta situación y la había dejado sola a ella para afrontarla.

Ya no quería sentirse miserable, estaba cansada y quería ser feliz. Miró a Juan de pie frente a ella, mirándola, como si estuviese inspeccionando su expresión y decidiendo si ya se había calmado lo suficiente o si saldría de pronto corriendo hacia la calle.

Al verlo allí, preocupado por ella, con los mismos ojos, el mismo rostro, la misma mirada, se sintió profundamente infeliz. Siempre había querido estar con él, siempre lo había querido a él y nunca había podido tenerlo. Esta vez pensó que por fin pasaría y resultó que recibió un desengaño mucho peor que cuando estaban en el colegio.

—No será mucho tiempo. Pero tienes que ser paciente, Eva— le dijo y lo llamaron de una oficina así que se fue. Ella, al quedarse sola, decidió respirar profundamente para tranquilizarse. Comenzó a buscar juegos en su teléfono y se entretuvo en eso durante un rato, hasta que Juan se acercó a ella.

—No consiguen nada aún. Seguiremos recorriendo el área e investigando— le dijo con seguridad. Tenía en la mano una bolsa de papel y se la entregó—. Es un sandwich de atún. Salí a comprar uno para mí y supuse que tendrías hambre

—La verdad es que no tengo ganas de comer en este instante, pero gracias— le dijo Eva un poco contrariada.

Él se sentó a su lado y comenzó a comerse su sandwich. Cuando se lo terminó se levantó de nuevo y se fue a hacer alguna labor policial. Ella estaba muy cansada, parecía que el sueño nunca le era suficiente, tenía unas ganas enormes de dormir y despertarse con todo en orden, deseaba que alguien solucionara todo mientras ella soñaba. Pero sabía que la vida no era así y sabía que de todas formas no podría dormir pensando que Daniel estaba en peligro, aunque trataba de no hacer conjeturas, de distraer su mente para no destruirse a sí misma.

Estuvo toda la madrugada dormitando en la silla y jugando con su teléfono. Juan se fue durante toda la noche y no lo volvió a ver sino hasta la mañana siguiente. A las ocho de la mañana Eva ya había llorado tanto que tenía los ojos rojos e hinchados, no se había obtenido ninguna información sobre el paradero de su hermano y su corazón se había encogido dentro de su pecho, o así era como podía describir la sensación que tenía, le dolía y tenía mucho miedo. Tenía un miedo inmenso que no sabía cómo controlar.

Se fue de la comisaría sin casi despedirse de Juan ni de ningún otro policía y al llegar a su casa se echó en la cama a llorar un poco más. Se quedó dormida por dos horas y al despertarse fue a la cocina a tomar agua. Sacó de la nevera el sandwich de atún que le había dado Juan y se dispuso a abrirlo. Las manos le temblaban, así que se le cayó completo al suelo.

Su mal humor la hizo maldecir y recogerlo de mala gana pero cuando lo agarró vio un cuadrado pequeño de papel tirado en el suelo, a un lado de la nevera. Al recoger el papel se dio cuenta de que era una nota que decía: “Hermana, me quedaré un tiempo con mi amigo Tomás. No te preocupes por mí, ayuda a Eduardo a no entrar a la cárcel. Te quiero.”

Eva nunca se había sentido tan aliviada en toda su vida.

La policía se encargó de todo. Consiguieron la dirección de Tomás con la directora del colegio y Eva fue con ellos a buscar a Daniel. Resulta que él había estado escondido allí y el padre del chico no sabía nada. Cuando Daniel vio que llegó su hermana junto a la policía, y que ella lo abrazaba con efusividad y lágrimas en los ojos se sintió apenado y lloró junto a Eva.

No le dijo más que “Lo siento” repetidas veces. Recogió su mochila y se despidió de su amigo. Ella se sentía tan dichosa de que su hermano estuviese bien que no sintió deseos de regañarlo por lo que había hecho, además, lo vio tan arrepentido y afligido que solo quiso sostenerlo entre sus brazos y asegurarle que todo estaría bien. Juan estuvo con ella todo el tiempo desde que ella lo llamó para contarle sobre la nota que había encontrado.

Después de que todo se solucionase y fuesen a la comisaría a dejar constancia de lo que había sucedido, él los llevó a la casa y Eva lo invitó a almorzar. Preparó una pizza casera porque era la comida favorita de Daniel y él se quedó con Juan en el cuarto jugando videojuegos mientras Eva estaba en la cocina. Eduardo, sorprendentemente, se ofreció a ayudarla a preparar la pizza.

Ella se sentía profundamente feliz porque el miedo inconmensurable que había sentido ya no estaba, y decidió obligarse a no pensar en el problema de Eduardo por ese día, ni en la existencia de Susana.

Eduardo estuvo silencioso pero con mejor humor que de costumbre, preparó la pizza con buen ánimo y se sentaron todos a la mesa en paz. Eva tocó la puerta de la habitación de su madre para llevarle su pedazo de pizza en un plato aparte porque ella nunca quería comer afuera. Pero cuando ella abrió la puerta, Eva decidió insistirle.

—¿Por qué no comes hoy con nosotros? Un amigo del instituto está aquí, lo invité a comer— le dijo sonriendo, intentando animarla.

—¿Cuál amigo?— le preguntó su mamá.

—Juan, probablemente no lo recuerdas...

—Claro que lo recuerdo. Bueno, me voy a poner otra ropa y saldré a comer con ustedes. Hoy me siento bastante bien— le dijo su mamá con un esbozo de sonrisa en los labios.

—Me alegra mucho, mamá. Te esperaremos. Date prisa porque los niños tienen hambre— le dijo y se fue a la sala. Estaban los tres chicos sentados en la mesa, Daniel y Juan se reían y Eduardo estaba clavado en su teléfono.

—¡Tenemos hambre!— le dijo Daniel alegremente.

—Vamos a esperar a mamá, va a comer hoy con nosotros— le dijo Eva.

Eduardo se movió un poco en su silla, incómodo pero intentando disimularlo y Daniel abrió la boca.

—Oh, ¡Qué raro y qué bueno!

Eva no pudo evitar reírse del buen ánimo de su hermano más pequeño. Fue a buscar la pizza en la cocina y la puso en la mesa, además, sirvió refresco a todos. Eva no pudo evitar conmoverse con la incipiente relación que estaba surgiendo entre Juan y Daniel. Su madre salió con una sonrisa y saludó a Juan con cariño, se pusieron a conversar sobre temas generales durante un rato, mientras todos comían. Eduardo se mantuvo silencioso todo el tiempo y evitó la mirada de su madre a toda costa. En cambio Daniela parecía estar de un humor excelente.

—Está deliciosa, hermana. Es la mejor pizza que has hecho hasta ahora— le dijo mientras masticaba un pedazo demasiado grande para su boca de niño.

—Me alegra que te haya gustado. ¿Ustedes qué piensan?— preguntó Eva mirando al resto.

—Deliciosa— Dijo la mamá de Eva sonriente y ella se sintió dichosa.

Estaba rodeada de las únicas personas que le importaban en el mundo y en ese pequeño instante todos estaban bien, estaban felices y estaban con ella. Los ojos oscuros de Juan se clavaron en los de ella durante medio segundo. Ella sintió que en esa mirada él estaba intentando decirle todo lo que nunca le había dicho.

Terminaron de comer y su madre se fue de nuevo a su cuarto, pero antes se despidió de Juan con efusividad y besó a los chicos en la mejilla. Juan recibió una llamada en su teléfono pero no contestó. Daniel lo invitó a jugar videojuegos en su cuarto y Eduardo se fue al suyo sin decir nada. Eva limpió y recogió todo, fregó los platos sucios y se fue al cuarto.

Allí estaban los dos, como si fuesen amigos de toda la vida, jugando, riendo. En cuanto entró Eva en la habitación Juan perdió rápidamente la partida y anunció que ya debía irse. Eva lo acompañó hasta la puerta y él se detuvo allí.

—Gracias por la comida. Me divertí mucho hoy.

—No te preocupes. Gracias a ti por ayudarme. No te puedo explicar lo feliz que estoy de que se haya resuelto sin problemas lo de Daniel... No tienes idea...— le dijo Eva, sintiendo que le dolía el pecho solo de recordar el miedo que sintió. Juan se acercó a ella, la abrazó.

—Cuentas conmigo para lo que necesites. Pronto resolveremos el otro

inconveniente. Si Eduardo es inocente, la ley lo hará valer— le dijo a Eva.

Pasaron los días y, si no fuera por las reuniones semanales con el abogado, todo parecería haber vuelto a la normalidad. Incluso el ánimo de la madre de Eva había vuelto a ensombrecerse, casi no salía de su habitación y cuando se encontraba con su hija discutían por los detalles más tontos.

Eva había vuelto a adaptarse a esto y trataba de concentrarse en su trabajo y confiar ciegamente en el talento y la buena voluntad del abogado encargado del caso de Eduardo. Una semana después del almuerzo en su casa, Eva recibió una llamada de Juan solo para conversar y saber cómo se encontraba. Hablaron por unos minutos y justo cuando Eva estaba a punto de colgar, él le preguntó si podrían verse. Eva sintió una especie de tirón en su estómago.

Sin duda alguna quería verlo, si por ella fuese, se verían todos los días, pero no podía dejarse arrastrar en una situación tan confusa como aquella. Juan estaba comprometido, era novio de Susana y lo había sido durante años. Sin importar los indicios que Eva siempre hubiese hallado en el comportamiento de Juan, tenía que convencerse de que él siempre la consideraría solo una amiga. Y ella no estaba dispuesta a pasar de nuevo por eso.

Sin embargo, por más que intentó convencerse de que lo más adecuado era rechazar la invitación, no pudo hacerlo y pensó que probablemente sería una buena idea salir una última vez con él para hablar en persona acerca de todo. Pensó que había llegado el momento de decirle claramente todo lo que pensaba y sentía. Así que aceptó y quedaron en que él la pasaría buscando por su casa para almorzar el próximo sábado. Estuvo toda la semana nerviosa.

—Voy por ti en media hora— le dijo por teléfono, con voz suave, el sábado a las doce del mediodía. Eva se preguntó si Susana estaría al tanto de aquellas salidas, y pensó que seguramente sí.

—Está bien— le respondió secamente.

Estaba jugando cartas y tomando chocolate espeso con Daniel. Eduardo había salido con unos amigos a jugar baloncesto y Eva se había quedado un poco nerviosa.

Ella confiaba en lo que Eduardo le había dicho, creía en su inocencia pero no podía evitar sentir una especie de alarma cada vez que él llegaba un poco más tarde al colegio o decidía salir con sus amigos. Él siempre avisaba y nunca llegaba pasada la noche, pero Eva sentía que algo no andaba muy bien, aunque

trataba de sacudirse esa sensación cuando podía. Así que eso había hecho ese sábado y se había dedicado a jugar con Daniel, que le había insistido muchísimo.

Cuando recibió la llamada de Juan, se fue a la cocina a calentar la comida que ya tenía preparada para los tres que se quedaban en la casa y se la sirvió a su hermano pequeño. Daniel comía con gusto cuando tocaron a la puerta. Eva se levantó tan nerviosa que casi tumba el vaso de jugo que estaba sobre la mesa.

Cuando abrió la puerta sintió que se le congelaba el estómago y se convertía en un pesado bulto de hielo. En frente de ella estaba Juan, tan guapo como siempre, con una sonrisa algo incómoda, y junto a él estaba Susana.

—Hola Eva, ¿cómo estás?— saludó Susana alegremente. Eva tardó en reaccionar pero intentó poner una sonrisa en su rostro con mucho esfuerzo y la besó en la mejilla, luego besó a Juan.

—¿Estás lista? ¡Ya tenemos hambre!— dijo Susana y se echó a reír. —¿Vendrán tus hermanos?— preguntó.

—Eh... No, ellos ya comieron. Voy solo yo— respondió Eva como una automática.

—Perfecto. Vamos entonces— dijo y comenzó a caminar hacia el coche. Juan hizo un gesto indicándole a Eva que fuese delante de él pero evitó el contacto visual.

En cuanto se montaron en el vehículo Susana puso una música demasiado festiva para la ocasión.

Eva nunca se había sentido tan incómoda en su vida. En ese momento, odió a Juan con todas sus fuerzas por hacerla pasar por esa situación. Pensó en la posibilidad de fingir que estaba enferma para regresarse a su casa pero no se atrevió a hacerlo, nunca había tenido talento para la actuación.

Llegaron a un restaurante de comida china. Eva tampoco había ido nunca, la verdad es que había ido a pocos restaurantes, no tenía tiempo. Se sentaron en una mesa para cuatro en el centro del lugar e inmediatamente les trajeron la carta. Susana comenzó a hablar sobre el clima, programas de televisión y el viaje que había hecho en su trabajo días antes. Juan era quien mantenía la conversación porque Eva se mantenía en silencio, solo sonriendo y asintiendo de vez en cuando.

—¿Cómo está Eduardo?— le preguntó él en cuanto Susana dejó un espacio libre de cháchara.

—Bien, está bastante tranquilo. ¿Tienes alguna información nueva sobre su caso?

—La segunda audiencia es en dos semanas. Y... la verdad es que sí tengo algo importante que decirte sobre eso, Eva— le dijo en un tono que la inquietó.

—¿Qué?— preguntó ansiosa. Susana se mantenía distante decidiendo qué ordenar.

—Bueno... Quizá es mejor que ordenemos primero— dijo Juan y comenzó a hacerlo.

Eva no pudo concentrarse en más nada, así que escogió un plato al azar y lo pidió con un refresco. Susana le tomó las manos a Eva que las tenía sobre la mesa y le dijo con afectividad fingida.

—Todo va a estar bien. Ten fe.

A Eva nunca le había caído muy bien Susana. En realidad, a ninguno de los chicos de su grupo de amigos del instituto les gustaba demasiado ella, les parecía frívola y aburrida. Pero a Eva le desagradaba todo de ella, su cabello siempre en una posición perfecta, sus dientes demasiado blancos, su ropa ajustada y bien planchada.

Pero, sobre todo, le molestaba esa manía que tenía de tratarla a ella con condescendencia. Siempre lo había soportado porque no quería demostrar demasiado su desagrado y poner en evidencia sus sentimientos hacia Juan. Nunca había entendido qué veía él en ella, ahora lo entendía menos.

—Gracias, Susana— le respondió.

Comieron sin conversar mucho. Eva esperó que todos terminaran para preguntar de nuevo.

—¿Cuál es la información que tienes, Juan?

—Bueno... La verdad es que Eduardo está metido en un lío serio. Encontramos otro video de seguridad, de una cámara cercana en la que se ve el rostro de ambos más claramente, aunque siguen teniendo la cara cubierta, se identifican más los rasgos. El dueño del coche lo reconoció, asegura que es él quien lo robó. Y... el amigo de Eduardo, Guillermo, está dispuesto a

declarar en su contra. Aparentemente dará detalles sobre lo que hicieron ambos para conseguir una reducción de la pena— Le dijo.

Eva se puso pálida. No podía creer lo que estaba escuchando, todo eso parecía indicar dos cosas: la primera, que Eduardo sí era culpable, y la segunda que iría inevitablemente al reformatorio.

—No... No entiendo— dijo, solo por decir algo.

—Es en extremo probable que tu hermano sea culpable de lo que se le acusa— le dijo—. No debería estar diciéndote todo esto, estoy incumpliendo la ley al hacerlo, pero quiero ayudarte. Sin embargo, mis capacidades solo llegan hasta un límite y ese límite es la justicia.

—¿Con eso quieres decir que no puedes hacer nada por él?— le preguntó Eva casi con agresividad. Estaba perdiendo la paciencia, quería hablar a solas con él, también quería gritarle que era un manipulador y un mentiroso.

—Con eso quiero decir que solo la justicia podrá ayudarlo. Deberías hablar con él, hacer que te diga la verdad, si sigue manteniendo esta farsa la pena será aún más grande de lo que creen— le respondió como si no hubiese notado la fiereza en el comentario de Eva.

—Entiendo— dijo Eva y decidió que no diría más nada al respecto mientras estuviese Susana presente, y deseó con todas sus fuerzas que a ella no se le ocurriese ofrecerle algún consejo o hacer siquiera un comentario de nuevo con respecto a su hermano porque supo que no podría contener su amargura.

—Muchas gracias por la comida. Creo que ya debería irme, tengo que ayudar a Daniel con sus tareas y hacer cosas en la casa— fijo tratando de sonar natural.

—Claro, ya nos vamos. Pediré la cuenta— fijo Juan y llamó al camarero.

Inmediatamente Susana comenzó de nuevo con su cháchara. A Eva le empezó a doler la cabeza. Juan se levantó a pagar la cuenta y ella se quedó sola con Susana en la mesa. Eva temió que al verse sola con ella, Susana sintiese la necesidad de hablar sobre Eduardo. Pero al parecer Susana había percibido el rechazo de Eva y se quedó en silencio hasta que regresó Juan y se fueron al coche. Durante el trayecto, Juan puso a sonar el mismo tipo de música que puso cuando llevó a Eva a comer y nadie habló.

Cuando llegaron a la casa de Eva, Juan se despidió.

—Llámame pronto para saber qué decisión tomarán— le dijo. Eva asintió y se bajó del vehículo.

Pasaron dos días hasta que Eva recibió una llamada del abogado en la que le pedía que se reunieran para explicarle la situación de Eduardo y establecer un cambio en la presentación. Se reunieron y Eduardo continuó negando su participación en el delito.

El abogado ejerció una presión sobre el chico que no había ejercido antes, cambió por completo su actitud y le explicó todo lo que había dicho Juan en el almuerzo, intentando que se quebrara pero no lo consiguió. Eduardo permaneció impasible, sin usar demasiadas palabras pero negando constantemente todo. Sin embargo, al llegar a casa Eduardo comenzó a llorar en la sala, justo luego de que Eva cerrara la puerta. Eva se quedó paralizada, nunca lo había visto llorar así desde que era un niño pequeño.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes...?— preguntó Eva en un principio preocupada, pensando que había sucedido algo más.

Pero luego comprendió lo que sucedía. Eduardo no decía nada, solo lloraba incontrolablemente y se cubría el rostro con las manos. Eva se acercó a él y lo abrazó, pensando que la rechazaría como hacía siempre pero el chico le devolvió el abrazo y ocultó su rostro en el pecho de su hermana.

Eva no necesitó preguntarle de nuevo para entender que Eduardo sí era culpable de lo que se le acusaba, que había robado el coche de ese hombre y que lo había hecho un arma de fuego. Además, entendió que su hermano estaba completamente aterrado de las consecuencias que esto podía traerle.

A pesar de que en realidad solamente sentía compasión por él, pensó que estaba en la obligación de hacerlo confesar y de reprenderlo por lo que había hecho. Pero se arrepintió y decidió que la mejor opción, la más inteligente, era conducirlo por la vía que le convenía para salir de esa situación.

—Tienes que confesarlo. Hablé con Juan y me dijo que tienes todas las de perder si sigues manteniendo la posición que has tenido hasta ahora ante el tribunal. Todos van contra ti, tu mejor opción es asumir tu culpa en los hechos. Si lo haces... Si lo haces, sé que Juan sabrá cómo ayudarte, podrá hacer que tu pena sea más leve...— le dijo tratando de mantener la calma pues sentía que rompería en llanto en cualquier momento.

Él no respondió nada. Estuvo unos segundos más con su cara oculta en el pecho

de Eva y después se levantó y se fue a su habitación.

Eva se sintió tan abrumada y confundida que decidió acostarse a dormir para distanciarse de todo hasta el día siguiente. Cuando se despertó regresaron todas las preocupaciones casi de inmediato.

Ese día estuvo muy distraída en el trabajo, no paraba de pensar en qué le pasaría a su hermano si iba al reformatorio y en los motivos que pudieron haberlo empujado a cometer ese crimen. A la hora del almuerzo, se sentó apartada de los demás para concentrarse en sus pensamientos, pero se acercó a ella su nuevo supervisor. Era un hombre de unos treinta y cinco años, bastante guapo, que irradiaba una implacable seguridad en sí mismo. Tenía dos semanas trabajando allí y se había dirigido muy pocas veces directamente a Eva.

—Hoy estás algo distraída, ¿todo está bien?— le preguntó mientras se sentaba frente a ella.

—Hola... Bueno, tengo un poco de dolor de cabeza. Esto es todo— le respondió sonriendo.

—Puedo darte una pastilla que te lo quitará de inmediato. Funciona increíblemente— le dijo.

—Bueno, gracias— respondió Eva un poco incómoda porque en realidad no le dolía para nada la cabeza. El supervisor se fue y regresó a los pocos minutos con un paquete de pastillas. Eva lo tomó y le agradeció.

—Esta noche después de salir del trabajo nos vamos a un bar unos cuantos, deberías acompañarnos— le dijo en un tono ligero.

—Claro, me encantaría. Solo espero sentirme mejor para entonces— le dijo.

Él se despidió y la dejó comiendo sola. Eva no quería salir con ellos al bar, nunca le habían gustado ese tipo de planes pero pensó que debía esforzarse y hacerlo, quizá la ayudaría a olvidarse por un rato de todo lo que tenía en la cabeza.

Además, quería intentar concentrar su energía en otras personas para dejar de pensar en Juan. Sin embargo, esta tarea parecía casi imposible. Desde que lo había vuelto a ver no podía sacárselo de la cabeza, había vuelto por completo a sus años de instituto en los que solo pensaba en que al día siguiente lo vería de nuevo.

Por eso, cuando recibió un mensaje de él minutos antes de salir del trabajo con sus compañeros, sintió un tirón en el estómago. Conversó por un rato por mensajes con Juan, hablando de cualquier cosa, él le contó sobre una película que había visto y ella le contó sobre los comentarios graciosos de Daniel, simplemente conversaron.

Mientras esto sucedía, Eva estaba en un bar con el supervisor, llamado Miguel, su amiga Alicia, y dos chicas y un chico más del trabajo. Todos conversaban amablemente pero Eva estaba un poco distante.

—Te recomiendo que pruebes este coctel. Es el coctel perfecto para una noche como hoy— le dijo Miguel.

Ella había estado percibiendo las intenciones del supervisor, se había dado cuenta de que él quería establecer mayor contacto entre los dos y que probablemente se sentía atraído por ella.

Eva objetivamente lo consideraba guapo y un buen partido pero todos le parecían insuficientes cuando los comparaba con Juan. Además, le costaba demasiado comenzar a confiar en alguien como para ser completamente abierta y disfrutar su compañía por completo.

Sin embargo, durante cuatros horas estuvieron conversando entre todos y ella se esforzó por mantener la conversación, especialmente con Miguel. Él nunca dio un paso de más pero se mostró atento y enfocado en ella durante toda la noche. A las once de la noche Eva anunció que ya debía irse.

—Yo puedo llevarte a tu casa. También tengo que irme pronto. ¿Dónde vives?
— le dijo Miguel sin parecer demasiado interesado. Sabía cómo encontrar el límite exacto entre ser caballero y ser invasivo, lo cual agradó bastante a Eva, así que aceptó que la llevara.

En el coche conversaron sobre religión, Miguel era ateo y tenía muchas visiones informadas y profundas acerca de la necesidad del ser humano de creer en un ente superior y omnipotente. A Eva le divertía escucharlas y comentar su punto de vista. Cuando la dejó en su casa, ella se sorprendió a sí misma pensando que había pasado una noche agradable.

Lo días pasaron rápido y casi sin que se dieran cuenta ya era el día previo a la audiencia de Eduardo. Eva había estado conversando con Juan, él la llamó un par de veces durante esos días solo para conversar y se escribieron por mensajes de texto varias veces. Eva se sentía un poco culpable.

Sabía que tendría que haberle reclamado por su actitud tan extraña con respecto a Susana y que lo más sano sería dejar de tener contacto tan cercano con él. Pero se tranquilizaba al pensar que realmente no había sucedido nada, que eran amigos como siempre lo habían sido y que él era una de las pocas personas con las que ella se sentía cómoda y en confianza. Además, se insistió a sí misma en que le convenía mantenerse en excelentes términos con él para que ayudase a Eduardo.

Sin embargo, ese día Juan la llamó en la mañana antes de que ella saliera a trabajar.

—Buenos días, Eva— le dijo

—Hola, Juan, ¿cómo estás?

—Bien. Es un día difícil para ti. Quiero que hagamos algo divertido como hace semanas. ¿Te parece?— preguntó un poco inseguro. Eva lo pensó durante un segundo y respondió.

—Me parece bien. ¿Qué le gusta hacer a Susana?— hubo un silencio relativamente largo después de que ella dijo esto pero ella esperó hasta que Juan hablara.

—Susana no iría con nosotros. De hecho... Bueno, en realidad... Preferiría hablar contigo en persona, si tú quieres, claro— le dijo, incómodo.

—Está bien. Hablaremos hoy en persona— respondió Susana. Juan aceptó, quedó en buscarla a la salida de su trabajo y colgó.

Eva decidió que utilizaría los nervios que tenía acumulados debido a lo que le esperaba al día siguiente para expresarle de una vez por todas a Juan lo que pensaba y sentía. Había decidido que ya no quería seguir actuando como si nada pasara. Estaba llena de energía y ansiosa por el encuentro así que trabajó muy activamente durante el día.

Miguel intentó acercarse a ella en diferentes ocasiones pero ella hizo lo posible por evitar un encuentro a solas con él en el trabajo. Faltaba media hora para que Juan pasara por ella cuando los nervios la destrozaron. Comenzó a sudar frío y sintió náuseas.

Se sintió tan tensa que pensó en cancelar la cita e irse a su casa a dormir en paz hasta el día siguiente, le parecía absurdo tener que preocuparse por Juan un día antes de la audiencia de Eduardo. Pero no tuvo tiempo de decidir

porque Juan le envió un mensaje de texto avisándole que iba saliendo a buscarla.

Juan estaba tan arreglado como la primera vez que la invitó a comer, pero estaba mucho más taciturno.

—¿Hoy no pones música?— le preguntó Eva en un intento de relajar las tensiones.

—Hoy no tengo ganas de escuchar música. Pero si tú quieres poner algo, está bien— le respondió bastante serio pero sonrió. Eva encendió la radio y dejó lo primero que sonó.

—¿A dónde vamos?— preguntó Eva.

—A donde tú quieras. ¿Qué tienes ganas de hacer?— le preguntó—. Podemos ir al cine de nuevo—

—Está bien. Vamos al cine— respondió Eva y sintió de pronto la urgencia de aclarar todo en ese instante.

—¿Qué es todo esto Juan? ...No quería decirte nada porque pensaba que quizá era yo la que veía cosas donde no existen pero...— le dijo Eva, sintiendo que con cada palabra liberaba un poco un peso que tenía sobre los hombros y no se había dado cuenta. Juan se quedó en silencio por varios segundos, volteó a mirarla y regresó la mirada a la carretera.

—Eva... Yo... Me siento bastante confundido con todo. Sé que desde que nos volvimos a encontrar he estado actuando de forma extraña y, sé que no se justifica, pero la verdad es que se debe a que verte de nuevo fue un gran impacto para mí— Le dijo.

—¿A qué te refieres? Es decir...Entiendo un poco lo que quieres decir porque, bueno, yo también siento que mi vida cambió un poco desde el día en que te vi en la comisaría.— le dijo Eva. Era la primera vez que estaba hablando con él de lo que sentía y no podía creer lo cómoda que se sentía haciéndolo.

—Siempre estuve enamorado de ti en el instituto. No sé si lo sabías, supongo que sí.— dijo repentinamente, como si estuviese mencionando un detalle insignificante y evidente que todos conocían. Pero Eva se sorprendió.

—No lo sabía, Juan. ¿Me estás hablando en serio?— preguntó genuinamente intrigada. Juan se echó a reír y le tomó la mano por unos segundos.

—No puedo creer que te sorprenda. Era evidente, todos me hacían chistes sobre eso constantemente. Es increíble, ¿de verdad no tenías ni idea?— preguntó divertido.

—¡Por supuesto que no! No entiendo nada, ¿por qué nunca me dijiste nada?— dijo Eva entre divertida y frustrada—. Por Dios, Juan. Yo estuve loca por ti todos esos años— dijo riendo.

—Siempre sentí que quizá sentías algo por mí pero nunca pensé que fuese demasiado fuerte— dijo, ya un poco más serio.

—Sí lo era... Eras todo lo que me importaba. Yo estaba segura de que me querías solo como una amiga. Además, siempre estuvo Susana.— dijo Eva. Justo en ese momento llegaron al cine.

—Ya estamos aquí. — Le dijo Juan y apagó el vehículo.

Ambos se bajaron y caminaron en silencio hacia el cine. Luego se distrajeron decidiendo qué película verían. Eva se sentía feliz. Sentía que eso es lo que quería hacer siempre, intentar decidir qué película ver en el cine con él. Nunca había disfrutado tanto la compañía de nadie en toda su vida más que la de Juan.

Además, lo que le había dicho en el coche la había sorprendido gratamente, así que decidió no pensar en nada más mientras veían la película. Igual que en la salida anterior al cine, Juan compró varias cosas para comer y eligieron una comedia romántica.

La película resultó bastante aburrida y cursi, por lo que pasaron la mitad de la película haciendo chistes sobre lo que sucedía en la pantalla. Juan le prestó su chaqueta a Eva y ella se sentía como una adolescente de nuevo. Al salir de la sala de cine Juan la invitó a comerse un helado.

Mientras comían el helado Juan habló.

—¿Cómo te preparas para mañana?— preguntó.

—Estoy muy nerviosa. Honestamente, temo que suceda lo peor— le dijo sin reservas.

—Eva, en esta audiencia se decidirá el giro que tomará todo. Mañana sabremos con bastante seguridad lo que se decidirá en el juicio final. ¿Qué planes tiene Eduardo?

—Juan... Necesito que me ayudes. No me importa lo que Eduardo haya hecho, no me importa si todo es cierto o si no lo es. Solo sé que él no puede ir al reformatorio— le dijo Eva casi con lágrimas en los ojos. Juan hizo un gesto de negación con la cabeza. No la miró.

—Él tiene que declararse culpable. Ya lo sabes— le dijo.

—Ya no quiero hablar de esto. Pensé que me habías invitado para olvidarme de todo esto hasta mañana— le dijo intentando sacudirse el peso que sentía en el corazón cada vez que pensaba en todo aquello. Juan aprovechó su sugerencia y cambió de tema por completo.

—Es increíble, nunca entenderé porqué a la gente le gusta el sushi... Es absurdo, nadie disfrutaría del pescado crudo si no lo vendiesen tan bonito, lleno de colores— dijo con sarcasmo. Esto hizo reír a Eva, lo cual contentó un poco a Juan en apariencia.

—Te dije que hablaría contigo hoy. La verdad es que no sé qué me pasa contigo, pero no puedo dejar de querer verte, salir contigo, hablar contigo, hacerte reír— le dijo.

—Juan... Todo lo que me estás diciendo... está mal, tú estás con Susana, tienen una relación de muchos años. Ni siquiera sé si... probablemente, ¿están casados?— preguntó Eva dudando.

—¡No! Nunca nos casamos. De hecho, ahora mismo estamos separados. Hemos discutido mucho— le dijo.

—Yo siempre estuve enamorada de ti, Juan. Siempre. Y cuando nos volvimos a ver regresaron todos esos sentimientos durante esa madrugada que pasamos en la comisaría. Y yo sentí que... Yo sentí que tú también sentías lo mismo, pensé que todas esas invitaciones... ¿Entiendes? Cuando vi a Susana en la audiencia, no supe qué pensar, pensé que todo había estado en mi cabeza— le dijo Eva atropellando las palabras. Juan se quedó en silencio, de nuevo, unos segundos.

—Nada estaba solo en tu cabeza. Yo te vi ese día y supe que quería seguirte viendo, que no podría evitarlo. Así que sin pensarlo te invité. Sin pensar en nada, evité mencionar a Susana convenciéndome de que no estaba haciendo nada erróneo— le dijo él.

—¿Han estado juntos todo este tiempo?— preguntó Eva con miedo de recibir la respuesta.

—Sí, nos hemos separado un par de veces pero no por mucho tiempo. Construimos una relación cómoda. Pero tú haces que ya no me interese estar cómodo— Le dijo cuando ya iban llegando al coche. En ese momento a Eva le sonó el teléfono. Era una llamada de Eduardo.

—¿Qué pasó?

—¿Cuándo vienes a la casa?— preguntó Eduardo.

—Voy en camino para allá. ¿Pasa algo?— preguntó Eva alarmada.

—No... Es solo que pensé que quizá no vendrías. Mañana es la audiencia— dijo.

—Claro que iré. No te preocupes, ya estoy en camino hacia a la casa, pronto estaré allá. Todo estará bien.

—Está bien— respondió el chico y colgó. Eva se quebró y comenzó a llorar. Juan la abrazó en silencio. Ella lloró tranquilamente por un rato. Él le acariciaba el cabello.

Cuando ya las lágrimas se le estaban secando en las mejillas, ella se separó de Juan y se fue hacia la otra puerta del coche para montarse.

Durante el viaje en coche Eva trató de tranquilizarse, aunque no lo logró. Se sintió de nuevo sola en toda esa situación tan agobiante y sintió una certeza devastadora de que a Eduardo le iría muy mal. Juan pareció comprender que ella no deseaba hablar de nada así que se mantuvo en silencio. Se detuvo frente a su casa y antes de quitarle el seguro a la puerta se acercó a ella y la besó en los labios. Eva le devolvió el beso con suavidad, casi sin pensarlo. Después de tres segundos se separaron.

Ambos se quedaron mirándose a los ojos. Eva sintió repentinamente cómo hervía algo dentro de su estómago, sintió la urgencia de estar más cerca de él, mucho más cerca, de besarlo mucho más. Pero estaba paralizada. No se había permitido sentir nada tan fuerte desde hacía mucho tiempo y todo esto la había tomado por sorpresa. Veía en los ojos de Juan un fuego que parecía ser el reflejo de lo que ella sentía adentro en ese instante.

Eva sintió que transcurrieron siglos y al mismo tiempo parecieron segundos hasta que Juan tomó su rostro con firmeza y la besó con intensidad. Se besaron durante un largo tiempo, casi sin despegar sus labios. Parecían sentir que nunca más querían separar sus cuerpos. Juan acariciaba su cabello, su rostro

y su espalda. Y Eva lo abrazaba con ansiedad. Pasado un tiempo que ninguno de los dos logró calcular se fueron separando.

Ambos tenían la respiración agitada. Eva sentía que lo que había comenzado hirviendo en su estómago se había propagado por todo su cuerpo incendiándolo por completo, y ahora la llama estaba disminuyendo. De pronto Eva recordó vívidamente el esmalte rojo que tanto le gustaba usar a Susana en los tiempos del instituto y sintió deseos de salir corriendo del coche.

A pesar de que Juan le había dicho que Susana y él estaban separados, ella no pudo evitar sentirse extraña y un poco culpable por lo que había sucedido, y en realidad no quería tener que lidiar con ese tipo de sentimientos un día antes de la audiencia. Así que se despidió de Juan y se fue a su casa.

Esa noche no pudo dormir casi nada. Tuvo pesadillas con hombres armados que entraban a la audiencia y se llevaban a Eduardo amarrado. Se despertó incontables veces para ver la hora, sintiendo que se había quedado dormida y llegaría tarde a la audiencia. A las cinco de la mañana se rindió y se levantó a preparar café. Se sentía en calma.

Dos horas después se despertaron los chicos. Ella les sirvió un poco de café a ambos junto al desayuno. Su madre nunca se despertaba tan temprano así que le dejó el desayuno preparado en la cocina como siempre. Conversaron del clima y de los videojuegos de Daniel hasta que tuvieron que irse.

De camino a la audiencia, habiendo dejado a Daniel en su colegio, Eva intentó descubrir cómo se sentía realmente Eduardo pero él no soltó prenda. No respondía casi nada y miraba hacia la ventana del autobús en señal de que no quería hablar con ella. Ella decidió que ya no podía hacer mucho más, todo quedaba en las manos del abogado, del mismo Eduardo y del destino. Habían salido con bastante tiempo de anticipación así que cuando el autobús se accidentó y tuvieron que esperar media hora a que llegara otro, Eva no se angustió porque sabía que aun así llegarían a tiempo.

Al llegar se apresuraron de todas maneras en entrar y Eva buscó con la mirada a Juan pero no lo vio por ninguna parte. Entraron al recinto y todo estaba preparado en el lugar de la audiencia. Solo esperaban por el juez. Eva estaba sudando frío y ya a Eduardo lo habían separado de ella, aunque podía verlo sentado muy tieso a unos metros de distancia. A los pocos minutos el juez entró al lugar y dio inicio a la audiencia.

En un principio Eva estaba bastante perdida pues no entendía muy bien la terminología de los abogados. Pero quince minutos de haber comenzado la sesión el abogado acusador dijo que no contaba con mayores pruebas de las que ya había mostrado. El juez explicó que si no tenía mayor evidencia, la audiencia había sido una pérdida de tiempo y el chico tendría que ser considerado inocente. El abogado acusador no dijo mucho más y el juez terminó la sesión diciendo que el juicio final sería la semana entrante.

Eva salió bastante confundida del lugar y el abogado defensor se acercó a ella acelerado diciéndole que salieran a conversar un momento. Eva y Eduardo lo acompañaron.

—Esto es increíble, no sé qué sucedió pero todas las pruebas incriminatorias que tenían pensadas mostrar hoy se cayeron. Tu amiguito decidió no declarar y aparentemente el supuesto video que mostrarían resultó ser un error. Parece casi cosa de magia— dijo el abogado extasiado.

—¿Qué? ¿Eso quiere decir que no pueden acusarlo de nada?— preguntó Eva.

—Bueno, no exactamente eso, ya él está acusado pero lo más probable es que, si todo continúa así, en el juicio final lo consideren inocente— respondió el abogado y le dio una palmadita en el hombro a Eduardo.

Por primera vez en mucho tiempo Eduardo no parecía taciturno en lo absoluto, parecía no poder creerse lo que estaba escuchando. El abogado pareció darse cuenta porque continuó con su discurso.

—No te ilusiones demasiado, muchacho, vamos con calma. Sabremos qué pasa solo cuando pase, ¿eh?— le dijo.

Eduardo no respondió. El abogado los invitó a tomarse un café y Eva aceptó por los dos. Conversaron un poco sobre leyes relacionadas al caso y el abogado le explicó más detalladamente todo lo que se había dicho en el juicio. Pero lo que verdaderamente le importaba a ella era el cambio repentino que se había dado con respecto a las posibilidades de su hermano. Se tomó ese día completo en el trabajo a pesar de que la audiencia solo duró una hora. Se fue a dormir a su casa y ver televisión. Se sentía aliviada y contenta. Sin embargo, le pareció extraño no encontrarse con Juan en la audiencia.

Daniel regresó del colegio preguntando qué había sucedido con su hermano.

—Todo parece ir bastante mejor. Creo que Eduardo va a estar bien— respondió Eva con una sonrisa sincera. Daniel comenzó a saltar sobre la cama

y a cantar.

Eduardo tocó la puerta del cuarto de Eva y se sentó con ella a ver la televisión.

—Tengo hambre— dijo Daniel.

—Voy a hacer algo de comer y podemos cenar los tres en el cuarto. Dentro de media hora comenzará una película en ese canal, podemos verla. ¿Qué piensan?— preguntó Eva.

—¡Síiiii!— gritó Daniel y Eduardo se rio un poco, así que Eva se dispuso a preparar un sandwich para cada uno, junto a un vaso de leche con chocolate.

Los tres vieron una película animada y se divirtieron muchísimo. Eva no paró de reírse con los chistes de Daniel y, sorprendentemente, Eduardo también bromeó y se echó a reír un par de veces.

Sin darse cuenta, se hizo media noche así que Eva los mandó a dormir y se acostó ella.

Transcurrió la semana sin que sucediese nada fuera de la rutina. Eva recibió un par de mensajes de Juan pero le parecía que se mostraba poco interesado en conversar con ella. Intentó no pensar demasiado en ese asunto para no llegar a conclusiones desagradables. Mientras tanto, en su trabajo Miguel continuaba insistente, buscaba la forma de estar a solas con ella, de conversar y de hacerle notar que quería ser un caballero. Pero Eva se mantenía distante.

Llegó rápidamente el día del juicio. Eduardo y ella estaban de buen humor aunque un poco tensos. Se prepararon con rapidez y salieron de la casa. Cuando llegaron, el abogado los estaba esperando y les dio algunas instrucciones sencillas pero dijo que se sentía bastante confiado de que todo saldría bien debido a lo que se había hablado en la audiencia anterior. Le dio una palmadita en el hombro a Eduardo, igual que el día de la audiencia y le deseó suerte. Eva tampoco vio a Juan por ningún lado esta vez.

Durante el juicio se presentaron algunas alegaciones nuevas por parte del abogado acusador. Sin embargo, rápidamente el juez declaró que debido a que no había suficientes pruebas que determinaran el nivel de participación de Eduardo en el delito, lo declararon inocente. Eduardo no se lo podía creer. Eva lo tomó por el brazo y salió con él del recinto. Cuando iban en el autobús él parecía seguir en una especie de shock. Eva intentó hablar con él pero no parecía estar allí así que decidió darle tiempo.

Eva se sentía completa y absolutamente feliz, además de un poco avergonzada por haber asumido que Eduardo era culpable. Se sentía orgullosa de su hermano por mantenerse siempre firme a la verdad y por confirmarle que no era capaz de cometer un delito así.

Sin embargo, al día siguiente del juicio, Eduardo despertó a Eva sacudiéndola, y cuando abrió los ojos él le habló.

—Hermana, yo soy culpable. Sí lo hice... yo soy el chico que aparece en el video de seguridad.

Tenía lágrimas en los ojos.

Por el contrario de lo que ella misma hubiese pensado, esta noticia fue un poco perturbadora, pero no le quitó por completo la paz que había encontrado al saber que al saber que su hermano había sido declarado inocente.

Sin embargo, estaba segura de que era algo momentáneo y que pronto tendría que enfrentar el hecho de que su hermano estaba en malos pasos. Ese día se levantó tranquila pero prefirió demostrarle a Eduardo una actitud neutra porque no tenía deseos de entrar en detalles con él en ese momento, pero sabía que debía demostrarle de alguna forma su decepción.

Al mediodía recibió una llamada del abogado en la que le pedía que se encontraran para conversar algo, sin que Eduardo estuviese presente. Ambos se encontraron en un café del centro de la ciudad y el abogado parecía un poco preocupado.

—Quiero que sepas que tienes un ángel de la guarda. Toda la información que tenían en contra del chico lo hubiese mandado directo al reformatorio, por bastante tiempo. Alguien tuvo que haberse encargado de desaparecer las evidencias.

—¿No cree usted que la verdad es que nunca tuvieron esas pruebas y simplemente fue una manera de arrinconarnos?— preguntó Eva.

—No. Estoy seguro de que las tenían porque yo mismo vi el video, Eva— le dijo el abogado con tristeza.

Eva sintió que le caía el alma los pies. Le avergonzaba que el abogado supiese que Eduardo era culpable y, además, que le había mentado todo este tiempo. Sin embargo, le sorprendió aún más lo que le estaba contando en ese momento. ¿Alguien se había encargado de desaparecer toda la evidencia? Eva tardó

cinco segundos en entenderlo todo.

—Entiendo. Muchas gracias por decirme esto. ¿Tiene idea de quién ha podido encargarse de desaparecer...? ¿Usted no ha sido, no?— preguntó aunque sabía que no era él.

—No, yo no he sido y no tengo la más mínima idea de quién. Pero mientras menos investigue usted ese asunto, mucho mejor. Disfrute de la libertad de su hermano, pero manténgalo vigilado— ñe dijo severamente.

Conversaron un poco más y luego cada uno se fue por su lado. Eva siguió dándole vueltas al asunto, pero estaba segura de que la única persona que tenía el poder suficiente y los motivos necesarios para ayudarlos de esa manera era Juan.

Llegó a su casa y comenzó a preparar el almuerzo. Cuando estaba cocinando alguien tocó a la puerta.

—Eduardo, abre la puerta— gritó desde la cocina.

Escuchó cómo se abría la puerta y sintió unos pasos pesados y lentos que reconoció al instante. Salió de la cocina sin terminar lo que estaba haciendo y vio a Juan sentado en la sala. Estaba algo cabizbajo pero le sonrió abiertamente cuando la vio.

—Hola. ¿Cómo te sientes?— le preguntó.

—¿Supongo que sabes lo que pasó?

—Sí. Lo sé. Discúlpame por no estar allí.

—No te preocupes. ¿Quieres comer?— preguntó Eva. Percibía una actitud extraña en él y ella se sentía un poco culpable con el tema así que prefirió evadirlo un poco por el momento. Él aceptó almorzar ahí. Comieron.

—Espero que te sientas feliz. Todo está bien ahora, ¿no?— preguntó Juan tomándole la mano.

Ella estuvo segura en ese momento de que era él quien había hecho lo imposible, quien había desaparecido toda evidencia de culpabilidad de Eduardo. Sabía que había luchado contra sus ideales, contra su moral, para darle la tranquilidad a ella de que su hermano estaría bien. Y eso era prueba suficiente para ella de que Juan la quería.

—Todo está bien. Bueno... ¿Susana y tú están definitivamente separados?—

preguntó con algo de vergüenza.

—Sí. Completamente, de hecho, ella se mudó de ciudad por motivos de trabajo así que la separación se hizo mucho más sencilla— dijo Juan con tranquilidad y abrazó a Eva, la apretó contra su pecho.

Eva dudaba, pero sentía la necesidad de confirmar su hipótesis. Sabía también que Juan se sentía un poco avergonzado de lo que había hecho y que probablemente no querría aceptarlo ni mencionarlo nunca más. Pero decidió intentarlo.

—¿Todo es gracias a ti, cierto?— preguntó. Él, como solía hacer en los momentos más tensos, se quedó en silencio un rato. Eva supo que él comprendía a lo que se refería y esperó hasta que finalmente respondió.

—Lo hice por ti— respondió y le dio un beso en los labios.

Daniel salió corriendo en ese momento de su habitación y se alegró de encontrar a Juan allí. Comenzó a contarle un sin fin de historias acerca de sus videojuegos y le insistió en que fuera a jugar con él. Juan se reía y conversaba alegremente con él mientras se iban al cuarto.

Eva, por primera vez en demasiado tiempo, se sentía completa. No podía creer el giro que había dado su vida. A pesar de los problemas que aún tendría que enfrentar, sabía que ya no estaría sola, sabía que tendría la fuerza para luchar contra todo si era necesario. Sabía también que, por ahora, solo tenía que dedicarse a ser feliz.

Poseída y Protegida por el Jefe

Romance con un Mafioso Millonario

Por Alena Garcia

© Alena Garcia 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Alena Garcia.

Primera Edición.

Capítulo uno: Alice.

Las aventuras conllevan sólo un riesgo para quien siempre arriesga arriesgándolo todo.

Las gárgolas de Notre Dame miraban hacia abajo. En la parte de abajo, había una chica de veintidós años, de pelo castaño, ojos negros y una nariz pequeña, casi escondida. Las descripciones en palabras nunca son gran cosa, pero la belleza que portaba encima era una belleza admirable.

De hecho, se había acostumbrado a que la gente se parase en la calle a mirarla como si ella fuera un cuadro. Sus labios, rosados y blancos como las camelias, incitaban a la lujuria y al deseo. Su mirada incitaba cierto misterio que no se puede explicar. Y su pelo largo, le recorría los hombros como diciendo: «todos nosotros, los cabellos, somos afortunados de tocar y pertenecer a tan bella mujer».

Al ser julio, la chica llevaba una camiseta de tirantes, un pantalón corto y una desesperación encima que no le cabía en el cuerpo. No estaba desesperada por no conocer el idioma ni nada por el estilo, estaba así por la situación tan complicada que le había tocado vivir.

La chica, a la que miraban las gárgolas como diciéndole: «¿qué haces aquí, necesitas ayuda?», se llama Alice Delacroix.

Nació en España, concretamente, en un pequeño pueblo costero de Lanzarote llamado La Santa. Su padre había nacido en Besanzón, pueblo que le dio vida al gran Victor Hugo. Su madre había nacido y vivido toda su vida en La Santa.

A lo que pensaréis, ¿cómo se conocieron dos personas tan alejadas? Al padre de Alice, a Axel Delacroix, le encanta el surf. Sus padres, desde pequeños, lo llevaban a las mejores playas de Francia para que él surfeará con ellos. Ellos amaban el surf, no me cabe duda de que si hubiesen amado la pintura de la misma forma que amaban el surf, habrían llamado a su hijo Eugène y tal vez, habría hecho alguna versión moderna de «la Libertad guiando al pueblo» para darse a conocer.

En el surf, sin embargo, no le fue tan bien como a Eugène Delacroix le fue en la pintura. Axel no había ganado nunca ningún premio ni ningún

reconocimiento, para seros sincero, tal vez nunca había participado en ninguna competición.

Sea como fuere, su pasión es el surf y él disfruta surfeando. Pues bien, en su búsqueda de la gran playa que le dé las olas que necesita para sentirse vivo, se topó con La Santa. Allí, en la playa, conoció a Idaira, la madre de Alice. El proceso, creo que ya todos lo conocéis y no hará falta que lo explique mucho. El caso es que, dos años después, ya estaban casados e Idaira ya tenía a Alice entre brazos.

La vida en La Santa es, ante todo, tranquila. Es un pueblo en el que todo el mundo se conoce y todas las ventanas tienen siempre ojos asechando. Las conversaciones que tienen lugar en sus calles, son conversaciones públicas que siempre tienen a alguien escuchando. La gente es curiosa por naturaleza, pero se vuelven más curiosos cuando sus vidas tienen pocos entretenimientos.

En este lugar se crió Alice. Cuando iba a la escuela, tenía que coger el autobús que iba a Tinajo. Ya que en La Santa no hay ni escuela ni instituto. El autobús de rumbo a la escuela era un tramo tranquilo. Las clases en el colegio le gustaban. Lo que no le gustaba era tener que llevar uniforme, pero con los años aprendió a acostumbrarse.

Lo malo llegó cuando empezó a ir al instituto. Los jóvenes, llenos siempre de fervor hacia el sexo opuesto, empezaron a molestar a Alice para llamar su atención. Ya se sabe que, la inexperiencia crea la experiencia a lo largo del tiempo. Alice aprendió a no hacerles caso a los chicos que la molestaban y los chicos aprendieron que así no conseguirían nada.

Con los años, vino el primero amor, las primeras separaciones de amigas que se fueron y el sentimiento de revelación característico de todos los adolescentes. También, empezaron a crearse obligaciones y Alice tuvo que ir organizando su futuro. Como su padre es francés, de pequeña le enseñaron el idioma que aprendió a controlar a la perfección. Al empezar a ir a la escuela infantil, aprendió el español y a los cinco años, ya era una niña privilegiada al dominar dos lenguas.

Más adelante, a la hora de terminar el instituto, esto le sirvió para darse cuenta de cuál sería su vocación. Lo tenía claro. Lanzarote, al igual que la isla de Fuerteventura, son islas que viven principalmente del turismo pero en estas

islas, hay poca gente muy preparada para dichos cargos.

Obviamente, la gente que está muy preparada es la gente que tiene mejores puestos de trabajo. Alice vio aquí una gran oportunidad para darle salida a los idiomas que sabía, además, fue casi como una pasión para ella mostrar lo más valioso que tenía después de su familia a los turistas: sus tierras.

Después de hacer la prueba de acceso a la universidad, envió las peticiones a varias universidades y la universidad Complutense de Madrid la aceptó. En un principio, el plan era sencillo. Alice quería estudiar durante cuatro años, licenciarse y volverse a Lanzarote a buscar trabajo.

En el primer año, las cosas fueron francamente bien. Había encontrado a un chico que la quería, con el cual incluso vivía, había entablado amistad con personas con las que se lo pasaba muy bien... ¡Nada podía ir mejor! Pero, en el tercer año, las cosas empezaron a cambiar. Un día, en una de las clases, la profesora dijo que ya estaban disponibles las becas Erasmus para todo aquel que estuviese interesado.

En ese momento, a Alice se le encendió una luz... Su francés, desde luego, ya no es lo que era y vivir un año en Francia le podría venir muy bien, pensó ella. Así que, envió la solicitud y al cabo de unos meses, fue entrevistada. Al finalizar el año, se publicó la lista de quienes habían sido seleccionados: Alice había sido escogida para ir a Francia.

Tras años de escuchar a su padre hablar de París, de Lyon, de Normandía, de leer libros de Alejandro Dumas que contaban historias en las calles de París, de oír a muchas personas decir que el museo del Louvre el más importante del mundo, tras mucho tiempo adorando las gimnopedías de Erik Satie, después de estar tanto tiempo familiarizándose con la cultura francesa, iba a ir, por fin, allí.

La alegría que tuvo Alice en ese momento fue descomunal. La sonrisa que le iba de oreja a oreja era digna de ser retratada en alguna parte. Todo lo contrario a la cara de su novio, que sabía que se acababa y veía que a Alice eso no le importaba mucho. «Tendremos una relación a distancia», le decía ella. «Perderemos la pasión y se nos irá todo al garete entonces», le respondía él.

Después del verano, en septiembre, Alice se mudó a París. Su universidad

habló con la universidad de Paris-Dauphine y allí que se fue. Con la beca que le dieron, consiguió alquilarse una habitación que no estaba muy lejos de la universidad.

Compartía piso con otras personas que habían venido de Erasmus. Ese año, fue un año espléndido en su vida. Exquisito en todos los sentidos. Probó todas las variedades de queso que ofrece Francia, se enamoró de las calles de París, entregó su corazón a las obras de la Ópera de París y casi se enamoró de Gerard Mortier, el director.

A veces, le comentaba a sus compañeras de piso: «es un hombre tan apuesto... Sabe cómo dirigir una ópera, ¿habéis visto que bien dirigió Madame Butterfly?». De su novio, como veréis, se olvidó rápidamente. Eso era que no lo quería tanto.

Las complicaciones empezaron a llegar en menos de doce meses. Pesé a que Alice ama las calles de París, siempre se pierde en ellas. Nunca llegó tarde a las clases ni suspendió ningún semestre eso es verdad, pero tuvo que esforzarse mucho para comprender un francés «tan técnico» (como solía decir ella).

Las complicaciones con sus compañeras de piso también empezaron a llegar y la vida tan sublime que tuvo ese año, tambaleó varias veces. Por suerte, nunca se cayó hasta el final.

Tras acabar las clases, se acabó también la beca. Y ahora tocaba la gran pregunta: ¿qué toca hacer ahora, volver o quedarme? Pero la respuesta no tardó mucho en llegar, en cuestión de unos días, ya tenía claro que se quería quedar.

Alice ama las calles de Paris aunque no las pueda diferenciar, la naturaleza, la forma de vida, las fiestas, las calles abarrotadas de gente... Todo le parece tan natural en Francia, que volver a la aburrida vida de Lanzarote sería casi como un sacrilegio para ella.

En junio terminó los exámenes y empezó a enviar currículos a todas las empresas con el fin de ser contratada. A veces, también se presentó en las empresas ella misma para ver si había más suerte. Sin embargo, junio fue una comedura de uñas en la que no hubo suerte.

Entrando en julio, se quedó sin el dinero que le quedaba de la beca y los

gastos del piso no eran baratos. Sus padres le enviaron algo de dinero y ella, le pidió a una amiga suya si se podía quedar en su casa hasta que encontrase trabajo.

Su amiga aceptó. Su amiga no vivía sola toda la semana, los fines de semana venía su novio que trabajaba en Lyon como revisor en la estación de trenes. Con el dinero que le daban sus padres, podía pagarse la comida para no abusar de confianza.

Julio fue, también, otro tiempo en el que le tocó comerse mucho las uñas. Por más que mandaba currículos, nadie la llamaba. Por más que se presentaba en las empresas, nadie le decía nada más que: «ya te llamaremos». Y cuando el mes empezaba a acabar, su amiga decidió irse a vivir con su novio y dejar la casa en la que vivía. A Alice, no le sentó bien, pero lo tuvo que aceptar.

Y así, nos vamos encaminando hasta Notre Dame. Cuando su amiga se fue, ella se quedó hasta que el casero le dijo que ya no podía alojarse más si no pagaba. El dinero no le llegaba para pagar el alquiler y el mes se iba acabando... Así que, se olvidó de sus estudios de cuatro años y salió a la calle a buscar trabajo.

Se presentó en varios restaurantes cutres, en los que creía que tendría más posibilidades y, en uno lujoso que le pillaba de camino a casa, el Femme Rouge. La sensación al principio de dejar allí el currículo era, sin lugar a dudas, de que no la iban a coger. Pero, el hombre que la atendió había sido simpático y había charlado un poco con ella. Y le dijo que, expresamente, le iba a dar su currículo al director. Eso era más de lo que podía pedir.

Después del día agotador, se fue a Notre Dame. Entenderéis ahora el porqué de su desesperación: no le decía nada a sus padres de su situación económica para no preocuparlos y sus amigos, como todos los amigos en esta situación, se veían escasos de dinero para prestarlo.

La catedral de Notre Dame siempre la relajaba, a veces miraba a las gárgolas a los ojos y les decía, con el pensamiento: «tú y yo somos la bella y la bestia, pero a su vez, somos singulares e inimitables. Hoy en día, ya casi no queda gente como nosotros. Ya nadie siente como lo hacemos nosotros, querida Notre Dame...».

Pero hoy, los pensamientos que tenía en mente no eran más que atormentadores

y en su fuero interno, debatía si debía o no llamar a sus padres y preocuparlos con su situación.

De repente, sonó el teléfono. Miró y vio un número desconocido.

—¿Diga?— respondió Alice.

—Buenas tardes, quería hablar con la señora Alice Delacroix. ¿Es usted?— le dijo una fuerte voz masculina que remarcaba las r a más no poder.

—Sí señor, soy yo. ¿De dónde me llama?

—Mi nombre es Alexander, la llamo desde el restaurante Femme Rouge. Me gustaría citarla para una entrevista de trabajo.

Capítulo dos: Femme Rouge.

Al oír aquello, a Alice se le abrieron las puertas del cielo. Después de estar dos meses buscando trabajo, ¡al fin había encontrado una oportunidad! Tenía más que claro que no la iba a desperdiciar. Daría todo lo que le fuese posible con tal de que no se le escapara esta posibilidad y poder así mantenerse para mejorar su situación. Cuando las cosas se complican, solemos agarrarnos a cualquier cosa con tal de no hundirnos.

En el momento que la llamó, eran las tres de la tarde. La entrevista tendría lugar a las cinco de la tarde. Sin ir más lejos, Alice empezó su camino de vuelta a casa para prepararse para la entrevista. Pero las calles, abarrotadas por un lado y vacías por otro, no se lo pusieron muy fácil.

Tardó unos treinta minutos en volver al apartamento. Se duchó, se planchó el pelo, se maquilló, buscó la ropa adecuada, se la puso, cogió la carpeta con los títulos que tenía, abrió la puerta para salir, sacó un pie y lo volvió a meter. Había olvidado las llaves.

Cogió las llaves, volvió a abrir la puerta y volvió a sacar un pie que metió al segundo. Ahora se había olvidado el bolso. Cogió el bolso, metió las llaves adentro de él, miró dentro de él y vio que lo tenía todo. Ahora sí, salió del apartamento.

Al cerrar la puerta, Alice no escuchó un «¡pum!» como era habitual. Escuchó lo siguiente: «cálmate, no te pongas nerviosa o se te va a notar. Es mi primera entrevista después de Erasmus, es mi primera y única oportunidad que tengo... ¡Ay, dependo tanto de esta oportunidad! Mejor no pienses en nada, vamos a escuchar música». Miró el bolso y nada, que no hay suerte, los auriculares estaban en casa.

Cuando se puso la música se tranquilizó bastante más. Ahora tocaba buscar cómo llegar al restaurante. Al parecerle todas las calles iguales y no sabiendo distinguir las entre ellas, tenía un buen rato de búsqueda. Pero no podía tardar mucho. Sólo le quedaban veinte minutos para encontrar el restaurante.

A los cinco minutos de dar vueltas, empezó a preguntar a la gente de por allí. Tras hablar con varias personas que no conocían el restaurante, un hombre le dio indicaciones. Y tras dar las gracias, salió disparada para allí.

«Ahora por esta calle... El señor dijo que había un stop por aquí. Vale, ahí está. Ahora a la derecha. Me meto por este callejón de la izquierda y salgo por aquí... Ahora voy recto hasta la segunda esquina y giro a la derecha... Vale, bien. Ahora estoy más perdida. Voy a preguntar», pensaba Alice.

—Disculpe... Señora...— le dijo Alice casi sin aliento a una señora que pasaba por allí—. ¿Sabe... Usted... Dónde... Está... El... Femme... Rouge... Por... Favor...?

La señora la miró como quien mira a un loco. Puso una de esas caras que mueven el cuerpo del sujeto para atrás, casi de sorpresa. Le señaló con el dedo la esquina de la calle contraria y empezó a andar como si no hubiera mañana. Alice miró hacia allí y vio un cartel luminoso y grande que ponía «Femme Rouge». ¡Mira el reloj Alice, que ya son y diez!

Alice fue para allí lo más rápido que le permitían sus pies. En el camino, se fue quitando los auriculares y los guardó en el móvil. Al llegar a la puerta, antes de entrar, recobró el aliento para que no volviese nadie a llevarse una mala impresión de ella. Entró y le dijo al metre:

—Buenas tardes, señor. Venía porque tengo una entrevista de trabajo.

—Muy bien señora, dígame su nombre por favor— le dijo el metre muy seriamente.

—Alice, Alice Delacroix. Tenía una cita a las cinco en punto.

—Llega diez minutos tarde... Acompáñeme, la están esperando.

Alice siguió al metre por el pasillo. El restaurante era grande, desde el recibidor ya se podía ver la amplia sala del comedor. Las mesas y las sillas del comedor eran de caoba, las ventanas tenían cortinas que alternaban sus colores en azul y rojo según la ventana, había una alfombra roja que recogía a los visitantes desde el recibidor y los llevaba hasta su mesa, pero la alfombra roja también seguía recto desde el recibidor hasta otra habitación.

Alice y el metre fueron por ahí. La puerta era negra, totalmente diferenciable porque las paredes eran de color ocre. El metre tocó la puerta y le dijo a Alice que esperase. El metre entró por la puerta y salió a los pocos minutos. Tal vez fueron uno o dos minutos, pero a Alice le pareció una eternidad. Sentía como le temblaban las piernas, casi le costaba estar de pie. También le temblaban

las manos de una forma más leve. El metre volvió y le hizo una seña para que lo siguiera.

Al entrar, se encontró con un pasillo en el cual las paredes presentaban humedades y manchas varias. No sería de extrañar si se llegase a encontrar a una rata o una cucaracha pululando por ahí, tenía toda la pinta de ser el lugar indicado para ellas.

En el pasillo había varias puertas y de una de las puertas del fondo, llegaba un leve olor a comida. Alice y el metre caminaron hasta una puerta que estaba abierta. Adentro, había un despacho y en una silla tras un escritorio, había un hombre sentado junto a un montón de papeles a un lado.

El hombre era alto, la camisa que llevaba le marcaba los músculos exponiéndolos tal y cómo son, tenía el pelo rubio, ojos azules y se notaba que tenía unos cuarenta años como mucho. Todo el mundo cuando lo ve por primera vez, se fija en una cosa de este señor, en las orejas que tiene. Desde lejos, parecen puntiagudas pero de cerca no lo parecen tanto.

—Señor, esta es Alice— le dijo el metre.

—Muy bien François. Puedes retirarte. Pasa Alice.

Alice entró y el metre cerró la puerta cuando entraba en la habitación.

—Encantada de conocerle señor, me llamo Alice Delacroix— le dijo ella mientras le estiraba la mano para estrechársela.

—Encantado de conocerla Alice, me llamo Alexander Sokolov – le respondió él mientras se estrechaban la mano—. Siéntese por favor.

—Gracias, señor. Encantada de conocerle.

—Por favor, llámeme Alexander y no señor. Le seré franco, este retraso no da buena imagen de usted y como se podrá imaginar, hoy en día nos llegan muchos licenciados en busca de trabajo. Y para colmo, ninguno ha estudiado ninguna carrera que tenga que ver con nuestro oficio. No se ofenda, pero según veo en su currículum...— Alexander revisó una montaña de papeles que tenía al lado de él y sacó una hoja de él—. Sí, aquí está. ¿Ve? Usted está licenciada en turismo. Dígame, ¿por qué debo contratarla?

—Verá señor Alexander, no le puedo negar que mi profesión no está ligada

estrictamente al oficio que desempeñáis aquí, pero verá...— en este momento, a Alice se le olvidaron las palabras y se quedó con la boca abierta por unos segundos.

—Por favor, beba agua—le dijo Alexander dándole un vaso y señalando una máquina de agua que estaba a espaldas de Alice—. No se ponga nerviosa, veamos. ¿He sido demasiado duro o es esta su primera entrevista de trabajo? Veo que no tiene vida laboral.

—Gracias, señor—le dijo Alice al coger el vaso y levantarse para servirse agua—. Usted no ha sido duro, pero sí, es mi primera entrevista de trabajo. Por favor, no tenga en cuenta mi comportamiento tan inoportuno.

—Está bien, no se lo tendré en cuenta en la magnitud que lo suelo hacer normalmente. Pero debe entender, que este restaurante ha recibido excelentes críticas y somos de lo más reconocido en el lugar. Proceda a decirme por qué debo contratarla.

—Está bien— dijo Alice mientras se volvía a sentar, tras esto, tomo un aire—. Como usted sabrá, París es una ciudad que recibe una cantidad considerable de turistas al año.

> Como también sabrá, dos de los tres idiomas más hablados del mundo son el inglés y el español. Como podrá ver en mi currículum, he nacido en España y soy nativa de esta lengua. El inglés me lo han impartido desde que era pequeña en el colegio, por lo que tengo un nivel decente en él. Por lo tanto... <

—Comprendo lo que dice— le dijo Alexander sin dejarla terminar—, y debo darle la razón con que esas dos lenguas son muy importantes en nuestros días, y sobretodo en esta ciudad. Pero, ¿cree usted que los otros camareros no saben hablar esas lenguas? ¿A qué puesto aspira usted, señora Delacroix?

—Señor, si no pudiera ser camarera, estaría encantada de ocupar el puesto que usted me asigne. Los trabajos de la limpieza son trabajos que nadie quiere hacer, pero yo estaría encantada si pudiera tener una oportunidad así.

—Comprendo. La crisis financiera se hace notar en todas las edades por lo que veo. ¿Es eso?

—¿Puede serle sincera señor Alexander?

—Por favor.

—Mi padre es francés y desde pequeña, él me ha enseñado tanto la lengua como la cultura francesa. Cuando era verano, me obligaba a leer libros de Émile Zola, me decía que son fantásticos pero yo no los podía soportar...

> Con el tiempo, les acabé cogiendo cariño. Y como esto, hay un montón de ejemplos más. He cumplido mi sueño al ver las tierras que han recogido la grandeza de Juana de Arco en la edad media y también, La Bastilla, lugar donde empezó la revolución francesa y que cambió el curso de la historia.

Amo esta tierra más que mi propia tierra. Sólo llevo un año viviendo aquí, pero siento que aquí es a donde pertenezco. Por desgracia, si no consigo este trabajo deberé irme y buscar trabajo en España. Estaré cerca de mi familia y tal vez llegué a trabajar para lo que estudie, pero señor, no sería yo misma porque sabría que ese no es el lugar al que pertenezco. <

—Entiendo...—dijo Alexander que en ese momento tenía un dedo tapándole la boca. Había fruncido el ceño y toda su cara se había puesto pensativa—. Está bien. La comprendo muy bien. Además, nos hace falta una persona que se encargue de la limpieza. Desde que Pierre se ha ido, no hemos encontrado a nadie que sepa limpiar como lo hacía él.

—Alexander, le juro que me esforzaré tanto como pueda para dejarlo todo reluciente.

—Su contrato será de pruebas, no lo olvidé. Pondré mis expectativas en usted. Si realiza la función correctamente y puedo sentirme orgulloso de usted, negociaremos un nuevo contrato temporal. Cobrará el salario mínimo y deberá trabajar durante diez horas. ¿Está lista para empezar?

—Sí señor, estoy lista ahora mismo. Se lo agradezco mucho señor por esta oportunidad, es usted muy amable. De verdad señor...

—No hace falta que me alagué usted, ya tiene el trabajo. Firme aquí— le dijo Alexander entregándole una hoja y un bolígrafo—. Voy a buscar a François mientras usted firma las hojas. Él le dará las indicaciones pertinentes para que pueda empezar.

—Muchas gracias señor, le prometo que daré todo lo necesario para que usted

no se arrepienta y poder demostrarle cuán orgullosa estoy de poder pertenecer a este magnífico lugar.

Alexander dejó entrever una sonrisa, como diciendo: «¿qué sabrás tú, si nunca has comido aquí y ni siquiera sabes quiénes somos?».

Luego se fue y cuando cerró la puerta detrás de él, Alice soltó un «¡al fin, sí!» en voz baja y con una sonrisa de oreja a oreja, empezó a firmar el contrato que tenía delante. Ahora tenía trabajo, diez horas para ganar una miseria, ¡menuda oportunidad! El empresario siempre se satisface de los inexpertos para mantener la posición prestigiosa de su negocio.

Capítulo tres: Las cosas van bien, o no.

Cuando volvió Alexander con François, Alice ya había firmado todos los papeles. Alexander entró y se sentó en su sitio, luego le dijo:

—Vaya con él, le explicará que debe hacer. Bienvenida al equipo Alice.

Alice se levantó y fue con él tras despedirse de Alexander. Él cogió un par de papeles y lo dejaron leyéndolos y firmando algunas cosas. Alice y el metre salieron nuevamente al pasillo. Ahora, Alice pensaba: «vaya, como me manden a limpiar el pasillo sí que voy a tener trabajo para un buen rato...».

Se metieron en la habitación del fondo, en la cocina. La cocina tenía dos grandes mesas donde preparaban la comida, las mesas tenían todo lo necesario para cocinar tanto delicados platos para paladares exquisitos como platos poco sofisticados.

En las paredes, estaban los hornos, las neveras y todo lo que se tuviera que conectar a la corriente. Al fondo de la habitación, había una puerta que llevaba a una pequeña habitación. El metre y Alice fueron para allí.

Por el camino, los cocineros la miraban. No había una gran cantidad, eran sólo cinco. Pero aun así, Alice se sintió un poco intimidada. Al entrar en la puerta del fondo, Alice vio una gran montaña de platos que debían ser lavados enfrente de un grifo, jabón y una pequeña esponja.

—Muy bien señora Delacroix— le dijo el metre—. Ahí tiene un delantal y guantes. Cuando limpie los platos los coloca por tamaños en esta otra mesa de aquí.

> Cuando termine, espere a que vengan más platos. Dentro de media hora empezarán a llegar los clientes y deberá volver a lavar. Cuando vuelva, le diré sus otras funciones. Mientras tanto, cíñase a lo que le he dicho. ¿Ha quedado claro, señora Alice? <

Alice movió la cabeza diciendo que sí, mientras, su cerebro pensaba: «cuatro años estudiando para esto... Para mover una esponja y limpiar lo que ensucian los demás... ¡Ay! Aún no le he comentado que he encontrado trabajo a mis padres».

Cuando François se fue, Alice empezó a limpiar los platos. Algunos tenían comida pegada, otros tenían algún líquido que la amenazaba con ensuciarla y otros estaban prácticamente limpios. Mientras ella iba limpiando, escuchaba a los cocineros hablar sobre los platos que iban preparando.

Alice se fijó en que había uno al que nada le parecía estar bien. Siempre criticaba todo y casi despreciaba su trabajo por lo que decía. Al rato de estar lavando los platos, uno de los cocineros entró en su habitación:

—Buenas tardes, me llamo Fabien—le dijo el chico.

—Encantada, yo soy Alice— respondió ella mientras se daban la mano.

—Mira, para que nos vayas conociendo. ¿Ves aquel de la esquina de allí? Ese es Jean, es un tipo con ideas muy originales. Suele hacer platos con sabores muy extravagantes. El que está al lado es su ayudante, Eddie, es un poco patoso pero tiene buen corazón. ¿Ves aquel señor con bigote de allí? Ese es...

—¡Fabien, déjate de gandulear! Cada vez que viene alguien tienes que presentarnos, ¿qué te crees que es esto? ¿Los premios nobel?— le dijo el señor con bigote a Fabien-. Déjate de tonterías y vuelve aquí, tenemos otro pedido.

—Bueno André, sólo intentaba ser amable con la chica. ¿Por qué siempre estás de ese humor? ¿Qué impresión va a tener ella de nosotros ahora?

—Oh, Fabien, no te preocupes...— intentó de decir Alice antes de que André volviera a saltar.

—¿Qué más da su impresión si en dos días va a estar despedida? ¡Vuelve aquí, so gandul!

Y Fabien miró a Alice como diciendo: «lo siento, yo soy sólo un ayudante», y volvió a su puesto de trabajo. Cuando Fabien salió de la habitación, cerró la puerta y siguió haciendo su tarea. La montaña de platos, levemente porque eran montones, iba haciéndose más pequeña. Si bien las grandes montañas se pueden formar grano a grano, también se pueden deshacer del mismo modo.

La montaña bajó hasta que quedaron veinte platos más o menos, luego, fue subiendo. Los cocineros entraban en la habitación e iban cogiendo platos según necesitaban. Cuando los traía algún camarero de vuelta, ya estaban sucios por los cuatro costados.

Así pasaron varias horas hasta que se hicieron las nueve de la noche. Tras acabar con la tanda de platos que le quedaba y viendo que el ritmo había aminorado, Alice decidió tomarse un pequeño descanso para llamar a sus padres durante unos pocos minutos. Así que salió de la habitación y salió de la cocina para llamar desde el pasillo. Al llegar allí, se encontró con Alexander que también salía de su despacho.

—Hola Alice, ¿qué haces por aquí?— le preguntó un poco sorprendido.

—Oh señor, disculpe. Llevo trabajando desde hace tres horas y sólo salía un momento para llamar a mis padres y comentarle la noticia de que me habéis contratado. He dejado los últimos platos limpios y la tanda ha bajado considerablemente, espero que no le moleste por...

—Bueno, no te preocupes— la interrumpió él—. Por ser tu primer día te lo perdonamos. Pero no te acostumbres, ¿vale?

—Gracias por entenderlo señor, no volverá a ocurrir.

—Llámame Alexander, antes que ser tu jefe, soy persona— y ambos se rieron—. Nos vemos, Alice.

Alexander se fue del pasillo y Alice sacó su teléfono para llamar. Marcó el número y llamó. Sus padres en ese momento estaban comiendo.

—¿Hola?

—¡Hola, mamá! ¿Cómo estáis? ¡Tengo buenas noticias para daros!

—¿Qué ha ocurrido, hija?

—¡He encontrado trabajo, mamá!

Al principio, sus padres pensaron que había encontrado trabajo relacionado con lo que había estudiado, pero se sorprendieron cuando les dijo que era en un restaurante. En el momento de la conversación, Alexander volvió y se metió en su despacho, pero dejó la puerta abierta.

Habiéndose percatado de ello o no, Alice sólo dijo buenas palabras del lugar. Les dijo que se encontraba muy bien en este lugar y que la estaban tratando muy bien. Luego se pusieron a hablar de otras cosas más personales. Al colgar el teléfono, Alice se dio la vuelta para irse de nuevo a su cuarto, pero

apareció Alexander.

—Oye, Alice— la llamó—. ¿Piensas de verdad eso que has dicho del lugar?

—¡Por supuesto, señor! ¿Cómo no?

—Se te veía muy... Sentimental. ¿Hablabas de verdad con tus padres o con algún amigo?

—Con mis padres, señor... ¿Con quién si no?

—¡Oh, perdona el pequeño interrogatorio! No se quita esa manía de llamarme señor por lo que veo.

—Me educaron para ser una persona educada, discúlpeme. No lo hago de forma consciente. Me sale solo.

—Ya veo. Y dime, dentro de una hora ya vamos a cerrar. ¿Te gustaría que fuéramos a cenar? Conozco un restaurante muy bueno.

—Oh, señor... Alexander, perdón. No sé si debería ya que...

—Sin presión, Alice. De esa forma, igual acabarías llamándome por mi nombre de forma consciente y no te saldría sola la palabra «señor».

—Está bien... ¿Podría antes pasar por mi casa para arreglarme un poco?

—Yo salgo dentro de media hora. A esa hora te llamaré y te llevo a tu casa.

—Vale, muchas gracias señ... Alexander.

Alice, un poco nerviosa por el atrevimiento que había tenido su jefe, se fue de nuevo a su habitación. Cuando llegó, vio que la montaña aún era muy pequeña y se puso con ella para terminar cuanto antes. A los pocos minutos, apareció uno de los cocineros en la habitación. Quedaban sólo dos, uno del que no recordaba el nombre y éste, él único al que no le habían presentado.

—Hola, Alice. No nos han presentado, me llamo Oleg, encantado— le dijo el chico y tras ello, se dieron dos besos—. Disculpa a André, hoy estaba malhumorado porque sus hijos sacaron malas notas.

—Se le veía muy enfadado sí... Encantada de conocerte Oleg.

—Lo mismo digo— dijo Oleg, mientras la empezó a mirar de arriba abajo—. Ya lo creo que sí...

—Y dime, ¿llevas mucho tiempo aquí?

—Ya lo creo yo que sí... ¡Eh, no! Perdona. Llevo trabajando aquí desde hace nueve meses. No es mucho tiempo, pero al menos, ya me han hecho un contrato fijo.

—¡Muy bien por ti, Oleg! Debes valer mucho para ello.

—Pues... ¿Qué te parece si te invitó esta noche a mi casa y te preparo algún plato para demostrártelo? ¿Qué comida te gusta?

—Oh, muy amable por tu parte Oleg pero esta noche estoy ocupada... Lo siento mucho.

—Bueno... Otro día será. Me voy que tengo que seguir con la faena. Si cambias de opinión, estaré por aquí.

A Alice no le sentó muy bien este nuevo atrevimiento. En cuanto salió a tomar un respiro, su propio jefe y un empleado se habían abalanzado sobre ella como presas en busca de comida. La idea la aterraba un poco. Pero más se aterró cuando cayó en la cuenta de que todos los trabajadores que había visto hasta entonces, eran hombres.

Había aceptado la invitación de su jefe para no buscarse un conflicto en el futuro con él. Ella no buscaba nada para esa noche, tenía pensado ir a comer con él y luego irse a su casa sin más oscilaciones. Ella tenía claro que no quería ninguna relación en ese momento. No porque fuera el jefe, tampoco la quería con Oleg ni con nadie. Se sentía muy bien estando sola.

Pero, ¿y Alexander? ¿Qué quería él? ¿Por qué le había pedido esa cita con un pretexto tan vago como aquel? ¿Qué buscaba realmente? Alice decidió no pensarlo mucho porque le entraban escalofríos casi. Se limitó a fregar hasta las nueve y media, que fue cuando vino Alexander y se fueron del lugar. Cuando se marchaban, Alice escuchó como Alexander decía:

—Oye, Oleg. Por favor, barré luego esta sala antes de irte.

—Pero señor, ¿eso no debería hacerlo Alice?

Y no dijeron nada más. Alexander se marchó con ella. Se ve que no le importaba mucho Oleg, porque no lo invitó a cenar para que no lo llamara

«señor». Por lo que, las dudas de Alice volvieron a surgir. «¿Qué está buscando Alexander en mí? Por favor, que esté casado y sólo quiera contratarme de niñera o algo así... Por favor... ¡Qué sino me verá en la calle!».

Capítulo cuatro: Sospechas.

Cuando salieron del restaurante, Alexander dejó a Alice en su casa y se fue. Se intercambiaron los números de teléfono en el coche con el pretexto de «llámame cuando hayas acabado». Es una técnica bastante hábil para conseguir el número de alguien sin que se dé cuenta.

Cuando Alice terminó de arreglarse, bajó al portal y para su sorpresa, Alexander ya estaba ahí. Cuando ella salía del portal, él salió del coche. Le abrió la puerta del coche y la cerró una vez que ella había entrado.

—Gracias, Alexander— le dijo Alice cuando Alexander volvió a entrar en el coche—. Pensé que estarías en tu casa, ¿no fuiste?

—Oh, ya volví— sentenció él suavemente—. Vamos, entonces.

Encendió el coche y se fueron. En el camino, hablaron de temas banales. En otros momentos, se quedaban simplemente callados. Había bastante tráfico esa noche, por lo que las conversaciones solían aparecer cuando el semáforo se ponía en rojo.

Normalmente, era Alexander quien empezaba las conversaciones. Alice sentía todavía un poco de vergüenza. Cuando llegaron al restaurante, ambos se bajaron del coche pero esta vez fue el aparcacoches el que le abrió la puerta. Alice se bajó y caminó, junto con Alexander, por el pasillo. Al llegar al metre, sospechosamente, Alexander dijo que tenía reserva y fueron con el metre hasta una mesa.

—Conozco al dueño, eso es todo— le dijo Alexander a Alice.

Se sentaron en la mesa y Alexander comenzó una nueva conversación. Alice, miraba lo grande que era el lugar. Las sillas eran de cristal y desde el cristal de la ventana, se veían todos los árboles oscuros del bosque de Bolougne. Vaya, sí que habían ido lejos...

—Y, dime, Alice. ¿Cómo te sientes viviendo tu sueño?— comenzó Alexander.

—Bueno... No me puedo quejar. Quiero decir...

—Te gusta estar aquí, es tu sitio, pero no es como lo habías soñado. ¿Es así?

—Exacto... ¿Cómo lo has adivinado?

—Oh, ahí viene el camarero... ¿Bebes vino? No te preocupes por los precios, conozco al dueño.

—¿Han decidido los señores que van a tomar?— dijo el camarero.

—Sí, tráigame un Rioja. Hoy vengo acompañado de una señorita española, como puede ver, debo hacerla sentir como en casa.

Alexander y el camarero se rieron.

—¿Han decidido los señores que van a comer?

—En un rato te llamamos.

—¿Cómo es eso de hacerme sentir como en casa?— dijo Alice cuando el camarero se marchaba—. Y no bebo vino, hace mucho que no bebo vino y no tengo muchas intenciones de hacerlo.

—Eh, tranquila. Estamos cenando como dos amigos. Aún no me has preguntado porque cierro mi restaurante tan temprano. ¿No tienes curiosidad?

—Eso no es lo que más me inquieta esta noche, pero no me dejes con la curiosidad.

—¿A caso yo te inquieto, Alice?— dijo Alexander suavemente—. Esto es una cena entre dos amigos, el trabajo aquí no tiene nada que ver. Pero, ¿has visto? Tienes curiosidad, tan preocupada no estarás... ¿No?

—Señores, traigo el vino— dijo el camarero. Luego dejó que ambos hicieran una breve cata y les sirvió dos vasos a cada uno. Dejó la botella y se fue.

— Y dime, Alice. Has vivido en el paraíso, en Lanzarote si no recuerdo mal.

— Así es— dijo Alice mientras bebía un poco más de vino.

— En donde nací, todos quieren ir a vivir a las islas Canarias. ¿No te sientes afortunada?

—¿No eres francés?

—Aún no he visto a ningún francés apellidado Sokolov. Sólo he visto a rusos con ese apellido.

—De Rusia... Ya veo...— y Alice volvió a empinar el codo.

—Todos nos conocen por el frío y el vodka. Espero que tú no seas una de esas...

—Bueno, también existe San Petersburgo y el museo del Hermitage. ¿No?— Alexander se rio al oír esto—. ¿Qué pasa? ¿No está ahí?

—¡Oh, no, no! No es por eso. Dejémoslo así. Es un paso. Deduzco que te gusta el arte, ¿puede ser?

—¿A ti no?

—No creo que exista ningún ruso al que no le guste el arte.

—¿Ah, sí? Eso suena bien. ¿Conoces a Rembrandt?

—Bueno, la última vez que lo vi estaba un poco loco, ya sabes cómo son estos artistas... Oh, ¿te referías a sus obras?— y ambos se echaron a reír—. Déjame que te vuelva a llenar el vaso. Con eso bastará. No me gusta mucho Rembrandt, ha sido un genio haciendo retratos pero para mí, no ha llegado a la calidad de John Constable.

—Gracias, pero no hacía que me llenarás el vaso. No creo que vaya a beber más. Con respecto a eso... Constable ha sido muy bueno, sí. Pero William Turner ocupará siempre el lugar de mejor pintor inglés.

—No lo creo, Turner fue demasiado oscuro. Contempló más la tristeza humana que la felicidad. No sé... No me convence.

—Oh, no. Todo lo contrario. La grandeza de Turner está en que supo retratar a la tristeza y a la felicidad de una forma tan bonita que no se había visto antes — por instinto, Alice volvió a coger el vaso para beber—. ¿Y dices que este vino es español? Oh, tengo que dejar de beber o acabaré poniéndome sentimental con estos temas del arte.

* * * *

Dos horas después, Alexander volvió a su casa.

—Jefe, Sokolov ha vuelto— dijo una voz.

—Mantente a la espera— le respondieron.

Alexander bajó del coche y abrió la puerta del copiloto, entonces, salió Alice. A pesar del vino, seguía consciente y podía caminar ella sola. En el camino, fueron hablando y riendo hasta que entraron en el portal.

—Señor, Sokolov está acompañado. Repito, hay una persona que podría ser testigo.

—¿Un testigo? ¡Vamos, joder! Si Sokolov no se lleva con nadie aquí. ¿Es una prostituta de algún club barato?

—No, señor. No la había visto antes, al menos no en ninguno de los locales que suelo frecuentar yo.

—Mierda, quédate en el coche hasta que se vaya. Debe de ser algún trámite rápido.

Entonces, el coche tapado por la oscuridad y de dónde provenía esta conversación, abrió una de las ventanas y empezó a salir humo de un cigarrillo. El cigarrillo se mezcló entre las oscuridades y las tinieblas del callejón donde estaba oculto. Y aunque nadie pudiera verlo, aquella persona sonrió en medio de las tenebrosas sombras que lo rodeaban.

La cena en el restaurante no había ido mal. Comieron, bebieron y cuando a Alice le empezó a subir el vino a la cabeza, rieron y se divirtieron. La noche pasó rápido. En poco tiempo, Alice perdió la vergüenza y empezó a hablar con Alexander como si fuera un amigo. Él le habló mucho sobre Rusia y sobre el restaurante.

Le contó cosas sobre todos los trabajadores, ya que, básicamente todos los trabajadores habían hecho grandes desastres en alguna ocasión. Le contó que había camareras y Alice se dio cuenta que no era la única mujer del recinto.

Cuando Alice tenía el vino más subido a la cabeza, Alexander le dijo que había querido cenar con ella por las formas con las que había hablado con sus padres. «Hoy en día, ya no hay casi personas que quieran a su familia como lo has demostrado tú en una sola llamada. A mí, la familia me parece lo más importante. La familia es lo primero», le había dicho él.

Tras la cena, Alexander la invitó a ir a su casa a tomar la última y ella, aceptó encantada.

Y se ve que la última copa remató a Alice. A los pocos minutos de estar en la

casa de Alexander, cuando Alice ya empezaba a dejar de ser consciente de sus actos, él la besó tan apasionadamente que ella hasta suspiró cuando se separaron. Pero el suspiró no duró mucho, ya que la pasión se empezó a soltar y las ropas empezaron a caer mientras los cuerpos corrían a la habitación dándose besos.

A la mañana siguiente, Alice despertó con dolor de cabeza. Tocó sus sabanas y no notó las sabanas de siempre... Tocó la almohada y no recordó esa tela. Luego, abrió los ojos y no recordó esa habitación. Miró a su lado y vio a Alexander durmiendo. «Por favor, que tenga la ropa y no haya pasado nada... Por favor...», pensó Alice. Levantó las sábanas y se le puso la cara pálida. «¿Qué he hecho? He caído en las garras de un lunático...», pensó.

Capítulo cinco: El día de después.

Alice se levantó, tenía un dolor de cabeza terrible debido a la resaca. Salió de la cama y se empezó a vestir despacio para no hacer ruido. Se puso el sujetador y la camisa. También encontró el cinturón en la habitación, pero al cogerlo, se cayó y la acabó traicionando con su ruido al estamparse contra el suelo.

—¿A dónde vas sin despedirte, Alice? —dijo Alexander mientras se iba despertando.

—Oh... Pensé que estabas durmiendo... Yo... Iba a desayunar... ¿Te preparo algo?

Alexander no respondió, tal vez no la había escuchado, tal vez se había vuelto a dormir. De todas formas, Alice salió de la habitación y empezó a buscar su ropa por la casa. Fue recogiendo lo que fue encontrado, sus pantalones que estaban por allí, sus zapatos que estaban por aquí, su ropa interior que estaba... ¿Dónde estaba?

Se puso toda la ropa que encontró, luego, cayó rendida en el sofá. La resaca se volvió a hacer notar de una forma mucho más intensa. Con una mano en la cabeza, Alice pensaba en el dolor de cabeza que tenía cuando de repente, le vinieron ganas de vomitar... Corrió por uno de los pasillos y llegó a uno de los baños.

Ahí, empezó a reaccionar más. ¿En dónde se había metido? La casa de Alexander parecía ser enorme. Los suelos eran de madera, las puertas no tenían ni un rasguño, había algunos jarrones y cuadros en los pasillos... Era una casa muy señorial. Pero la casa no era tan grande como Alice pensaba, aun así, era bastante grande.

Poco tiempo después de estar Alice en el baño, salió y se encontró con Alexander. Éste le hizo un gesto para que la siguiera y fueron hasta la cocina. Allí, había una mesa grande con dos platos de comida recién hechos. Se sentaron y empezaron a comer. En un abrir y cerrar de ojos, Alice se había bebido el zumo de naranja y se había comido los huevos fritos que le había preparado Alexander.

—¿Y bien? ¿Te acuerdas de algo de lo que paso anoche?— le dijo Alexander.

—No... Pero me lo imagino...— respondió Alice a media voz.

—Entonces, dime. ¿Cuáles son tus intenciones?

—¿Intenciones?— dijo Alice sorprendida—. No te ofendas Alexander. Lo de ayer fue un error... Tú eres mi jefe y eres mucho más mayor que yo. ¿Qué pintaríamos tú y...?

—No sigas. No hace falta. ¿De verdad que crees eso? Después de la noche de ayer donde conectamos tan bien, hoy vuelves a ser como antes de beber. ¿Por qué te pones antipática?

—¡Yo no soy antipática!— intentó regañar Alice, pero se llevó una mano a la cabeza debido al dolor de cabeza y se calló.

—Alice, ayer, entre vaso y vaso me contaste casi toda tu vida. Tu padre es francés, tú amas Francia, amas a tu familia... Amas todo lo que te gusta y te da confort. Yo no te pido que me ames, sólo te pido que tengamos una relación y poco a poco, vayamos viendo lo que va pasando. Sin compromisos. Pero temo que tienes miedo a perder tu puesto de trabajo si nuestra relación sale mal. ¿Es eso así?

Alice abrió la boca, pero no le dio tiempo a decir ni una palabra

— Si nuestra relación sale mal— continuó el ruso—, yo te encuentro otro trabajo. Llevo años viviendo aquí, conozco mucha gente y tengo muchos contactos. Te podría incluso encontrar un trabajo de lo que has estudiado si nuestra relación sale mal, y si sale bien, también. ¿Qué me dices a eso?

—Alexander... Nosotros somos muy diferentes. Tú tienes tu vida y yo intento hacer la mía. Saliese bien o no, tenemos edades muy diferentes. Yo no sería capaz de comprenderte y tú a mí tampoco... Duraríamos muy poco. Además, casi ni nos conocemos.

—Bueno, tú de mí tal vez no te acuerdes de nada pero todo lo que me contaste ayer, lo guardo aquí —y Alexander señaló su cabeza—. Tú lo tienes todo en tu vida, tan sólo te falta un hombre que te quiera. Yo no busco una relación corta contigo, Alice.

—No sé Alexander... Es que...

—Si quieres poner excusas para que las cosas salgan mal, saldrán mal. Pero si te propones que las cosas salgan bien, saldrán bien.

—Pero es que...

—Te veo confusa. Hagamos una cosa, yo me voy a trabajar ahora que tengo que abrir el restaurante. Tú hoy tienes el día libre para descansar. Recupera fuerzas y cuando vuelva, te llevaré a tu casa. En la nevera tienes comida de sobra para que recuperes fuerzas. Acuéstate en el sofá y descansa.

Acto seguido, Alexander se levantó. Le dio dos besos a Alice en las mejillas y se fue. Cuando se cerró la puerta, Alice bebió algunos vasos más de zumo de naranja y se acostó en el sofá. El dolor de cabeza no la dejaba pensar con claridad, así que cerró los ojos y se fue relajando hasta que se durmió. Al despertarse, Alexander aún no había llegado. Se levantó para ir al baño y luego bebió otro vaso de zumo. Se sentó en el sofá y encendió la televisión que había allí. Cuando se hubo despertado del todo, empezó a dialogar con su Alice interna:

«Veamos... ¿Qué puedes hacer ahora Alice? Esta vez sí que la has hecho buena. Bebí demasiado anoche y hoy no sólo se me cae la cabeza del dolor, sino también la vergüenza. Con mi propio jefe... Encima el primer día. Si me acordará de algo de lo que paso anoche... Bueno, no, mejor así.

»Alexander parece un buen chico y tiene dinero, de eso no me cabe duda. Menuda casa que tiene. Además, ha sido muy caballeroso conmigo cuando tenía que serlo. Eso ya es más de lo que se puede pedir hoy en día. No había visto a nadie que fuera como es él. En el trabajo es profesional como el que más y fuera del trabajo, me ha tratado como a una princesa. Eso está bien, ya lo creo yo que sí.

»Pero, ¿por qué no me dijo que parará de beber cuando empecé a beber demasiado? ¿Por qué decidió invitarme a cenar el primer día? ¿Qué querrá de mí? Y lo más importante, Alice, ¿por qué me iría a seleccionar a mí si con el dinero que tiene podría conseguir a alguien mucho mejor? Quién sabe lo que estará tramando este hombre, mejor dormiré otro rato y al despertarme lo veré todo más claro.»

Cuando Alice se despertó, no lo veía todo más claro. Alexander volvió al poco tiempo. Alice le preguntó si había ido al restaurante pero éste respondió

que no. Que de mañana no abrían. ¿A dónde había ido entonces?

El misterio quedó en el aire. Almorzaron y luego Alexander la llevó a su casa. De noche, cuando ya se sentía mejor, Alice volvió a reflexionar y acabó por deducir que ese hombre le inspiraba cierta confianza y tranquilidad que ningún otro hombre le había dado antes. Por lo tanto, debería de ser capaz de mantener la relación. Sin olvidar, por supuesto, que tal vez él sólo buscase algo siniestro y macabro que podría dejarla sin vida.

Aun así, la atracción fue tal y la duda la roía tanto, que decidió iniciar una relación con él. Si él buscaba algo malo, ella tenía pensado huir antes de que le pasara algo malo. Pero de lo perverso uno no puede huir tan fácilmente.

Capítulo seis: Las cosas no son como parecen ser.

Alice fue a su trabajo al día siguiente. En el mes que transcurrió, fue un poco extraño para ella. Se tenía que acostumbrar a trabajar y a su vez, a tener una relación con alguien tan misterioso como lo es Alexander.

Volvieron a salir a cenar varias veces, pero en estas ocasiones, Alice no llegó a emborracharse. Se controló todo lo que pudo y más. De esa forma, se ahorró las mañanas del día siguiente en casa de Alexander. Por supuesto, las cenas fueron sólo cenas y no se alargaron en la casa de ninguno de los dos.

Por otro lado, en el trabajo le iba muy bien. Había conseguido consolidar las relaciones con sus compañeros. No había llegado a establecer una amistad con ellos, pero sí cierta confianza que la hacía sentirse bien. Incluso con André, el que siempre estaba enfadado.

Había días en los que no se enfadaba tanto. Había otros en los que se enfadaba más de la cuenta, casi como compensación por los días en los que estaba tranquilo.

De todos los cocineros, con el que más estrecho amistad fue con Oleg. Alexander lo tenía muy puteado a decir verdad. Cuando algo se rompía, Alexander miraba a Oleg el primero. Cuando faltaba algo por limpiar y Alice no podía ir, Oleg debía encargarse. Si una comida llegaba tarde y Alexander se enteraba, Oleg se escondía porque sabía que le echarían la culpa. Bajo el criterio de Alice, esto estaba injustificado.

Alice se había fijado en lo que hacía y lo que no hacía Oleg. Y su conclusión era que él era un buen chico. Cumplía con su trabajo, era muy agradable con todos, solía hacer reír a la gente... Y además, también era ruso como Alexander. Ambos se habían conocido aquí, cuando Oleg vino a por la vacante de cocinero, según le contó Oleg.

A los pocos días, ya lo tenía entre ceja y ceja. Pero dejando esto de lado, debo recordar que Oleg le pidió a Alice una cita y ella la rechazó. En el mes que estamos tratando, Oleg volvió a pedirle a Alice más citas y ella no aceptó ninguna.

Oleg le inspiraba más confianza y se reía más con él. Pero a Oleg no le

rodeaba el misterio como a Alexander, ni lo veía tan gentil como a Alexander. Y lo más importante, su trabajo dependía de Alexander. Dijese él lo que dijese. Alice ya se había acostumbrado a estar en el restaurante.

Cabe destacar que François, desde que se enteró de la relación entre Alexander y Alice, empezó a tratar a Alice mucho más cortésmente. Cuando ella iba a trabajar, siempre le preguntaba cómo se encontraba y cómo había pasado la noche anterior.

Y el trabajo, en sí mismo, también se vio afectado por la relación con Alexander. Las diez horas se redujeron a siete y el trabajo pasó a ser indefinido. En tan sólo un mes ya había cambiado todo eso. Se le subió el salario, debía trabajar tres horas menos y el contrato ya no era de pruebas.

«¿Qué clase de trampa es esta? Todo parece ir bien», pensó Alice.

Las cosas son así, nunca nos fiamos de los golpes de suerte. Pero la trampa no estaba en su contrato ni en Alexander. La trampa estaba más allá. Escondida en las calles de París. Camuflada entre la gente.

Es una de esas trampas que por más que quieras ver, no puedes hacerlo si no sabes cómo es la trampa o qué aspecto tiene. Cosa que Alice no sabía, Alexander lo intuía pero no llegó a definirla. Sin embargo, Alexander no temía que esa trampa pudiera entorpecer la relación que él tenía con Alice. Pensó que simplemente no se fijarían en ella. Se equivocaba.

* * * *

En uno de los edificios de París, en una calle llena de ratas y suciedad, había un edificio con la luz encendida a las tres de la mañana. Mientras casi todo París dormía, todos los que estaban en esa casa estaban despiertos. Exactamente, eran cuatro hombres que vestían ropas elegantes para lucirlas en los peores barrios. Frente a una mesa, los cuatro hombres jugaban a las cartas mientras charlaban.

—Y te lo vuelvo a repetir, ¡me cago en diez, créeme!— dijo uno de los hombres—. Alexander tiene algo con esa mujer. Nunca antes había llevado a cenar tantas veces a la misma chica sin llevarla a su casa.

—Joder tío, ya vuelves a salir con tus mierdas del Titanic y todos esos rollos. Esto de descargar películas de internet te está matando, ¿eh?— le respondió otros de los hombres.

—Tíos, ¿pero no lo veis? En verdad él tiene razón. Raptamos a la chica, esperamos a que Alexander venga y nos lo cargamos. ¡Es fácil!— respondió una tercera voz.

—No te hagas ilusiones, pedazo de idiota— le respondió una cuarta voz—. Estamos hablando de Alexander, el mismo que tuvo que huir de Rusia porque dicen que había dejado demasiados hijos sin padre.

> El mismo del que dicen que una noche se acostó con cuatro mujeres a la vez y luego se fue a un bar de estriptis. ¿Cómo se va a estar enamorando? ¡No seáis palurdos! Es un anzuelo. Si picamos, estamos jodidos. ¿Entendido? <

—Entendido— respondieron los tres a la vez.

—Así que dejadla en paz. Tú— dijo enfocando la mirada en uno de ellos—, seguirás espiándole, sin violencia y con precaución. ¿Me escuchas? Estamos investigándolo para conocer su punto débil e ir a por él por ahí. Nada de matarlo o tendremos a la policía enchironándonos al otro día. Si te ve, haz que hablas por teléfono y sal de ahí. ¿Me has oído jodido inútil?

—Sí, señor. Alto y claro.

Tras esto, la conversación cogió otras rutas y este tema se aplazó para otras noches. Los cuatro hombres, sentados en las sillas y jugando a las cartas, se pasaron toda la noche bebiendo whisky hasta que no pudieron más.

Por suerte, esta noche no se habían traído las pistolas a la habitación y no tuvieron que lamentar heridos o muertes por culpa de la bebida, como ya les había pasado otras veces. Eso de encubrir las muertes como desapariciones se les daba bien, pero todo tiene un punto que no se debe sobrepasar.

Capítulo siete: Cuestión de honor.

Tras ese mes, llegó un día en el que Alice y Alexander volvieron a quedar para cenar. Con la diferencia de que esta noche, Alice sí quería acabar en casa de alguno de los dos. Así que, esta noche le tocó beber un poco más de la cuenta a Alice. Y para su sorpresa, Alexander también lo hizo. Tal vez como un acto de sinceridad hacia ella, tal vez porque tenía ganas de emborracharse.

Tras la cena, fueron a la casa de Alexander a tomar la última. Ambos habían bebido bastante, por lo que fueron en taxi y dejaron el coche allí. En casa de Alexander, intentaron ir despacio para no matar el romanticismo, mas no pudieron.

Fue sentarse y cada uno se abalanzó sobre el otro.

Se besaron tan apasionadamente, que faltó poco para que entre ambos se intercambiaran el alma. Los labios de ambos se unieron de tal forma que ambos respiraban el mismo aire, sus cabezas pensaban igual en ese momento y sus cuerpos, mediante se iban quitando la ropa, se fueron uniendo más y más.

En la cama, se poseyeron y se entregaron el uno al otro. Siendo o no obra del alcohol, esto marcaba un principio para la relación que estaban empezando. Si bien la primera vez fue por culpa del alcohol, esta vez ya no había vuelta atrás. La noche pasó rápido.

Las sábanas y el colchón aguantaron todos los asaltos que los amantes iniciaban. La pasión se había desatado, pero el efecto del alcohol comenzaba a terminarse. Cuando el sol empezaba a salir, ellos empezaron a hablar:

— *Я хочу быть любимой тобой. Не для знойного сладкого сна, но - чтоб связаны с вечной судьбой были наши навек имена* —dijo Alexander en ruso, medio dormido, medio cansado y aún medio borracho.

— ¿Eso qué quiere decir, Alexander?— le respondió Alice que lo miraba tiernamente.

—Eso quiere decir que estoy muy bien contigo, poco más.

—¿En serio? ¿Usáis tantas palabras para decir tan poca cosa?

—Por supuesto que no. Pero es muy temprano para que lo sepas...

—Entonces, ¿por qué me lo has dicho si es muy temprano? ¿Es algo malo?

—¡Oh! Sólo para dejar constancia de ello. ¿No puedo, acaso, decirte algo sólo para dejar constancia?

—Bueno... No es eso. Pero si lo dices en un idioma que no entiendo, no dejas mucha constancia que digamos.

—El tiempo lo dirá— sentenció Alexander—. ¿Vamos a desayunar?

Se fueron a la cocina y siguieron charlando. Cada uno tenía su desayuno, pues aún no compartían tanto sus vidas. Si no que, poco a poco, eran la pasión que sentía el uno por el otro la que les unía las vidas.

Alice se había quitado ya todas las dudas. Alexander le parecía el chico ideal. Se sentía muy bien con él y, aparte de ser un chico muy apuesto, era bastante inteligente. Además, era muy atento con ella. Cuando cenaban, él le prestaba atención a todo lo que decía Alice de una forma sumamente peculiar.

En los ojos de Alexander se podía ver el amor cuando hablaba con Alice. No le brillaban ni nada de eso, no hace falta que las cosas reluzcan para que sean lo que son. En este tiempo, las conversaciones entre ambos se fueron haciendo más prolongadas y más divertidas para ambos. De esa forma, la relación se iba consolidando y ellos iban siendo más felices.

En la cocina, cuando terminaron y de una forma misteriosa, Alexander le dijo a Alice que se callará. Se agachó y empezó a caminar hacia la ventana que daba hacia afuera. Afuera de la ventana, había un árbol y justo en esa parte, un nido de un pájaro con huevos. Alexander se acercó lentamente hasta la ventana y miró por ella. Luego, en voz muy baja, le dijo a Alice:

—Vete un momento a la habitación, por favor.

Alice, sin saber lo que pasaba, obedeció y se acostó en la cama. Mientras tanto, Alexander seguía mirando por la ventana. ¿Qué le había hecho hacer eso? Cuando estaban desayunando, a Alexander le pareció ver un dedo en la rama del árbol pero no le hizo mucho caso.

Luego, vio cómo se movía el nido y pensó que eran imaginaciones suyas. Tras esto, uno de los huevos del nido desapareció y Alexander ya no pensó que fueran cosas suyas. Cuando se puso a observar, no vio nada. Se quedó ahí en silencio durante cinco minutos sin ver nada.

Al no ver nada, quiso desistir y se levantó lentamente para irse. Al hacerlo, pudo ver como un hombre salía corriendo desde la parte del árbol hacía un callejón. Sin pensarlo dos veces, Alexander se vistió lo más rápido que pudo y bajó corriendo.

Una vez abajo, corrió hasta llegar al callejón y se adentró en él. Mirando bien donde pisaba y hacia todos los edificios que lo rodeaban. Poco a poco, se fue adentrando. Era de mañana y el sol iluminaba las calles.

A pocos metros, había un contenedor de basura llenos de moscas y allá a los lejos, la salida. Alexander escuchó algunas conversaciones procedentes de algunas ventanas, pero no vio a nadie. Sin pensarlo dos veces, echó a correr por el callejón.

La distancia era un poco larga. El camino estaba lleno de chicles, bolsas de basura desparramadas por el suelo y alguna que otra cuchara pisada o ratas muertas. El olor, como es de suponer, no acompañaba en nada.

Alexander no se fijó en nada de esto. Siguió hasta que llegó al final del callejón. Entonces, miró para todos lados y no vio a la persona que estaba buscando. No le había visto la cara, pero si las ropas. Y por ello, pudo identificar que no estaba allí.

Alexander miraba para todos lados, sin saber a dónde ir.

En ese momento, escuchó que le llamaban desde el callejón. Alexander miró para atrás y vio a un hombre con una capucha que le tapaba la cara. El contenedor de basura estaba abierto y permitía a la lógica intuir que había estado ahí escondido.

—¡Escucha bien, don Alexander Sokolov!— le dijo el hombre—. Sabemos quién eres, dónde vives, de dónde vienes y qué has sido en tu país. ¡Vamos a por ti! Devuélvenos lo que es nuestro o se acabó el juego, ¿lo entiendes gilipollas? ¡Esto no es un juego de niños! Ya sabes a lo que me refiero.

—¿¡Quién eres!? ¿¡A qué te refieres!?— dijo Alexander.

—¡Eso no es cosa mía, inútil!

Acto seguido, el hombre echó a correr y Alexander fue detrás de él. Alexander corrió tanto como sus pies le permitían. Había aprendido a correr dando zancadas, de forma que podía ir más rápido, pero la distancia con el hombre

era demasiado larga y acabó desapareciendo.

El hombre salió del callejón y se metió a la izquierda, cuando Alexander llegó, ya no había rastro de él. Con el corazón bombeándole a mil kilómetros por hora, con una mano en la cabeza y la otra en el pecho, empezó a caminar lentamente rumbo a su casa.

Cuando llegó al piso, lo primero que hizo fue ir a tomar agua. En su cabeza, le rondaba la misma pregunta una y otra vez: «¿no querrá lo que creo que quiere? ¿Han vuelto? Qué no sea eso... ¡Qué no sea eso!».

Mientras todo esto ocurría, Alice dormía plácidamente en el dormitorio. La agotadora noche había hecho estragos en sus energías y debía reponerlas. Cuando se despertó, se encontró a Alexander en el sofá del salón. No estaba haciendo nada, simplemente estaba sentado mirando una pared.

—¿Qué haces, Alexander?

—Oh, ya te has despertado— dijo Alexander intentado sonreír—. ¿Cómo has dormido?

—¿Por qué estás así? ¿No enciendes la televisión?

—No tengo muchas ganas...

—Dime, ¿qué pasó antes que me tuve que ir tan rápido?

—Escúchame, será mejor que te lleve a tu casa ahora mismo. Hoy no abrimos el restaurante. ¿Vale?

—Pero, ¿qué pasa? ¿He hecho algo malo?— dijo Alice con tono preocupado, casi con miedo.

—No es eso, no es nada. He tenido una llamada de teléfono que no me ha sentado bien, no pasa nada de verdad. Vamos, vístete y vamos a tu casa.

—Alexander, tenemos que compartir nuestros malos momentos para combatirlos juntos. Ahora dime, ¿qué ha pasado?

—Nada— dijo Alexander en tono muy serio y al ver que Alice no decía nada, suspiró y prosiguió—. No me quiero enfadar Alice, te llevo a tu casa y nos vemos esta noche. ¿Vale?

—Bueno... Está bien...

El comportamiento de Alexander había extrañado a Alice. Alexander estaba muy serio, nunca antes lo había visto así. Su cara parecía estar preocupada y sus ojos miraban al mundo como si estuvieran ausentes y se centrarían en los pensamientos internos de su cerebro.

Alice, se temía lo peor y pensaba que él la quería dejar. Alexander fue a buscar el coche al restaurante y volvió. Llamó a Alice y ésta bajó. Cuando llegó al coche, la cosa mejoró. No mucho, pero mejoró.

—Está bien, escucha lo que te voy a decir— dijo Alexander mientras encendía y sacaba el coche del aparcamiento—. Si ves a alguien que parezca peligroso o alguien que te esté siguiendo, llámame inmediatamente.

> Si ves a una persona cruzar cinco veces la calle donde tú estás o ves que siempre hay una persona en tu portal, llámame también. Da igual que persona sea. No importa ni el aspecto ni nada por el estilo. ¿Vale? <

—Me estás preocupando Alexander...

—¿Harás lo que te digo?

—Sí... Pero, ¿qué es lo que pasa?

—Debes saber— dijo Alexander sin responder a la pregunta de Alice— que muchos hombres tienen un código. ¿Vale? No un código de número, sino un código para que los demás no lo entiendan y sólo pueda entenderse con otras personas. ¿Entiendes lo que te digo?

—¡Ah, sí! Yo una vez...

—Bien— dijo Alexander interrumpiéndola y no dejándola ni empezar—. Si ves que alguien habla con números, escribe números en alguna pared o ves alguna combinación de números mayor a cinco dígitos en algún sitio, llámame también. Da igual que sea en el suelo o en alguna puerta.

—Alexander, esto es muy extraño... ¿No me vas a decir que te pasa?

—Tú sólo hazlo. Del resto ya me preocuparé yo. No quiero que te veas involucrada en nada de esto, ¿vale? Es por tu bien.

—Vale...

Tras esta extraña conversación, ambos se quedaron callados hasta que llegaron a la casa de Alice. Entonces, se dieron un beso y Alice, que tenía

intención de volver a preguntar qué pasaba, se bajó del coche y subió a su casa. Alexander se fue lo más que pudo.

Una vez que Alexander se fue, apareció un coche de color verde con los cristales tintados. Una combinación un tanto extraña y llamativa. Pero por raro que parezca, todos pensaban que ese coche era feísimo y miraban para otro lado.

En ese coche, había un hombre que llevaba gafas de sol y una chaqueta con capucha. Ese hombre, tocó sus bolsillos para buscar su teléfono y lo sacó. Entonces, mandó un mensaje que ponía: «dirección descubierta». Y al poco tiempo, le llegó un mensaje que ponía: «imbécil, sal de ahí». Como esto le había irritado, decidió llamar.

—¡Jefe! ¿Cómo que imbécil? ¡Lo tenemos!— dijo el hombre del coche.

—¡Joder y encima me llamas para esto!— le respondieron de la otra parte del teléfono—. ¿A ti que te pasa? ¿Te han arrancado de la tierra cuando estabas verde? ¡Qué salgas de ahí te he dicho!

—Jefe, si vosotros no queréis tomar el camino bueno, lo tomaré yo.

—¿¡Cómo!? Ven aquí ahora mismo. Tú y yo tenemos que hablar. ¿Cómo es eso de hacer planes tú solo? ¿Te has vuelto loco o qué coño te pasa?

—Es cuestión de honor, jefe. Es cuestión de honor...

Capítulo ocho: 45505.

Ese mismo día, por la noche, Alice y Alexander volvieron a verse como habían quedado. Esta vez, no fueron al mismo restaurante de siempre y fueron a una pizzería.

El plan no estaba mal, pero Alice pensaba que Alexander se estaba volviendo demasiado paranoico. Alice no quería pensar así, pero pensaba que Alexander estaba con otra. ¿Por qué se iba a poner así si no? Además, era un hombre demasiado bueno para ser de ella. A nadie le toca nunca la lotería.

En la pizzería, pidieron sus platos y pidieron refrescos para beber. Hoy iba a ser una noche diferente, de eso no cabía la menor duda. En esta situación, ninguno de los dos sabía cómo empezar la conversación.

El ambiente era familiar al que se respiró en su primera cita. Alice, sumida en sus pensamientos de que Alexander la iba a dejar, se temía lo peor. Y Alexander, se encontraba totalmente enfrascado en lo que había pasado esa mañana, por supuesto, también se temía lo peor. Cada uno a su manera, pero ambos se temían lo peor.

—Bueno... ¿No vas a decir nada?— dijo Alice intentado comenzar una conversación al ver que Alexander no lo hacía—. ¿Aún no quieres hablar de lo que te pasa?

—Oh, Alice, olvídale... Hazme el favor.

—¿Cómo quieres que lo olvide? ¡Eso sería como decir que no me importas! No puedo evitarlo.

—¿Cómo te ha ido el día? ¿Qué has hecho esta tarde?— dijo Alexander intentado desviar la conversación, pero no lo consiguió.

—¿Por qué lo evitas tanto? ¿Me debo preocupar? Alexander, dime la verdad...

—A ver, hemos quedado para distraernos. No para preocuparnos. ¿No crees? ¿Para qué quieres que te diga nada si no puedes solucionarlo?

—Ah, con que es eso...— en este momento, crecieron los celos en Alice y su teoría de que estaba con otra cobró mucha más fuerza—. Es eso, sí... Es

eso...

—¿A qué te refieres? ¿De qué estás hablando?

—Dime la verdad Alexander...

—Está bien, esta mañana...

—¡Ah! Me vas a hacer daño, mucho daño— dijo Alice sin dejarlo terminar—. ¿Es por llevar nuestra relación sin prisas? ¿Por eso te vas con otra?— sollozó Alice que estaba a punto de llorar. En ese momento, se dio cuenta de cuán apegada se sentía a él.

—¿¡Cómo!? Pero, ¿qué estás diciendo? ¡Eso no tiene nada que ver! No estoy con nadie más que contigo... ¿Acaso te has vuelto loca?

—Eso es lo que diría una persona infiel... No llevamos ni dos meses y ya me eres infiel...

—Una persona infiel diría cualquier cosa, igual que una persona fiel. Te digo que esto no tiene nada que ver con lo que dices. Me encanta como estamos llevando la relación, me lo paso muy bien contigo, me encantas y por eso no quiero perderte ni preocuparte. Sé que si te lo digo...

—¡Espera! ¿Qué has dicho?— le interrumpió Alice que estaba cogiendo la manía de Alexander de interrumpir a la gente sin dejarlos terminar.

—¿Qué me encantas y que no quiero perderte ni preocuparte?

—Alexander... Tú a mí también me encantas y no quiero perderte. Pero nuestras preocupaciones son de ambos, nuestros problemas se comparten para solucionarlos. Si no los compartes, es que no quieres solucionarlos...

—Claro que quiero, pero no a cualquier precio. En serio, dejemos esto tranquilo y cuando todo haya terminado, te contaré todos los detalles. ¿Vale?

—Mmm... ¡Ya lo tengo! Me mudaré a tu casa y así podremos solucionar tu problema. Sería un gran paso en nuestra relación...

—Ahora es imposible Alice. Correrías demasiado peligro viviendo conmigo y eso es un precio que no estoy dispuesto a pagar.

—Me lo temía... ¿Con qué no hay nadie más, verdad?— y tras decir esto, Alice se levantó—. Llévame a casa, será mejor que nos tomemos un tiempo en

nuestra relación.

—Alice, no te pongas así...

—He dicho que me lleves a casa— sentenció Alice de una forma firme.

Alexander se levantó, pagó al camarero y se subieron al coche. En el trayecto de camino a la casa de Alice, ninguno de los dos murmuró ni una palabra. El silencio se posó tranquilo en ambos y tuvo una gran estancia. Todo lo contrario que ellos dos, los cuales estaban decepcionados y algo tristes.

Alice se mantuvo con una actitud enfadada y Alexander, se mantuvo tan serio como pudo. Cada vez que Alexander intentaba hablar, Alice lo mandaba a callar o se ponía los auriculares para no oírle.

Una vez en portal del edificio de Alice, se pararon y ambas cabezas posaron su cabeza en la pared de la acera de enfrente al portal de Alice. En ese mismo momento, mientras ambos permanecían callados. Alexander le dijo a Alice:

—Vamos a buscar tus cosas, te vienes a mi casa.

Alice no dijo nada, tan sólo asintió con la cabeza. En la pared de la calle de enfrente, había escrito el siguiente código: «45505», con sangre. Lo peor, no era que hubieran escrito aquello con sangre. Lo peor era que, debajo de ese código de cinco dígitos, había un cadáver.

Capítulo nueve: Adiós Oleg.

Esa noche, Alice estuvo muy asustada y casi no pudo dormir. Era la primera vez que veía un cadáver y esperaba que fuese también la última. Alexander la intentaba tranquilizar. Pero ella no podía, tenía los ojos abiertos como platos y las manos le temblaban todo el tiempo. No podía ni beber agua porque se le caía.

Por otro lado, se le habían quitado todas las sospechas de que Alexander la estuviese engañando con otra. Aunque no sirvió de mucho, ya que no volvió a acordarse de aquello. Los ojos de aquel hombre se habían quedado guardados en su cerebro, era una mirada que parecía pedir ayuda pero que el dolor no se lo había permitido. ¿Qué clase de ser sería capaz de hacer algo así?

La mudanza fue muy rápida. Alice, muy asustada, cogió cuatro cosas. Algo de ropa, su ordenador y algún que otro libro al azar. Luego, se fueron a casa de Alexander y pasó lo ya dicho. Al día siguiente, la cosa no mejoró y por suerte, tampoco empeoró.

La noticia del cadáver salió en las noticias de la televisión y en algunos periódicos. Misteriosamente, las fotos y vídeos de la escena del crimen, no tenían el número grabado que ellos vieron. Alguien lo había borrado.

De todos modos, lo más misterioso no era eso, era que nadie hubiera visto al asesino en una ciudad tan habitada como París. Nadie había oído ni visto nada. Todo era muy extraño.

Al mediodía, Alice calló rendida y durmió durante varias horas. Todo lo que hacía, lo hacía por instinto. Comía por instinto, respondía por instinto sin prestar atención a lo que Alexander le decía, miraba la televisión sin darse cuenta de que estaba viendo... Su mente estaba en lo que había visto. La sangre, el cadáver, los ojos de aquella pobre persona... Todo estaba en su mente y nada podía distraer esos pensamientos.

Cuando se despertó de tarde, fue al salón y se sentó con Alexander sin decir nada. Le pareció que Alexander le había dicho algo cuando llegó, pero ella ni se inmuto. Directamente, no lo oyó. Se quedaron en silencio y Alexander la abrazó, la apretó fuerte contra su pecho.

Pusieron música, escucharon el «claro de luna» de Beethoven tantas veces como pudieron. Y a momentos, Alice lloraba a moco tendido. Alexander, la intentaba consolar con sus dulces palabras, pero no servían de nada. De todas formas, con el paso de los días, Alice se iría recuperando.

Ese día no abrieron el restaurante y al día siguiente tampoco lo hicieron. El Femme Rouge permaneció cerrado durante esos dos días. En el segundo día, Alexander hizo varias llamadas de teléfono y acabó encontrando un puesto para Alice como guía turística en París para una compañía. Alice aceptó, sin acordarse de que ni sabía los nombres de las calles de París, pero ese fue su instinto.

Al día siguiente, Alexander fue a abrir el restaurante. Alice se encontraba algo mejor, ya hasta prestaba atención cuando leía un libro y al hablar, no balbuceaba como los dos días anteriores.

Fue un gran paso en poco tiempo, y, siguiendo el modo de ser que Alexander había obtenido antes de este hecho, le dio muchas instrucciones a Alice sobre lo que no debía hacer y, por supuesto, le decía que lo llamase a la primera de cambio. Pasase lo que pasase, por muy pequeño que fuese, la debía llamar.

Una vez en el trabajo, Alexander puso un cartel como hace tiempo sobre que había una vacante libre para trabajar en el restaurante. Además de eso, también aumentó las medidas de precaución. Habló con todos los camareros, diciéndoles de que si veían a alguien sospechoso, que le avisasen a él personalmente. También, le dijo a François que no dejase entrar a nadie al restaurante si no encajaba con el perfil de los otros clientes.

Tras hacer todo esto, se fue a su despacho y antes de que se empezase a llenar el local, se sorprendió al ver que André entraba en su despacho. Si el hecho ya era raro de por sí, se sorprendió más cuando vio que lo hacía expresamente para preguntarle por Alice. Alexander le explicó que ya no trabajaría ahí y él, preguntó la causa de ello.

En ese momento, Alexander se dio cuenta de que no sabía del todo la causa. Él creía que lo hacía por el bien de Alice, que ella quería trabajar de lo que había estudiado como todo el mundo. Pero Alice, en estado de shock, no había dicho que no porque no podía.

Cuando se le fuese el shock, tal vez pediría su puesto de trabajo... Tras esta

conclusión, sacó el cartel de la vacante y puso a Oleg a hacer la función que hacía Alice. Le bajo el puesto y le cambio el puesto de trabajo. Los sindicatos de trabajo no estarían muy de acuerdo en hacer esto, pero los cocineros se rieron un rato de esto. Al menos, les pareció gracioso ese cambio tan repentino.

A Oleg no le sentó muy bien. Cobraría menos y trabajaría más. Menudo cambio... Y lo peor, era que no se podía quejar porque si no lo echaban. Así que, tras analizar los pros y los contras, a la hora de cerrar, Oleg le dijo a Alexander que dejaba el trabajo. Alexander lo miró y simplemente le dijo: «me parece bien».

Oleg cogió sus cosas y se fue. Estaba claro que no volvería a ese lugar. Ni para pedir finiquito ni para nada. Oleg no quería volver a ese lugar para nada. Alexander se había salido con la suya. Tras haber abusado mucho de él, consiguió que se fuera él solo. Si hubiese sido de otro modo, Oleg podría haber vuelto con un abogado y meterle en un lio. Pero no, las cosas salieron bien esta vez para Alexander.

Capítulo diez: Hola Oleg.

Al día siguiente, Alexander vio que Alice se encontraba mejor pero no mucho mejor. Así que, decidió que lo mejor sería ir a un psicólogo. Pero nada de pedir citas para dentro de tres meses, debía ser en el mismo día. Hizo varias llamadas y consiguió una cita para la tarde. Alexander no podía llevarla, así que, le dio algo de dinero para el taxi.

Alice, sumisa de su trauma, aceptaba todo lo que le proponía Alexander. Un corazón malvado podría haber acabado con ella, ya que ella no se habría opuesto a nada. Por suerte, Alexander no es así.

Esa misma tarde, fue al psicólogo. Tomó un taxi y fue hasta la consulta del psicólogo. Una vez allí, habló por el telefonillo con una señora y le dijo que pasase. Al entrar, le dieron indicaciones de que se sentará en una silla y se sentó sin decir nada. Alice, algo perdida, miraba vagamente los cuadros de la habitación vacía.

No había más pacientes, estaba ella sola. Su mirada perdida que no guardaron en ese instante ningún recuerdo de esa sala, seguían sumidos en sus pensamientos. Al rato, oyó que la llamaban y acudió a donde lo hacían. Al entrar en la habitación, vio a un señor mayor que le esperaba con una sonrisa.

—Encantado de conocerle, señora Alice— dijo el hombre—. Me llamo Ernest Wellington, bienvenida a mi consulta. ¿Cómo se encuentra, señora Alice? Por favor, siéntese.

Y ambos se sentaron.

—Hola señor— dijo Alice con voz cordial—. Me encuentro... Bien, gracias. ¿Y usted? ¿Ha visto las noticias?

—Sí, por supuesto que he visto las noticias. Espere, déjeme coger una cosa— y el psicólogo cogió una libreta pequeña y un bolígrafo—. Muy bien, dígame, ¿qué acontecimiento le ha parecido interesante de las noticias?

—El hombre... Él estaba en el suelo, ¿sabe usted? Era mi vecino. Pero yo no lo sabía porque nunca le había visto allí. Pero las noticias dicen que era mi vecino y las noticias no mienten. Pero yo nunca le había visto en mi edificio...

¿Soy una mala vecina?

—Espere, ¿a qué hombre se refiere usted? Nadie es mal vecino de nadie a no ser aquellos que incordian. ¡Seguro que su comunidad es muy grande!— dijo el psicólogo mientras apuntaba cosdas en la libreta.

—Verá, ¡ni me acuerdo de su nombre! Ya ve si soy o no mala vecina. Alexander no me dejaba ver las noticias cuando hablaban de él. Pero yo las veía igual. Tenía hijos, una casa y un perro. No le diga nada a Alexander, porque él no me dejaba ver las noticias, pero yo las veía igual.

—Entiendo... Alexander ya me contó algunas cosas, pero quiero oírlas de usted. ¿Qué ocurrió aquella noche? ¿Lo recuerda usted?

—Sí, lo recuerdo. Pero no le diga nada a Alexander, él no me dejaba ver las noticias ni recordar lo sucedido. ¿Será usted bueno?

—Por favor, no se preocupe usted de eso. Lo que hablemos usted y yo se quedará entre nosotros. ¿Vale? Por favor, cuénteme que sucedió.

—Sucedió que fuimos a comer a una pizzería. Allí, hablamos y luego me llevó a mi casa. Cuando estábamos en el portal, ambos miramos a la acera de enfrente y el señor estaba allí. Tenía las manos en el suelo, su cabeza miraba al coche, y... Y... Y... ¡Tenía el pecho desgarrado!— aquí, Alice empezó a llorar—. ¡La sangre le brotaba de su cuerpo y cubría la acera y la pared haciendo números!— en este momento, Alice se tapó la cara con las manos y no prosiguió, el llanto no le permitía seguir hablando.

—Cálmese... Tranquila Alice, los culpables de eso pagaran lo que han hecho. Vamos a tranquilizarlos, ¿quieres algo de beber?— y viendo que Alice no decía nada—. Está bien, ¿te gusta el café?— viendo que Alice no decía nada más, optó por traerle un vaso de zumo—. Bebe tranquila, vamos.

A partir de aquí, la sesión empezó a ir a mejor. El psicólogo, le daba muy buenos consejos y le tendía la mano en señal de ayuda de una forma inimaginable. Sus palabras eran siempre acertadas, sus actos eran perfectos y sus consejos penetraban en la cabeza de Alice como la luz en la oscuridad.

En esta primera sesión, no pudo hacer grandes cosas. Pero, Alice se quedó con una frase que le marcó mucho: «debes de ser fuerte, no sólo por ti, también por el hombre que ha muerto. Seguro que a él le gustaría mucho que una vecina

magnífica como tú encontrarse a su asesino. ¿Quién sabe? ¡Igual hasta te acaban dando una medalla!».

Alice acudió a dos sesiones más, las cuáles fueron mucho más tranquilas. Iba una vez cada tres días. Alexander, por su parte, veía en Alice una gran mejoría y Alice, poco a poco, iba olvidando el suceso. Ernest, el psicólogo, descubrió mucha sensibilidad en Alice y la atribuyó a que era una persona muy dada a la humanidad.

El título de turismo y las intenciones de por qué se lo había sacado, corroboraron dicha hipótesis. Además, sus padres, personas que he mencionado poco pero con las que Alice ha seguido estableciendo contacto y contándole todo lo que iba sucediendo, también afirmaron esto que decía el psicólogo.

Así, con un camino por el que ir, Ernest tomó este camino en la tercera sesión para poder consolar a Alice. Mostrándole las grandes cosas que había hecha y las que podría hacer. Para la cuarta sesión tenía planeado una dinámica de grupo, es decir, con otros pacientes.

El día que tenía esa sesión, Alice se preparó bastante. Se maquilló, se vistió con sus mejores ropas y lleno su cabeza de pensamientos tan positivos como pudo.

No había olvidado del todo a aquel hombre, pero ya había asumido que sería algo que recordaría de por vida y que, si todo salía bien, sería ella quien encontraría al asesino para entregarlo a la justicia. Un sentimiento de valentía empezaba a florecer en ella.

Ese día, nuevamente, Alexander fue a trabajar y le dejó dinero para que ella cogiera el taxi. La cita con el psicólogo tendría lugar a las cinco. Y a las tres y media, Alice ya estaba lista. Tenía trabajo, pero aún no había ido a su nuevo trabajo.

Así que, pasaba su tiempo mirando la televisión, escuchando música o leyendo libros que Alexander le daba, como «Anna Karenina» de León Tolstoi. Se sobrentiende, que eran traducciones de libros rusos, para adentrar a Alice más en el pensamiento ruso. A la hora que decimos, Alice estaba leyendo el libro, tirada en el sofá.

El libro le gustaba, pero había partes que se le hacían pesadas. Alexander le

explicó que Tolstoi defendía que la lectura tiene que ser educativa, es decir, enseñar algo. A Alice, más que hacerla reflexionar, conseguían que le entrara sueño.

No entendía del todo las reflexiones tal vez o tal vez, no les prestase la atención necesaria. Sea como fuere, el libro le gustaba. Cuando leía, Alice se olvidaba de todas sus penas y lo mal que lo estaba pasando. Su trauma desaparecía y su mente se concentraba en el libro, quedaba absorbida completamente.

En ese momento, tocaron el timbre. Alexander se había ido hacía ya dos horas, ¿quién podría ser? Pero Alice, no se dio cuenta. Estaba tan metida en el libro, que ni se enteró que habían tocado el timbre.

El timbre volvió a sonar varias veces y justo la última vez que sonó, pareció darle un signo de alarma a Alice y ésta, se acordó de que tenía un poco de hambre. Así que fue a la cocina a por algo de comer. Encontró unas chocolatinas en uno de los armarios y se me comió una, pero al ir a tirar el envoltorio a la basura, se dio cuenta de que estaba llena. Cogió la bolsa, la cerró y salió para tirarla.

Una vez fuera de casa, tiró la bolsa en el contenedor y al volver, vio una figura en el portal. De lejos, no la reconoció pero a medida que se fue acercando, reconoció a Oleg con una bolsa en una mano. Una vez que Oleg vio a Alice, se acercó a ella.

—¡Hola, Alice! ¿Cómo estás? Ya me he enterado que has estado un poco mal estos días...

—Oh, hola Oleg. ¿No estás en el trabajo?— dijo Alice de forma inocente, ya que no sabía que había sido despedido—. Alexander se enfadará si llegas tarde.

—Eh...— dijo Oleg viendo que Alice no sabía nada—. Ya veo, ¿así que ahora vives con Alexander en su casa? ¡Qué bien! ¿No?

—Sí, me he mudado hace poco. La verdad es que nos va bastante bien, sí. Pero dime, ¿te manda Alexander a casa a por algo o algo por el estilo?

—Ah, sí. Me dijo que te trajera esto— y en ese momento, Oleg sacó una caja de bombones de la bolsa—. Toma, son para ti.

—Ay, este Alexander... Gracias por traerlo Oleg.

—Bueno, imagino que estarás ocupada, te dejo que tengo que irme. Mejórate, ¿vale?

—¡Muchas gracias Oleg, nos vemos!

Alice empezó a caminar para meterse en el portal pero sintió que Oleg no se iba, sino que la seguía por detrás. Cuando quiso darse cuenta, tenía un pañuelo tapándole la boca y la nariz. Su cuerpo se relajó y cayó dormida al instante.

Oleg la cogió por los brazos y la sentó en el suelo.

Sacó el teléfono, hizo una llamada y al cabo de unos pocos segundos, apareció un coche verde con los cristales tintados en la calle. Del coche salieron tres hombres y entre los cuatro, cogieron a Alice y la metieron en el coche. Luego, salieron pitando del lugar. Alice había sido raptada.

Capítulo once: Hacia la buena dirección.

Cuando Alice despertó, tenía las manos y los pies atados y una venda en los ojos. Su cuerpo estaba acostado sobre algo blando, seguramente sobre una cama, pensó ella.

Si esto le hubiese pasado meses atrás, le habría entrado un ataque de pánico y de nervios que podría haber terminado por dejarla en shock. Por suerte, no fue así. Recordó las palabras que le había dicho el psicólogo, como: «puedes salir de esta» o «tú cogerás a la gente que ha hecho eso».

Alice estaba tranquila mientras recordaba dichas frases en su mente. Y es que, tenían razón. Ella ahora, había sido raptada y seguramente, lo habría sido por las personas que mataron a su vecino. Por lo tanto, si conseguía escapar, conseguiría desenmascarar a esa gente y llevarlos ante la justicia.

El problema estaba en cómo se iba a liberar. Como he dicho, estaba atada y no veía nada. No sabía dónde estaba tampoco, ni tampoco con quién. Sólo se acordaba de que se había encontrado con Oleg y éste la había raptado. ¿Qué hacer ante semejante situación?

Obviamente, intentar quitarse las cuerdas que le ataban las manos. Alice empezó a mover las manos, arriba y abajo e intentaba hacer algo con los dedos. Pero todo fue en vano. En cuanto el nudo se aflojó un poco, una voz dijo algo así como: «eso no» y lo apretó con más fuerza.

Antes, las cuerdas no le apretaban tanto y no le hacía daño. Ahora, sí. Le apretaban tanto que sintió como si tuviera una sola muñeca en dos brazos. El dolor la oprimía y el miedo empezó a entrarle de nuevo. Esta vez, las palabras del psicólogo no surtieron tanto efecto. La situación empezaba a complicarse para Alice...

* * * *

Alexander estaba en el trabajo cuando todo esto ocurrió. Llegó y como siempre, empezó a hacer las administraciones pertinentes del restaurante. Hizo

varias cuentas, leyó algunas reclamaciones y poco más. Cuando pasaron tres horas, recibió una llamada al teléfono. Miró el número y vio que era del psicólogo.

—¿Hola?— dijo Alexander al coger la llamada.

—Buenas tardes, me gustaría hablar con Alexander Sokolov.

—Sí, soy yo. Dime Ernest, ¿ha pasado algo?

—Verá, usted me dijo que le llamase si ocurría algo. Alice tenía cita hoy y no ha acudido.

—¿¡Cómo!?! Igual llega tarde, aunque me extraña. ¿Está usted seguro?

—Sí, señor. Hace una hora que debería haber estado aquí. Le recuerdo que la sesión ya ha sido pagada y que el no haber acudido no constituye un motivo de devolución, por lo que...

Alexander no le dejó terminar, colgó sin más. En ese mismo momento, cogió el teléfono y empezó a llamar a Alice. A la primera llamada, no se lo cogió y Alexander pensó que tendría el móvil en otra habitación. Así que volvió a llamar.

Cuando pasaron las tres llamadas, ya se alertó. Dejó todo lo que estaba haciendo, le dijo a François que se quedaba al cargo si le necesitaban a él. Se subió en su coche y fue a toda velocidad a su casa. Al llegar allí, entró corriendo en el piso y empezó a llamarla a gritos.

Pero nadie le respondió y por si fuera peor, tenía el móvil encima de la mesa del comedor. Ni tan siquiera se lo había llevado. En ese instante, Alexander ya se temía lo peor. Estaba claro que a Alice le había pasado algo grave.

Volvió al restaurante lo más rápido que pudo y se fue directo a hablar con los cocineros. No le cabía duda de que esto había sido obra de Oleg. ¿Quién si no? También tenía claro que el encuentro en el callejón había sido con alguien mandado por Oleg y más de lo mismo con el cadáver que apareció enfrente de la casa de Alice. Les pidió el número de teléfono de Oleg a los cocineros y André se lo dio.

—Diga, ¿quién habla?— dijo Oleg desde el otro lado del teléfono.

—Escúchame sucio rastrero, ¿¡dónde está!?

—¿Cómo? ¿Quién eres? ¿A qué te refieres?

—¡Hijo de puta! Voy a ir a por ti. Sé lo que tengo que saber para empapelarte y mandarte al Gulag, ¡que no te quepa la menor duda!— le dijo Alexander con la voz más amenazadora jamás vista.

—¡Ah, Alexander! ¿Cómo te va tu esplendida vida en el restaurante con tu amada mujer? ¡Ah, no! Novia, perdón.

Se oyeron risas por detrás.

—¡Dime dónde está o te juro que voy a por ti!

—Pues ven amigo mío, ya sabes que no tengo nada que ocultar ni tengo nada que te pertenezco. ¡Las personas somos libres, amigo mío!

—¡Atente a las consecuencias! Cómo le hagáis algo, os juro que lo lamentaréis.

—Bueno, te dejo que tengo que hacer cosas amigo mío. Que te vaya bien, ¿sí? Yo ya tengo todo lo que quiero.

Oleg colgó el teléfono y Alexander, sin querer perder ni un minuto, fue a por el contrato de trabajo de Oleg. Buscó entre esos documentos y lo encontró, en ella, estaba la dirección de su casa.

En ese momento, Fabien, el cocinero amable, entró en la habitación y le pidió que le explique lo que sucedía. Alexander le dijo muy brevemente que Alice había sido seguramente secuestrada y digo brevemente, porque se lo dijo mientras se iba. Alexander salió del establecimiento, se subió en el coche y salió pitando para allí.

* * * *

En esta situación, Fabien vio por primera vez a su jefe preocupado realmente y las sospechas que tenía sobre Oleg, se confirmaron con la conversación que presenció de Alexander y él. Fue con los otros cocineros y les explicó lo que sucedía.

Cosa extraña, André parecía el más interesado de todos y Jean, que le gusta

hablar poco, empezó a aportar ideas. Estuvieron más o menos diez minutos planeando que hacer y concluyeron con ir al despacho de Alexander, coger la dirección de la casa de Oleg e ir allí por si las cosas se ponían peor.

Así que, sin pensarlo dos veces. Todos los cocineros se cambiaron rápido de ropa y se organizaron para elegir en que coche ir. Eran cuatro personas, así que cabían todos en un coche. Pero, decidieron ir en dos coches separados. Fabien y Eddie en uno, André y Jean en otro. Y sin pensarlo más veces, salieron uno a uno, diciéndole adiós a François y se subieron en sus coches.

François nunca había visto una situación igual. En cuestión de quince minutos, se había quedado sin cocineros y sin jefe. No le quedó otra que cerrar el restaurante esa tarde. Les dijo adiós a los camareros y se fue él también. No se fue tranquilo... Tenía algo adentro que le decía que pasaba algo grave. El remordimiento le acompañó en el camino y la duda, acabó matando al gato.

* * * *

Alexander pisaba el acelerador con toda la fuerza que tenía y más. El coche iba tan rápido como podía. Un kilómetro más y el coche se habría desintegrado en el aire. Los edificios y las personas pasaban rápido por los cristales.

Los otros coches, los iba esquivando como podía. Si la policía le hubiera visto, le habría puesto una buena multa. Pero se ve que esa era la hora de la merienda, porque no había ningún policía en la calle.

Cuando llegó a la calle donde supuestamente vivía Oleg, aminoró la velocidad y empezó a mirar los números de los edificios en busca de la casa de Oleg. La casa de Oleg era el ciento diecinueve, y él estaba en el noventa y cuatro. Aceleró un poco más y siguió poniéndole atención a lo que veía.

Cuando llegó al ciento diecisiete, vio que en el lugar donde debería estar el edificio número ciento diecinueve, había una farmacia. Se acercó mejor al lugar para ver si era ese el número y se confirmó. Oleg le había engañado, había puesto una dirección falsa por si esto pasaba. En ese momento, sonó de nuevo el teléfono.

—¡Oleg, maldito bastardo!— dijo Alexander.

—¿Qué te creías? ¿Qué iba a ser tan necio de poner mi dirección verdadera en un contrato de trabajo para ti? ¡Qué necio que eres, tú sí que das risa! ¿Verdad que sí, chicos?— y por detrás, se escucharon varias risas.

—¡Sal de donde estés y lucha conmigo que es con quien tienes que luchar, déjala a ella en paz! ¡Ella no te ha hecho nada!

—Oh, ese es el problema. Que a ti sí te lo ha hecho y a mí no. Por eso está conmigo. ¡Ah! Y te recomiendo que salgas de ahí, es sólo un aviso.

A Alexander no le dio tiempo a responder, Oleg volvió a colgar. Alexander, lleno de rabia y furia, empezó a llamarlo. Una, dos, tres, cuatro... Dio igual, no le cogían la llamada. Cuando lo empezaba a ver todo perdido, ya casi estaba por hacerse la idea de que había perdido a Alice y que las cosas irían a peor, apareció uno de los coches de los cocineros.

—¡Jefe! Síganos, esta no es la dirección de Oleg. André ha ido a su casa y sabe dónde vive. Síganos— y Alexander vio como detrás de ese coche, había otro con los otros dos cocineros.

—¡Vamos!— dijo Alexander sin pensárselo dos veces.

Sacó el coche de allí y fueron un tanto despacio, si bien Alexander quería ir rápido, los cocineros iban al límite. Tomando precauciones y yendo a la velocidad permitida. Alexander estaba nervioso, quería llegar ya y salvar a Alice. Bueno, al menos, ahora sí iba en el camino correcto y podría liberar a Alice.

* * * *

Las cuerdas seguían apretándole las manos a Alice. El dolor ya pasaba a ser considerable y emocionalmente, empezaba a desmoronarse. ¿Cuánto tiempo había estado ahí, una o dos horas? ¡Y ya le parecía que había estado dos o tres años!

Escuchó varias risas en una sala de afuera. Sin diferenciar ninguna voz. Luego, se abrió una puerta y escuchó que hablaban en ruso. Alice, sin entender una

palabra de lo que decían los otros, diferenció la voz de Oleg y empezó a gritar:

—¿¡Por qué me haces esto!? ¿¡Qué te he hecho yo!?!— decía ella casi entre lágrimas, casi sacando las llamas de un dragón por la boca.

—Veamos... Así estarás mejor.

Y Oleg le tapó la boca con algo blando del cual Alice no podría desprenderse.

Ante eso, Alice empezó a moverse en la cama desesperada.

—No te muevas mucho o te caerás de la cama— continuó Oleg—, ¿no ves que puedes llevarte un buen golpe? Está bien, te estarás preguntando por qué estás aquí, ¿verdad? —y Alice empezó a pensar que sería forzada—. Pues bien, quédate quieta.

Oleg la cogió por los hombros y la hundió contra la cama, de forma que ella no se pudiera mover

— Así mejor— prosiguió—. Ahora dime, ¿qué opinas de mí? ¡Ah, olvidé que no podías hablar! —y Oleg le puso una mano encima de su pierna y empezó a moverla lentamente por ella—. Yo te gusto, ¿verdad que sí? Porque tú a mí me gustas mucho— y Alice, tenía la certeza de que sería forzada si no pasaba nada.

En ese momento, Oleg empezó a hablar de ruso de nuevo. Y la otra persona que estaba en la habitación, le respondía también en ruso. El tono de la conversación fue subiendo, se ve que algo pasaba. Ya que, Oleg le quitó la mano que tenía sobre su pierna y sobre sus hombros. Alice, escuchó la puerta cerrándose y nada más. Se quedó quieta y callada, y no escuchó a la otra persona respirar ni nada por el estilo.

Si Alice pudiera haber visto habría visto la habitación. Y habría visto que en la habitación había un televisor que tenía un montón de cables conectados por detrás.

En esa televisión, se veían tres cosas: una cámara de seguridad de una farmacia, una cámara de un parque que estaba a medio kilómetro de la casa y la puerta del edificio donde estaban.

En la cámara del parque, uno de los dos mafiosos, diferenció el coche de Oleg

y de los cocineros. Y entonces, ambos se alertaron y salieron de la habitación. Estaban yendo en la buena dirección, estaban yendo a salvar a Alice.

Capítulo doce: Volveremos a vernos.

Alice no sabía que estaba pasando algo. Pensó que Oleg había ido a buscar a más gente y que allí acabaría pasando sus últimas horas de vida.

En el estado de pánico que tenía, tan sólo era capaz de pedir clemencia para que la perdonasen, pero nadie la escuchaba cuando hablaba. Las cosas en la habitación contigua se iban poniendo más tensas a medida que pasaba el tiempo y Alice se encontraba sumergida en la duda, sin escapatoria.

En ese momento, se acordó de todas las personas a las que conoció. Temiéndose lo peor y creyendo no volver a verlas, algunas lágrimas empezaron a aflorar de sus ojos.

Sus padres, los cuales la habían tratado tan bien siempre y la habían cuidado tanto; sus compañeros del colegio, con los que jugaba al escondite y hablaban sobre los programas de televisión que habían visto; sus compañeras de instituto, con las que empezó a crear fronteras con el sexo opuesto; sus amigas de la Complutense, el novio que tuvo en Madrid, su amiga que se había ido y que la había acogido durante todo un mes; Alexander y los cocineros... ¡Ah! Menudo suplicio en el que se encontraba Alice, sin haber hecho nada, tenía que pagar sus más lúgubres emociones.

* * * *

Alexander y los cocineros llegaron a donde se suponía que vivía Oleg. Era uno de los barrios más marginales de París, con las calles repletas de mugre y gente con malas caras por todos lados. Los tres coches pegaron un frenazo al llegar y dejaron las marcas en el suelo, soltando así algo de humo en los neumáticos como recuerdo de que estuvieron allí.

Cuando se bajaron del coche, Eddie se sacó una foto y la subió a alguna red social. André le dijo que ese no era el momento y señaló uno de los edificios. La puerta del portal estaba abierta, así que entraron todos corriendo. Primero fue Oleg, luego Eddie, Fabien, Jean y al final, André.

André dijo que era en el penúltimo piso, así que empezaron a subir las escaleras corriendo. No había ascensor y el edificio debería tener unos treinta pisos. Pero ellos iban subiendo como si no hubiera escalones, los cinco subían corriendo como si estuviesen corriendo cien metros lisos. No hay obstáculos para quien se propone un propósito de corazón.

En cada piso, había dos casas. El espacio entre ambas casas, es decir, el pasillo, era sumamente estrecho y las escaleras por lo tanto, también. Las paredes estaban descorchadas y en casi todas partes se veían restos de humedad. Cuando llegaron al ante penúltimo piso, escucharon un disparo y todos menos André se agacharon. La bala se quedó incrustada en la pared.

—¡Muy bien! ¡Quedaros todos quietos y no os pasará nada!— dijo un grito desde el último piso—. ¡Ya habéis llegado demasiado lejos! Aquí es donde os quería.

—¡Oleg, da la cara y lucha como un hombre! ¡Usar armas en esta situación es de cobardes!— le respondió Alexander.

—¡Será de cobardes, pero los cobardes siempre ganamos!— dijo André.

Acto seguido, André sacó una pistola de su chaqueta y los apuntó con ella. Luego, dio un grito de alarma y dos personas empezaron a bajar las escaleras. Al llegar a ellos, los dos hombres apuntaron a los cocineros y a Alexander con dos escopetas. Uno hizo una señal con la cabeza y todos los que seguían agachados, se levantaron, pusieron las manos en alto y empezaron a subir.

Entraron en el piso y adentró, estaba Oleg esperándoles con una pistola. Obviamente, apuntándoles también.

—¡Vaya Alexander, vaya! Volvemos a vernos, ¿eh? ¿Quieres beber algo?

—¡Lucha como un hombre, cobarde!

—¡Oh, vienes a mi casa y encima me llamas cobarde! Pero Alexander, ¿qué modales son estos?— y en ese momento, Oleg le dio con la culata de la pistola en la cara a Alexander.

—¡Mi dolor no te hará más fuerte y sabes que al final me las pagarás!

—¡Cállate la boca! Venga, sentaros.

Oleg trajo unas sillas de madera y sentaron a los tres cocineros y a Alexander.

Luego, André, los otros dos hombres y Oleg, se pusieron delante de ellos mientras les apuntaban. Entonces, uno de los hombres dejó su pistola en una mesilla, trajo unas cuerdas y empezó a atarles las manos a todos. Menos a Alexander, al cual le puso unas esposas con la silla.

—¡Así mejor, ahora podemos hablar tranquilos!— dijo Oleg y al hacerlo, le dio la pistola a una de los chicos que recogió todas las armas y las dejó en la entrada.

—¡Yo no tengo nada que hablar contigo!— le dijo Alexander que veía como los otros tres cocineros, que no tenían nada que ver, estaban muertos de miedo y no decían ni una palabra—. ¡Suéltalos, ellos no tienen nada que ver!

—¡Oh, sí! Compañeros formidables, ¿eh? Ente todos habéis hecho que mi vida sea una ruina, ¡qué grandes amigos he hecho en el Femme Rouge!— dijo Oleg en tono irónico—. Si no hubiera sido por André, habría hecho esto hace mucho tiempo.

—¡André!, ¿cómo has podido?— le dijo Fabien en tono bajo—. Nos has traicionado...

—¿Traicionado?— dijo André—. Me habéis traicionado vosotros a mí. Cuando Oleg llegó, todos le hicisteis la vida imposible. ¿Os parece poco?

—Pero André, si tú eres el que más jugadas le hacías...— dijo Jean.

—¡Bobadas! Eso era todo sobreactuación— respondió Oleg—. Pero el realmente importante eres tú, Alexander. ¿Cómo has podido hacerle lo que le has hecho a un patriota de tu país? ¡A una persona que ha sobrevivido a la miseria y el hambre como también lo has hecho tú!

—¡Me las pagarás Oleg!— decía Alexander.

—¡Tapadle la boca!

Una vez que le taparon la boca con una esponja, prosiguió.

—Como iba diciendo, yo, una persona como tú. ¿Qué necesidad tenías de robarme a todas las mujeres que me gustaban? Empezaste con Alison y acabaste con Alice.

> Una vez tras otra tuve que ver como el jefe se iba con las mujeres más bellas que entraban al lugar. ¿Qué hiciste para conseguirlas así? ¡Sólo fuiste jefe con

Alice! Pero las otras cuatro que me gustaron y que se fueron contigo, no tenían ninguna relación con el negocio. <

—Alison era una pu...— empezó a decir Eddie pero al ver que no era apropiado, se calló. Por suerte, sólo se llevó una mala mirada por parte de Oleg.

—¿Sabes? Has conseguido que esto pasase a ser una cuestión de honor. Has hecho que me lo tomase a personal. ¡Joder, tío! No tenías que haber hecho nada de eso, porque ahora, te voy a tener que meter una bala en el cráneo, a ti, a tus cocineros y a tu querida novia...— y al oír esto, Alexander empezó a moverse para todos lados, como furioso—. Ah, sí, no te preocupes. Antes jugaremos con ella delante de ti, para que lo veas.

Entonces, Oleg dijo algo en ruso y André fue a la habitación donde estaba Alice, la cogió y la llevó al salón donde estaban todos.

Al llegar ahí, Oleg mandó a que le tapasen la boca y de nuevo, Alice volvió a tener la boca tapada. Cuando pasó esto, Alexander empezó a ponerse más y más nervioso, parecía que iba a romper las cadenas de las esposas. La furia que tenía contenida se iba agrandando y agrandando.

Entonces, Oleg prosiguió con su espectáculo.

—Voy a haceros un favor, porque sí. Soy así de bueno. Tú— dijo Oleg señalando a uno de los hombres—, trae las armas— y ese hombre fue a por ellas—. Bien, os sacaré de este calvario ahora mismo y así no tendréis que sufrir nada. ¿Vale, cocineros?

—Oleg, por favor... Ten piedad de nosotros... No diremos nada...— decía Fabien.

—Señor, las armas no están— interrumpió el hombre.

—¿¡Cómo que no están!?!—dijo Oleg que se levantó corriendo a verlo con sus propios ojos.

Y al llegar allí, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y se escuchaban pasos en las escaleras de alguien que bajaba a toda prisa. De repente, los pasos empezaron a subir y Oleg y sus cómplices, empezaron a bajar para ver quien había hecho eso.

* * * *

Cuando Oleg y sus cómplices se fueron, Alice que estaba en el suelo, empezó a hablar con Fabien que le contó lo sucedido. Entonces, Alice pegó la cara al suelo y moviéndose hacia abajo, consiguió quitarse la venda. Cuando vio la situación en la que estaba, se encontró con una mezcla de emociones, entre la alegría de encontrarse con gente de confianza y la incertidumbre de lo que iba a pasar.

Sin pensarlo dos veces, fue corriendo a Alexander y le quitó la esponja que tenía en la boca. Luego, se puso detrás de unas las sillas y empezó a intentar quitar el nudo de las cuerdas de uno de los cocineros.

Pero no le dio mucho tiempo cuando se escuchó un grito fuerte que decía: «¡Quietos o disparo! Baja tú primero, ve hasta la quinta planta». La voz les resultaba familiar... Se escuchó como alguien bajaba las escaleras. Y luego, un disparo seguido de un «quieto o la próxima vez no fallará. ¡Las manos arriba!».

Alice, siguió maniobrando hasta que consiguió romper uno de los nudos. Luego, salió corriendo al pasillo a ver que estaba sucediendo pero no vio mucho.

Dos o tres pisos más abajo, podía diferenciar a André, Oleg y otro de los hombres con las manos subidas y mirando todos en una dirección. En ese momento, volvió con los demás, le quitaron las cuerdas que le ataban las manos y fue a abrazarse con Alexander que era el único que no podían liberar.

—¡Ya lo veía todo perdido y has vuelto a salvarme!— le dijo Alice.

—No lo des todo por hecho todavía...

Alice y los cocineros se pusieron a buscar la llave por la habitación pero no la encontraron. Así que, cambiando de plan, cogieron cada uno algún objeto que pudiera hacer daño y muy despacio, empezaron a bajar las escaleras. Todos menos Alice, que se quedó con Alexander.

Los tres cocineros empezaron a bajar las escaleras, Fabien llevaba un

paraguas, Eddie un osito de peluche y Jean una de las sillas. Habían cogido lo primero que encontraron, literalmente.

Al ir bajando las escaleras fueron mirando quien apuntaba a Oleg y a los demás. Tras bajar el primer piso no pudieron ver nada, pero en el segundo, pudieron diferenciar la cara de François. Quedaba sólo Oleg con las manos subidas, los otros ya habían bajado.

Cuando François los vio, se despistó por un momento y Oleg empezó a subir escaleras arriba, intentando escapar. Al hacerlo, se encontró con los tres cocineros en posición defensiva y una escalera estrecha, no tenía escapatoria. Pero sin comerlo ni beberlo, los tres cocineros que estaban algo desorganizados, fueron a por él y Fabien resbaló en la escalera, rodando así escaleras abajo.

En eso, Oleg bajó un poco las escaleras y cogió el paraguas. Al notar que François estaba subiendo, pues se oían sus gritos y sus pasos, Oleg le dio en la cara a Eddie con el paraguas y éste casi cae para tras, le salvó Jean que le cogió en brazos.

Aunque fuese estrecha la escalera, Oleg pasó por el pequeño hueco que había y siguió subiendo. Luego, apareció François que sin decir ni hola y blandiendo la pistola en su mano como si fuese una espada, subía tan rápido como sus pies se lo permitían.

Jean y Eddie bajaron a ayudar a Fabien y ver si estaba bien. Al ver que estaba todo bien, uno de ellos fue a avisarle a Alice y a Alexander y, tras cortar la pata de la silla donde estaba esposado Alexander, los cinco bajaron las escaleras del edificio hasta el quinto piso. Allí había un policía y junto a él, André y los otros dos hombres esposados en el suelo.

No les dio tiempo de entablar conversación, ya que se quedaron bastantes sorprendidos al ver a un policía allí y ninguno pudo articular palabra, además, François apareció a los pocos minutos. Sin ir más lejos, Alexander le dio un fuerte abrazo y le clavó un beso en la frente a grito de «nos has salvado». François quería decir algo, pero Alexander lo interrumpió.

—¡Eres nuestro salvador! Dime, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¡Madre mía! Has caído del cielo y con un policía. ¿Qué ha pasado aquí?

—No, espera...— dijo François tomando bocanadas de aire del cansancio—.

Oleg ha...

—¿Dónde está Oleg?— dijeron los cinco a la vez.

—¡Oleg ha escapado!

—Maldita sea, no puede ser... Pero, ¿cómo? Si ya lo teníamos casi... ¿Qué ha pasado?— decía Alexander.

—Ha sido culpa mía... Lo siento señor...— dijo François mientras tomaba aire—. Llegué hasta arriba del todo y... Salto a otro edificio. Sólo sé que cuando llegué, no había nadie ni en este edificio ni en ninguno. ¡Se ha esfumado!

El policía que estaba con ellos, salió corriendo escaleras abajo. Seguramente, para pedir refuerzos. Pero esta vez, el policía bajó despacio las escaleras y sin mucha prisa. Las escaleras ya habían sufrido bastantes trotes por hoy.

Luego, François les explicó como había sucedido todo. Cuando cerró el restaurante, se quedó con un remordimiento que le preocupaba bastante. El no conocer la situación y pensar que algo grave estaba pasando no lo dejó tranquilo. Así que acudió a casa de su cuñado que, casualmente, era policía.

Fue a su casa y por ser la hora de la merienda, no lo encontró allí. Así que fue al bar y bingo, estaba allí. Charló con él y le comentó la situación, su cuñado se quedó al extrañado y le invitó a una cerveza. Se quedaron dándole vueltas al asunto y en eso, François se puso a mirar el móvil y apareció la foto que había subido Eddie, se la mostró a su cuñado y por las pintas de los edificios y de la calle, consiguió descifrar sin mucho apuro el sitio donde estaban.

Fueron volando para allí, su cuñado puso la sirena y en un abrir y cerrar de ojos, se encontraron frente al edificio. Pero, su cuñado que estaba bajando la comida, le pidió que subiera él y en confianza, le dio su pistola. François subió, sin saber muy bien a donde ir. Subió los pisos mientras escuchaba una voz conocida, que era la voz de Oleg.

Cuando llegó al piso en cuestión, vio la puerta abierta y las armas en la entrada... ¿A quién se le ocurrió dejarlas allí, alejadas de los que estaban atados por si escapaban? Cogió las armas y bajó con ellas, luego con la pistola que le había dado su cuñado, subió y el resto, ya se ha contado aquí.

Cuando François terminó de contarle, escucharon como unas sirenas se

acercaban y poco después, varios policías entraron en el edificio. Consiguieron quitarle las esposas a Alexander con una ganzúa, se llevaron a André y los otros dos hombres, y, lo más importante, los sacaron del edificio.

* * * *

Una semana después de que ocurriese todo esto. André y los otros dos hombres ya estaban en la cárcel por asesinato al vecino de Alice, tenencia ilícita de armas y raptó a cuatro personas. Vamos, que tienen para rato en la cárcel. Mínimo, tendrían cada uno cincuenta años de cárcel para reflexionar sobre lo que habían o no hecho.

Alexander, Alice y los cocineros, se habían ido a Sochi de vacaciones. Alexander les hacía de guía y de traductor, ya que el ruso no se aprende en cuestión de días. Fueron todos menos François, que pidió vacaciones para irse a Canadá. Vacaciones las cuales, pagó encantado de Alexander, el precio de la vida no existe, es inalcanzable.

El Femme Rouge había pasado a la historia, Alexander lo vendió y también se mudaron de casa. Pusieron el piso de Alexander en alquiler y Alice y Alexander se mudaron a las afueras. Además de esto, la relación entre Alice y Alexander se había fortalecido notablemente.

Si bien antes Alice estaba sólo un poco enamorada de Alexander, ahora lo estaba por completo. Él le había salvado la vida después de todo, junto con los demás. Pero él se había convertido ya en una de las personas más importantes de su vida, en una persona de su familia.

Y hablando de familia, Alice no les contó nada de esto a sus padres. No quería preocuparlos por lo que había pasado. Pero sí que les contó que estaba viviendo con Alexander, que era un chico que la trataba muy bien y la protegía maravillosamente. Esto último, era totalmente verdad. En cuestión de horas, Alice fue raptada por Oleg y salvada por Alexander.

Por otro lado, Alexander estaba ahora mucho más tranquilo. Ya no estaba tan paranoico y le contó todo lo que había pasado con Oleg. Le contó que Oleg iba diciendo por ahí que él frecuentaba prostíbulos y cosas así, debido a que Oleg

siempre sufrió envidia por él. Pero resulta que Oleg era el hijo de una amiga de su madre, amiga con la cual había entablado amistad desde hacía años.

Cuando esta señora vio que a Alexander le iba todo bien y que tenía a Oleg haciendo el vago en casa, decidió enviárselo y por compromiso, Alexander tuvo que aceptar. Pero la cosa no acababa ahí, las puñetas que pasaron de pequeños y la maldad que Alexander vio siempre en Oleg, no se le olvidó nunca.

Por lo tanto, cuando Oleg fue a trabajar allí, Alexander quiso que tuviese una pequeña venganza por todas las cosas que había hecho en el mundo.

Él sabía que Oleg había estado metido en mundos de drogas, de sicarios y mil historias más que no vienen a cuento, y que el ir a Francia sólo era un intento desesperado de su madre por conseguir introducirlo en la buena dirección. Dirección que no podría encontrar en Rusia con la vida que llevaba y que le hacía pasar a sus seres cercanos. Por lo tanto, Alexander siempre esperó lo peor de él, lo peor menos eso.

Es verdad que le había quitado a algunas chicas que a él le gustaban para molestarlo, pero con Alice se había enamorado de verdad.

Esa misma noche, Alice y Alexander pasaron una noche memorable. Bebieron hasta que no pudieron más, se rieron con los otros cocineros, tuvieron una tierna velada en compañía de los cocineros y disfrutaron de la noche como sólo dos enamorados pueden hacerlo.

Todo iba bien, a la semana siguiente, tenían pensando ir a Kazán, lugar donde vive la familia de Alexander. Los cocineros se quedarían en Sochi por cuestiones morales, según dijeron ellos.

En una de esas noches, Alexander le preguntó si se acordaba de los versos que le dijo una de las noches, aquellos versos en rusos. Alice dijo que sí, los recordaba vagamente porque no se acordaba de ellos, pero una vez que se los tradujo, no se olvidó nunca más. Alexander se acercó a su oído y le dijo:

—*«Я хочу быть любимой тобой; Не для знойного сладкого сна; Но - чтоб связаны с вечной судьбой; Были наши навек имена»*. Que en español quiere decir: «Yo quiero ser querido por ti; no sólo para una noche caliente y dulce; Si no también para conectar con el universo infinito; Donde nuestros nombres estarán para siempre».

Alice se sentía en la gloria, sin duda alguna, estaba en el mejor momento que había vivido en toda su vida. Alexander le demostraba que la quería día a día, estaba conociendo nuevos lugares y la familia de Alexander era encantadora, nada podía salir mal pensaba ella. Por desgracia, se equivocaba.

Como ya dije, la policía acudió al edificio pero no consiguieron capturar a Oleg, el cual se esfumó con el viento. Tal vez saltó a otro edificio o tal vez se escondió tan bien que nadie lo vio.

Lo único que estaba seguro, es que era un hombre furioso y que volvería para pedir venganza. Estará dispuesto a hacer lo que sea para separar a Alice de Alexander y vengarse de Alexander. Después de un golpe fallido, vendrá uno más fuerte y mucho más sólido. Para entonces, espero que Alice y Alexander estén preparados.

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para

que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire

libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LAS AUTORAS

Si has disfrutado de la colección, por favor considera dejar una review de la misma (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente la lea y disfrute de ella, sino a que las autoras podamos seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — nuestras o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a nuestro boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
[— Comedia Erótica y Humor —](#)

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[Reclamada](#)

[Tomada y Vinculada al Alfa](#)
[— Distopía, Romance Oscuro y Erótica —](#)